

EL MARXISMO Y LA REVOLUCIÓN ARGENTINA

OTTO VARGAS

TOMO I

EA / Editorial Ágora

**EL MARXISMO Y LA
REVOLUCIÓN ARGENTINA**

TOMO I

EL MARXISMO Y LA REVOLUCIÓN ARGENTINA

OTTO VARGAS

TOMO I

EA / Editorial Ágora

Tapa: Manuel Amigo.

© 1987 **Editorial Ágora**
Buenos Aires, Argentina
www.editorialagora.com.ar

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723.
Editado e impreso en la República Argentina.

ISBN: 950-9553-03-4

*A César Gody Álvarez y a René Salamanca,
detenidos-desaparecidos en 1976, que
hicieron renacer el clasismo revolucionario
en la Córdoba del cordobazo.*

*A José Ratzer, que desbrozó el camino
que intento seguir en este libro.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

I . LA “PREHISTORIA” 11

Un primer problema

De Mayo a Caseros

1850 - 1870

La lucha de líneas en el movimiento obrero

El socialismo científico

1870 - 1890

La inmigración

Comienzos del proletariado y sus organizaciones

Se desarrolló la literatura socialista.

La Primera Internacional en la Argentina

Relación sindicatos-partido

¿Marxistas?

Los “errores” de Marx

Lassalle y el oportunismo político

La contribución de Marx y Engels

Anarquistas y marxistas

Anarquistas y marxistas en la Argentina

Algunos problemas de integración

II . LA REVOLUCIÓN DEL 90 65

El movimiento obrero y la revolución del 90

Revisión moderna de las ideas de Lallemand

Los marxistas del 90

Errores y limitaciones
El imperialismo
La actitud del proletariado en la revolución democrática
Dos líneas
Una insuficiencia
Distinción clave
Raíces de las insuficiencias

**III . MARXISMO REVOLUCIONARIO, ANARQUISMO
Y REVISIONISMO REFORMISTA 85**

Tres corrientes
El anarquismo
Los socialistas
Marxismo y reformismo
Los sindicalistas

IV . EL GIGANTE DE PIE 103

Convergencia obrero-campesina
Crecen el proletariado y sus organizaciones

V . LOS SINDICALISTAS REVOLUCIONARIOS 119

VI . EL PARTIDO COMUNISTA 127

La polémica en torno a la guerra mundial y la participación
argentina
El debate en el movimiento obrero internacional
La ruptura
La fundación
Los afluentes
Los principales dirigentes
Concepciones predominantes

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, más particularmente a partir de la década del 70, se han intensificado los estudios referidos a la historia del movimiento obrero argentino.¹

Trataremos aquí, someramente, la cuestión de las raíces históricas de la organización de la clase obrera argentina, la constitución y la historia de su partido político marxista-leninista. Y echaremos un vistazo sobre la lucha de líneas en el seno del movimiento obrero y en su partido marxista, primero, y marxista-leninista, después.

Nada más lejos de nuestra intención que hacer un análisis histórico “objetivo”. Consideramos, como Gramsci, que la “objetivi-

1. El libro de José Ratzler *Los marxistas argentinos del 90* (Córdoba, Pasado y Presente, 1969), inició una revisión crítica sobre el movimiento obrero y el movimiento socialista en la Argentina. A partir de él se han multiplicado los trabajos sobre el tema. La imposibilidad de acceder a algunos archivos ha dificultado y dificulta mucho la investigación histórica. Poco a poco, sin embargo, se van aclarando los hechos y las posiciones sobre ellos.

Los marxistas argentinos del 90 se publicó en 1969. Pero fue escrito por José Ratzler antes de la fractura del Partido Comunista (en 1967). Cuando Ratzler terminó de escribir su libro, en 1966, como indica en la “Advertencia” inicial del mismo, una vez más coexistían en el partido marxista “el marxismo revolucionario y el seudo marxismo oportunista”. El paralelo de la lucha ideológica entre ambas tendencias con la lucha de 1890, dice Ratzler en esa “Advertencia”, “no podía hacerse explícitamente en 1966, aparte de todo otro tipo de consideraciones, por la razón obvia de que la corporización orgánica de las tendencias no se había producido”. Los estudios y la práctica revolucionaria de Ratzler en los años posteriores a la finalización de su libro sobre los marxistas argentinos del 90, le permitieron extraer muchas conclusiones nuevas sobre los hechos analizados en el mismo, conclusiones que iba a volcar en el libro sobre la historia del Partido Comunista de la Argentina al que su prematura muerte le impidió concretar.

dad” es solo “una fría caricatura fotográfica de la vida”. “Todo historiador —como escribió Jean Jaurès observa los acontecimientos con un cierto punto de vista general sobre la sociedad y la vida”.

Asumimos la continuidad histórica de los que nos precedieron en nuestra lucha actual por el comunismo: pretendemos ser continuadores de aquellos que hace ya más de un siglo difundieron en la Argentina las ideas marxistas; continuadores de los marxistas revolucionarios que, en 1892, formaron la Agrupación Socialista, y de los marxistas-leninistas que en 1918 fundaron el Partido Comunista.

En los hechos, nuestras posiciones actuales implican una crítica del pasado. No un simple desarrollo “natural” del mismo, una mera continuidad. Por eso es tan importante conocer bien ese pasado, que siempre palpita en el presente, para saber qué es lo que ha sido o debe ser negado de él y, tal vez, sobrevive en nosotros. Esto implica no sólo una revisión teórica de ese pasado sino también, y principalmente, una crítica política del mismo.

Quienes nos precedieron en la lucha por el comunismo cometieron muchos errores. En ocasiones dieron opiniones y formularon juicios erróneos. Pero solo conociendo bien en lo que acertaron y en lo que se equivocaron podremos cumplir con nuestra responsabilidad histórica. Por eso, como subrayó Gramsci, una generación que desprecia a la que la precedió es una generación que será incapaz de cumplir su misión histórica.

El tema sobre el cual escribo estas líneas tuvo, en el movimiento obrero y comunista argentino un gran especialista: José Ratzler. El murió cuando preparaba su historia del Partido Comunista de la Argentina, obra a la que dedicó años de investigación. Con ella se hubiese escrito, como él quería, una “historia del partido político obrero” en nuestro país.

Me limitaré a analizar en forma sintética el proceso de fusión del marxismo con el movimiento obrero argentino y su integración con nuestro movimiento revolucionario. Así como en muy pocas ocasiones los ríos son tales desde su inicio, y la mayoría nace en hilos de agua que poco a poco van confluyendo en el cauce por donde aquel correrá, así también fue el proceso que llevó a aquella fusión y a esa integración.

I

LA “PREHISTORIA”

La prehistoria. Así llama Ratzel al período de surgimiento de los primeros grupos que propagandizaron el socialismo en el movimiento obrero argentino a partir de la década del 50 del siglo XIX.²

Un primer problema

El proletariado es una clase relativamente joven en la historia de la humanidad. Mucho más joven aún en lo que hoy constituye la República Argentina.

El proletariado surge con las relaciones de producción capitalistas y solo predomina, como clase explotada, en aquellas sociedades en las que el capitalismo ha pasado a ser el modo de producción dominante en la formación económico-social.

El rasgo característico de la sociedad capitalista es que en ella la fuerza de trabajo humano aparece como una mercancía más. En un sentido estricto hablamos de trabajo asalariado en aquella relación de producción en la que el obrero vende su fuerza de trabajo libremente, sin necesidad de una coerción exterior, sea esta de cualquier tipo. Esto solo es posible allí donde el trabajador ha sido despojado de todo medio de producción y solo puede vivir vendiendo su fuerza de trabajo a un capitalista. La existencia del trabajo asalariado es, junto a la existencia del capital, el factor esencial de la relación de producción capitalista. Al decir de Carlos Marx: “Sin *trabajo asalariado*, ninguna producción de plus-

2. José Ratzel; *El movimiento socialista en Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1981.

valía, ya que los individuos se enfrentan como personas libres; sin producción de plusvalía, ninguna producción capitalista, ¡y por ende ningún capital y ningún capitalista!”.³

La fase inicial del modo de producción capitalista se ubica en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVI y comienzos del XVII. Y la moderna producción capitalista, caracterizada por la gran industria, se convirtió en dominante, según Engels, a fines del siglo XVIII.

Hemos afirmado el carácter feudal de la sociedad colonial previa a Mayo de 1810.⁴ *Mal se podría hablar en la Argentina de la existencia del proletariado, como clase, en ese entonces.* Aunque existieron gérmenes de relaciones de producción capitalista y consiguientemente, como excepción, el trabajo asalariado, esas relaciones estaban impregnadas de modalidades y hábitos feudales.

De Mayo a Caseros

Producida la Revolución de Mayo los sectores más avanzados de la misma, encabezados por intelectuales como Mariano Moreno, Juan José Castelli y Manuel Belgrano, trataron de abrir el rumbo a relaciones de producción capitalistas; trataron de crear condiciones en las que estas hubiesen podido desarrollarse.⁵ Se apoyaron en el hecho de que la Revolución de Mayo “se inscribió en la época de la revolución burguesa a nivel mundial”.⁶ Esos sectores avanzados chocaron con los intereses y la resistencia tenaz de la aristocracia terrateniente y comercial criolla que, finalmente, impuso su dominio.

La “izquierda” de Mayo, como denomina Eduardo Azcuy Ameghino a aquel sector patriota, planteó acabar con la esclavitud y las formas más aberrantes del trabajo servil (mita, encomienda,

3. Carlos Marx, *El Capital*, libro I, capítulo VI (inédito), Buenos Aires, Signos, 1971, pág. 38 (el subrayado es mío).

4. Otto Vargas, *Sobre el modo de producción dominante en el Virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, Ágora, 1983.

5. Eugenio Gastiazoro, *Introducción al análisis económico-social de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1980. Eduardo Azcuy Ameghino, en *Revista Argentina de Política y Teoría*, N° 2, Buenos Aires, agosto-octubre de 1983, pág. 57.

6. Eugenio Gastiazoro, ob. cit., pág. 204.

yanaconazgo) e instituciones feudales como el mayorazgo. La instalación de saladeros –como el que fundó Roberto Staples en la Ensenada de Barragán en octubre de 1810, por “reiteradas recomendaciones personales de los individuos de la Junta que se constituyó en esta capital el 25 de Mayo de 1810”⁷– los planes para explotar la minería del Alto Perú y el actual Noroeste argentino, el fletamiento de barcos, el proyecto de desarrollo agrícola sobre la base de la colonización y la pequeña producción, el surgimiento de un incipiente capital comercial, fueron, entre otros, expresión de los intentos de abrir el rumbo a las transformaciones mencionadas.

Para comprender la envergadura de esos proyectos es importante releer el *Plan de operaciones* de Mariano Moreno. Pero con la destitución de éste comenzó el fin de la posible realización de tales ideales. Por limitaciones de clase, los revolucionarios de Mayo (salvo Artigas) no se apoyaron en las grandes masas campesinas (fundamentalmente indias y mestizas) del Noroeste y el Noreste de la actual Argentina y el Alto Perú, lo que hubiese cambiado la correlación de fuerzas a favor de los sectores más avanzados de la Revolución de Mayo. Los golpes y contragolpes de Estado de los sectores de la aristocracia ganadera y comercial, la defenestración de Castelli y Belgrano, y la derrota del movimiento revolucionario agrarista de Artigas, sellaron el fin de un período que cubre la historia argentina entre 1810 y 1820.

La Revolución de Mayo, la desintegración del orden colonial, la guerra de la Independencia y el reclutamiento y la leva forzosa de tropas para sus ejércitos, así como a los peones y agregados del latifundio colonial a incorporarse a ejércitos en combate y movilidad constantes, los éxodos de grandes masas de población en relación con la guerra, la guerra social que estalló en varias regiones del Virreinato rompiendo vínculos sociales seculares, produjeron el desmoronamiento parcial y temporario del viejo orden feudal. Pero hegemonizado el proceso por la aristocracia terrateniente y comercial, estrangulados en su origen los gérmenes del posible desarrollo capitalista, el feudalismo se reinstaló, vigoroso, en el

7. Alfredo Montoya, *Historia de los saladeros argentinos*, Buenos Aires, El Coloquio, 1970, pág. 38.

actual territorio de la República Argentina donde reinaría aún muchas décadas.

Nuevos amos subordinaron a nuestros siervos. No siervos de la gleba, desde ya. Siervos indoamericanos: peones, agregados, puesteros, medieros, obligados por la ley y las circunstancias a serlo, artesanos al servicio del señor, etcétera, conviviendo con esclavos y libertos serviles.

En determinado momento, arrastrados por la vorágine de la guerra de la Independencia y las guerras civiles, llevados muchas veces a ellas por sus propios amos (estancieros dueños de su suerte y de su vida) o marginados de esa sociedad pastoril-feudal que los llamó gauderios o gauchos (viviendo entre la aldea “civilizada” y la toldería india) hubo hombres que se consideraron libres. Pero ni querían ser asalariados ni encontraron al capitalista que reemplazase el viejo yugo feudal por el de la esclavitud asalariada, porque no existían tales capitalistas. Y mal podían entonces crearse los hábitos que los sometiesen al dominio del capital. No había capitalistas que comprasen esas fuerzas de trabajo disponibles. Y muchas veces esos hombres libres necesitaban protección. Contra el malón indígena o el reclutamiento forzado para los fuertes de frontera, contra el vandalismo de tal o cual caudillo invasor de provincia ajena o tiranuelo en la propia. Y viejos y nuevos terratenientes buscaban hombres a los que someter a cambio de esa “protección”. Y de este modo fueron sometidos, de nuevo, la mayoría de aquéllos que en determinado momento se habían considerado libres.

Así se consolidó una etapa en el régimen feudal. Predominaron los estancieros y brilló el reinado del cuero, el sebo y el tasojo. A viejos terratenientes como los Fernández, los Piñeyro o los Ortiz de Rosas –para mencionar sólo a los de un rincón de la actual provincia de Buenos Aires– se les sumaron ex comerciantes convertidos –luego de 1820– en prósperos estancieros, como los Anchorena o los Casares.

Esa fue la Argentina posterior a 1820 como dijo el poeta cuyoano Juan Gualberto Godoy: *¿Qué ha sido antes, en sustancia/ la República Argentina?/ Lo diré sin repugnancia:/ Cada provincia una estancia/ y cada estancia una mina.*

Rosas impuso su dominio feudal a la provincia de Buenos Aires y hegemonizó la frágil alianza de ésta con otras provincias en

la que también dominaron las formas de producción feudales. De Rosas dijo Sarmiento: “¿quién era Rosas? Un propietario de tierras. ¿Qué acumuló? Tierras. ¿Qué dio a sus sostenedores? *Tierras. ¿Qué quitó o confiscó a sus adversarios? Tierras.*”

Como ha señalado Eugenio Gastiazoro, 1820-1852 es el período de “neto predominio de los intereses ganaderos, particularmente vacunos”.⁸

A partir de 1852 se abrió un período de grandes transformaciones.

1850 - 1870

Los años que van desde 1850 hasta 1870 fueron años de grandes cambios en la Argentina. Prepararon el salto de la década siguiente. Bosquejaron perspectivas y borraron otras. Esas transformaciones obedecieron al crecimiento de nuevas fuerzas que buscaban vías para su desarrollo, en un proceso condicionado por las transformaciones del capitalismo europeo: los avances en los transportes producidos por la introducción del vapor a los ferrocarriles y la navegación; las leyes de granos en Inglaterra que produjeron un incremento de la demanda de alimentos y materias primas, en especial textiles, empujando profundos cambios en la producción agraria mundial. Los barcos transoceánicos de vapor y los ferrocarriles harían posible, en un período corto, que las carnes ovinas y vacunas y los cereales de Australia, Norte y Sudamérica pudiesen competir en los mercados europeos. El abaratamiento del transporte marítimo facilitó asimismo el traslado de grandes contingentes de emigrantes.

Esas transformaciones no se hicieron rompiendo el yugo terrateniente-feudal. Los terratenientes se adaptaron a esos cambios y los aprovecharon en su favor, fortaleciéndose la alianza del sector hegemónico de terratenientes bonaerenses con el capitalismo europeo. Fueron años que decidieron la consolidación de la clase terrateniente como clase hegemónica en el Estado argentino y crearon las condiciones que hicieron de la Argentina un “modelo” de país dependiente del imperialismo, como lo calificó Lenin.

8. Eugenio Gastiazoro, ob. cit., pág. 318.

En este período se expandieron extraordinariamente los criadores de lana, desde la década del 50 hasta finales del 80, sin que decrecieran —todo lo contrario— la exportación de cueros y tasajo. Aumentaron las exportaciones. Creció poco a poco la red ferroviaria. Hubo un desarrollo limitado, pero interrumpido, de la agricultura.

La población pasó de 870.000 habitantes en 1850 a 1.769.000 en 1869. Los negros dejaron de ser la mano de obra principal en talleres y quintas.⁹ Su rendimiento ya no compensaba su elevado costo y la trata de esclavos fue reemplazada por la inmigración masiva de trabajadores europeos. Después de 1880 esto se complementó con la transformación de gauchos e indios (sobrevivientes a la “Conquista del Desierto”) en peones semisiervos de las estancias. El dominio de los grandes terratenientes del Litoral sobre el Interior transformó a éste en proveedor de mano de obra barata.

Con posterioridad a la batalla de Caseros crecieron industrias y artesanías. La introducción de la oveja impulsó algunos cambios en la producción ganadera. Se mestizó el lanar favoreciendo el predominio del merino. Se desarrollaron barracas e instalaciones complementarias a la exportación de lanas. Se abrieron para los productores argentinos los mercados europeos, facilitándose así el desarrollo del sector comercial. Se produjo un cierto crecimiento del mercado interno y, con él, de industrias subsidiarias. La utilización del vapor en ferrocarriles y barcos permitió la exportación de lanas a Europa, principalmente a Francia e Inglaterra. La burguesía de estos países utilizó la lana argentina para abaratar los costos y, además, para tener a raya a sus propios terratenientes, que debieron bajar el precio de la suya y especializar más su producción agrícola-ganadera.

Poco a poco se fue extendiendo la red ferroviaria y el aumento del tráfico marítimo obligó a construir puertos. Hubo que traer mano de obra especializada. Se comenzó a alambrar los campos. Llegaron irlandeses que criaron el lanar y se destacaron en el zanjeo de potreros, y vascos que sobresalieron, después,

9. José Ratzel, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. cit., pág. 19.

como alambradores, nuevo oficio en las tareas rurales.¹⁰ Creció la construcción.

Aparecieron graserías, pequeñas fábricas de artículos de la alimentación, destilerías. Así se desarrollaron gérmenes de relaciones de producción capitalistas. Sobre todo en Buenos Aires. Muchos de los establecimientos censados como fábricas eran solo pequeños talleres artesanales. Recién después de mediados de la década del 80, con el rápido crecimiento de la inmigración, el desarrollo de las comunicaciones y la instalación de nuevos establecimientos industriales se observó una real proletarización de masas importantes de trabajadores.

El 25 de mayo de 1857 se creó la Sociedad Tipográfica Bonaerense. Fue una organización mutual que llegó a levantar reivindicaciones salariales. Posteriormente aparecieron otras de zapateros, albañiles, panaderos, etcétera. Se estructuraron por oficio y expresaron, sobre todo, a artesanos que buscaban el auxilio mutuo y la defensa de la profesión. Como ya comenzó a ser importante el número de trabajadores extranjeros, se desarrollaron asociaciones mutuales por nacionalidad.

Paradójicamente, como señala Ricardo Falcón,¹¹ a pesar de la composición predominantemente extranjera de los militantes obreros de entonces, “el papel de vanguardia en todo ese período corresponde a un gremio (el de los tipógrafos) integrado mayoritariamente por trabajadores argentinos de nacimiento”.¹² Ese papel de vanguardia se debe, según Falcón, a las características mismas del oficio, que supone cierta instrucción y posibilitó el conocimiento de las teorías sociales de entonces. Además, era un gremio relativamente numeroso y la condición de argentinos, predominantemente, de sus integrantes, facilitó su organización. En Uruguay, en Brasil y en Chile tuvieron los tipógrafos un papel semejante.

Paralelamente a estas organizaciones de tipo mutual surgió una literatura socialista. El tema ha sido tratado en detalle por Ratzet en la mencionada obra sobre los marxistas del 90.

10. Noel H. Sbarra, *Historia del alambrado en la Argentina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, pág.17.

11. Ricardo Falcón, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, pág. 33.

12. José Ratzet, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. cit. pág. 25.

Simultáneamente, en el Norte, en Cuyo, en la zona pampeana, se trabajaba en condiciones serviles y semiserviles. Esto constituyó, por muchos años, una de las características principales del desarrollo capitalista dependiente de la Argentina. Y el lento empalme de las luchas de estos trabajadores con la de los obreros de las ciudades, especialmente las del Litoral, dificultó enormemente la fusión del marxismo con el movimiento obrero argentino y la integración de sus leyes generales con la revolución en nuestro país.

Esos trabajadores rurales protagonizaron rebeliones que fueron duramente reprimidas. Pero recién se sindicalizaron cuando el movimiento obrero consolidó su organización en las ciudades y pudo, a través de agitadores y militantes, ayudar a su sindicalización y organización política.

En aquel entonces, segunda mitad de la década del cincuenta, Buenos Aires era una pequeña ciudad de poco más de 90.000 habitantes. En 1855 existían 1.265 establecimientos catalogados como “industriales”: carpinterías, panaderías, sastrerías, talabarterías, zapaterías.

Ya para 1869 el primer Censo Nacional señaló una elevada cantidad de extranjeros, que si bien era sólo el 12,1% en todo el país, representaba el 49,6% en la Capital Federal y el 41,7% en la provincia de Buenos Aires.

La lucha de líneas en el movimiento obrero

En el período que va de 1850 a 1870 el incipiente movimiento obrero argentino protagonizó una dura lucha de líneas entre socialistas utópicos, anarquistas y marxistas.

Allí embrionaron tendencias que, metamorfoseadas, subsistieron hasta hoy. Supervivencias que manifiestan la conservación en la sociedad argentina actual de elementos de aquel pasado, por el lento y difícil proceso de avance de las relaciones de producción capitalistas y, consiguientemente, la permanencia de formas superestructurales que los expresan.

Se difundieron las ideas del socialismo utópico de Saint Simon, Fourier y Owen y las del socialismo pequeñoburgués de Proudhon y Luis Blanc. Socialistas utópicos porque luchaban por la igualdad del hombre, y por acabar con la explotación del hom-

bre por el hombre, a partir de ideales y aspiraciones morales, no basadas en un análisis científico de la sociedad capitalista, análisis que harían Marx y Engels.

Las doctrinas de los socialistas utópicos “no hacen más que reflejar el estado incipiente de la producción capitalista, la incipiente situación de clase. Querían sacar de la cabeza la solución de los problemas sociales latentes todavía en las condiciones económicas embrionarias de la época (...) Tratábase de descubrir un sistema nuevo y más perfecto de orden social, para imponérselo a la sociedad desde fuera, por medio de la propaganda, y a ser posible predicando con el ejemplo, mediante experimentos que sirviesen de modelo de conducta”.¹³ Terminaron elaborando puras fantasías. Pero expresaron la rebelión contra la explotación condenando la deshumanización del sistema capitalista, sin mostrar, como harían Marx y Engels, que es el *propio* régimen capitalista, precisamente, el que crea las condiciones para la emancipación humana. Esas ideas representan una época del movimiento obrero en el que éste aparece mezclado con el “pueblo” (con lo que la Revolución Francesa llamó “Tercer Estado”) que enfrenta a la nobleza. La burguesía liberal buscaba el apoyo de los obreros y trabajadores contra la nobleza al tiempo que el movimiento obrero, incipiente, tendía a diferenciarse de la burguesía liberal. Se oponían los socialistas utópicos a la lucha de clases y querían reformar el capitalismo mediante la cooperación de los pequeños productores. Fueron inspiradores de las mutuales, antecesoras de las sociedades de resistencia y los sindicatos.

En cuanto a los comunistas primitivos (vulgares) se propusieron como objetivo no la destrucción sino “la generalización de la propiedad privada mediante su distribución igualitaria”.¹⁴ Marx les reprochó que permaneciesen impregnados del espíritu de la propiedad privada.

En 1848, con el *Manifiesto Comunista*, se opera el pasaje del movimiento socialista de la utopía a la ciencia. La fecha es importante porque a partir de ella habrá que juzgar a los dirigentes

13. Federico Engels, *Anti Duhring*, México, Fuente Cultural, 1945, pág.263.

14. Auguste Cornu, *Carlos Marx y Federico Engels*, Buenos Aires, Platina, 1965, pág. 599.

políticos y sociales en relación con esa obra y con el movimiento que expresó. Es cierto que no hay indicios comprobables de su lectura en el Río de la Plata en ese momento, pero sí pocos años después. Y la difusión de las ideas socialistas —incluidas las del Manifiesto— eran de tal amplitud en París y otras ciudades visitadas por numerosos intelectuales y políticos argentinos, que todo análisis que no considere la línea divisoria que trazó el *Manifiesto Comunista* en el movimiento socialista y revolucionario sólo embellecerá injustamente a los líderes de la burguesía liberal argentina de la segunda mitad del siglo XIX. Al igual que cuando se habla de “las ideas más avanzadas de su época” en referencia a los dirigentes de la Revolución de Mayo, como ha hecho el Partido Comunista de la Argentina, es necesario clarificar aquí a quién o a quiénes nos referimos. Si tenemos en cuenta al hablar de influencias políticas e ideológicas sobre aquellos revolucionarios, que no fueron las mismas ideas las de Rousseau y las de Voltaire, las de Locke y las de Hobbes, las de los girondinos (que oscilaban entre el poder real y la democracia) y las de los “rabiosos” de Leclerc y Roux (portadoras de ideas comunistas); y si, además, debemos considerar qué ideas de esos pensadores fueron aceptadas por estos revolucionarios y cuáles rechazadas, del mismo modo debemos proceder al investigar las influencias del socialismo utópico en los dirigentes liberales de mediados del siglo pasado.

En el periodo 1850-1870 creció, especialmente en los países latinos, otra corriente enfrentada a la del socialismo científico de Marx y Engels. Fue la de las ideas de Pedro Proudhon, uno de los padres o antecesores del anarquismo, que también se oponía a la lucha de clases y quería reformar la sociedad mediante la cooperación de los pequeños productores libremente asociados. “Una utopía reaccionaria” (como dijo Marx) que expresaba la ideología del pequeño campesino y del pequeño propietario urbano de Francia. Proudhon planteó que el problema social se resolvería al margen del Estado y se opuso a la lucha política de la clase obrera, pensando que ésta perjudicaba los intereses del proletariado. Marx y Engels lucharon contra esas ideas durante este período y contra las ideas reformistas de Luis Blanc.

Luis Blanc planteaba que la reestructuración socialista de la sociedad era posible de manera pacífica, a través de reformas realiza-

das por el Estado burgués. Como se ve nada tienen de original las ideas actuales de Portantiero, Aricó, Landi y algunos dirigentes de la Coordinadora Radical, que piensan lograr el “tránsito” al socialismo mediante la infiltración y el copamiento del Estado burgués.

En las décadas del 50 y 60 del siglo pasado, con posterioridad a la llegada al país de numerosos emigrados políticos europeos, existen numerosas constancias de la difusión en la Argentina de esas ideas socialistas e incluso se editó en 1864 el primer libro comunista, que era una mezcla de ideas socialistas, anarquistas, comunistas cooperativistas.¹⁵

El socialismo científico

El *Manifiesto Comunista*, redactado por Marx y Engels en 1848 como programa para la Liga de los Comunistas, constituyó la primera exposición sistemática de las ideas del socialismo científico. Dio una base científica a la lucha del proletariado contra la burguesía, fijó claramente el objetivo final de esta lucha y el camino y los medios para lograrlo. Fue el manifiesto de aquella parte de la clase obrera que se llamaba a sí misma comunista y había producido, previamente, “aquel comunismo rudimentario y tosco, puramente instintivo” de Cabet en Francia y Weitling en Alemania que ya era temido y aborrecido por las clases dominantes, a diferencia del llamado socialismo, que en el continente europeo, como dijo Engels, era una cosa “respetable”.¹⁶ La tesis fundamental del *Manifiesto* planteó que “en cada época histórica el modo predominante de producción económica y de cambio y la organización social que de él deriva necesariamente, forman la base sobre la cual se levanta, y la única que explica, la historia política e intelectual de dicha época; que, por tanto (después de la disolución de la sociedad gentilicia primitiva con su propiedad comunal de la tierra), toda la historia de la humanidad ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre explotadores y explotados, entre clases dominantes y clases oprimidas; que la historia de esas luchas de

15. José Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. cit., pág. 33 y 36.

16. Federico Engels, Prefacio a la edición inglesa de 1888 del *Manifiesto del Partido Comunista*, Pekín, Lenguas Extranjeras, 1980.

clases es una serie de evoluciones, que ha alcanzado en el presente un grado tal de desarrollo en que la clase explotada y oprimida —el proletariado— no puede ya emanciparse del yugo de la clase explotadora y dominante —la burguesía— sin emancipar al mismo tiempo, y para siempre, a toda la sociedad de toda explotación, opresión, división en clases y lucha de clases”.¹⁷ Posteriormente en *El Capital*, Marx expondría las principales leyes del régimen capitalista de producción y, luego de la Comuna de París, sintetizando la experiencia de las luchas obreras en las que participó junto a Engels, llegaría a la conclusión que la Comuna demostró que “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines”: debe instaurar, para realizarlos, la dictadura del proletariado.

1870 - 1890

Las décadas del 60 y el 70 del siglo XIX vieron brotar los cambios que emergerían, espectacularmente, en la década del 80. Cambios que tanto glorifica la oligarquía liberal y suscitan, aún, el recuerdo nostálgico y admirado del Dr. Raúl Alfonsín.

Hechos sangrientos, verdaderos genocidios, cimentaron lo que habría de llamarse la “Argentina moderna”. Fueron los últimos combates de una guerra civil que asoló al país durante 70 años. Y por ser los últimos no fueron menos sangrientos que los anteriores. Años de barbarie salvaje, de degüello —esa institución nacional— y horca para miles de infelices. Las expediciones punitivas al interior aniquilaron toda resistencia al mitrismo¹⁸ (Mitre: “*el Hércules sagrado, el San Antonio*” que adoró la “*clase highlife*” de Buenos Aires, escribió Lallemand). Miles de víctimas. “*Ni un solo día de paz*”, escribió Olegario Andrade. Esto mientras se extendían kilómetros de vías férreas y se instalaba el Banco de Londres y Río de la Plata.

Entre esos genocidios resalta el del pueblo paraguayo. La guerra del Paraguay, iniciada en 1864 entre Paraguay y Brasil, a la

17. *Ibíd.*, pág.13.

18. Carlos Marx y Federico Engels, Prefacio a la edición alemana de 1872 del *Manifiesto del Partido Comunista*, ed. cit., pág. 2.

que se incorporaría la Argentina con la Triple Alianza, aniquiló a gran parte de la población del país hermano. En 1865 la población del Paraguay era de cerca de un millón de habitantes; terminada la guerra, en 1870, no alcanzaba a 250.000. Miles de campesinos fueron fusilados y la agricultura y la producción devastadas. Así se abrió el Paraguay a las mercaderías europeas, principalmente inglesas, y se les garantizó a éstas los mercados sudamericanos. Y así se aseguró la hegemonía de los terratenientes, comerciantes del puerto y financistas bonaerenses en lo que sería la Nación Argentina, ya que el Paraguay hubiera podido, con su apoyo, tornar muy difícil el sometimiento de las provincias del interior que enfrentaban a la oligarquía porteña. Por eso Alberdi calificó a la guerra del Paraguay como “*un episodio de la guerra civil argentina*”. Y por eso las provincias del interior —incluidos caudillos como Urquiza— saludaron jubilosamente el triunfo paraguayo en Curupaití.

Otro genocidio fue el que se ha llamado la “Conquista del Desierto”¹⁹: la masacre, el feroz tormento y la servidumbre más horrible de los indios de la Patagonia y el Chaco para asegurar miles de leguas de tierra para los vacunos y los lanares de la oligarquía y la posibilidad de transformar en peones a los gauchos y criollos que realizaron esa matanza. Estos últimos, como escribió el Comandante Prado “*no hallaron —ni siquiera en el estercolero del hospital— rincón mezquino en que exhalar el último aliento*”.

En 1880 se capitalizó Buenos Aires. Pero no para asegurar el puerto de Buenos Aires como instrumento para el desarrollo nacional, sino para consolidar el poder de Buenos Aires sobre el resto del país. Así “*un sector de grandes terratenientes ganaderos bonaerenses y del interior, cuya máxima expresión fue el*

19. La historiografía oficial ha ocultado celosamente a las grandes masas el conocimiento verdadero de esa horrible matanza. Lo mismo han hecho los revisionistas del marxismo, quienes confunden la explicación de ciertos hechos históricos con su justificación y exaltación: “... influencias extrañas a la nacionalidad, que impulsan a la juventud a mirar demasiado fuera del país, y a buscar «ejemplos» allí, han impedido que se estudie y se divulgue esta *hazaña* de la nación”, escribió Luis V. Sommi en el Prólogo de la obra del comandante Prado *La guerra al malón*, (Buenos Aires, EUDEBA, 1961. El subrayado es mío).

propio Roca (...) hegemонizando y/o subordinando a los otros sectores de terratenientes y aliándose a los grandes comerciantes, en particular a los del puerto de Buenos Aires, impuso a todo el país su proyecto".²⁰

El telégrafo, los ferrocarriles y el Remington fueron los principales instrumentos del progreso de esos años. Se produce una gran inversión de capital extranjero. El país se abre a la inmigración masiva y miles de inmigrantes junto a los criollos que van a las curtiembres, saladeros, molinos y barracas de lana formarán el proletariado moderno argentino.

La construcción de los ferrocarriles fue expresión —como señaló Lenin— “de las principales ramas de la industria capitalista, de la industria del carbón y del hierro”, el principal exponente del desarrollo del comercio mundial, y se transformó “en un medio para oprimir a mil millones de seres (en las colonias y semicolonias), es decir, a más de la mitad de la población de la tierra en los países dependientes”.²¹ Tras el progreso y la influencia civilizadora, el saqueo de las riquezas nacionales y la explotación de los pueblos de la mayoría de la tierra.

Hacia 1876 terminó el desarrollo del capitalismo de la Europa Occidental bajo su forma premonopolista. La libre competencia capitalista fue sustituida por los monopolios capitalistas. El capitalismo se transformó en imperialismo capitalista, cuyos rasgos fundamentales, definidos por Lenin en 1916, fueron: 1) la concentración de la producción y del capital que origina los monopolios modernos; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación sobre la base de este capital “financiero” de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales que pasó a adquirir una gran importancia; 4) la división del mundo en manos de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas; 5) la finalización del reparto territorial del planeta entre los países capitalistas importantes. En las colonias, países de ultramar (en relación a Europa) y en los países dependientes, como la Argentina, creció con rapidez el capita-

20. Faustino Garmendia, “El proyecto del 80”, en *Teoría y Política*, N°23, Buenos Aires, abril-julio de 1979.

21. V. I. Lenin, Prólogo a las ediciones francesa y alemana de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, tomo 22, pág. 200.

lismo. Dividido el mundo entre las grandes potencias capitalistas, un nuevo reparto solo podía hacerse por la guerra. Se entró en la época del imperialismo y las revoluciones proletarias.

Los hechos antes mencionados permitieron la definitiva organización nacional bajo el control de los terratenientes. Se abrió “*la época de la dominación oligárquico-imperialista sobre nuestro país*”. La penetración imperialista condicionó y deformó “*todo el desarrollo de la economía nacional en función de sus intereses. Para ello el imperialismo alía y subordina a los terratenientes latifundistas, convirtiéndolos en verdaderos apéndices de su política*”.²² Así los terratenientes y comerciantes porteños hegemonizaron un bloque de clases dominantes que desarrolló el país sobre el eje del litoral pampeano, creciendo “hacia afuera”, renegando de su condición latinoamericana, produciendo materias primas para las potencias de ultramar e importando sus manufactures y sus capitales.

La inmigración

Alrededor de los años 80 se produjo una transformación profunda del país. La producción cerealera y de carnes jugó un gran papel en esos cambios. El área sembrada con trigo creció ocho veces entre 1875 y 1888. Las líneas ferroviarias pasaron de 2.516 kilómetros en 1879 a 13.682 en 1892. Entre 1880 y 1899 desembarcaron oficialmente 1.949.593 inmigrantes y quedaron, definitivamente, 1.222.383. Y la población, que según el censo de 1869 era de 1.830.000 habitantes, pasó a ser de 4.044.911 en 1895. La población urbana creció del 34,6% en 1869 al 42,8% en 1895. Buenos Aires tenía 177.787 habitantes en 1869 y 433.375 en 1887, lo que implica un crecimiento anual del 7,3%, el más alto de las ciudades del mundo que entonces estaban en proceso de modernización.²³

Inicialmente llegaron al país muchos europeos del noroeste. Obreros con algún grado de calificación, de instrucción y en ocasiones dotados con un pequeño capital.²⁴ Muchos de los in-

22. Partido Comunista Revolucionario, *Programa*, pág. 11 y 12 (1984).

23. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 68.

24. *Ibid.*, pág. 22.

migrantes de aquella primera oleada se convirtieron en patrones. Según el censo de 1895 los extranjeros constituían el 90% de los propietarios de bienes raíces, el 84,2% de los propietarios de industrias, el 74% de los propietarios de comercio.²⁵ Eran, también, el 64% del personal empleado en industrias y el 42% del personal de comercio (muchos inmigrantes empleaban a sus hijos, de nacionalidad argentina, en sus industrias y comercios, lo que explica, en parte, como señala Falcón,²⁶ la diferencia entre patrones y empleados que indica el mencionado censo). Por lo que se deduce que los inmigrantes constituyeron no sólo la gran masa del proletariado industrial, como propagandizó la oligarquía para atacar como “foráneas” a las ideas proletarias, sino que, también, fueron la base principal de la naciente burguesía industrial y comercial argentina.

En este período, obreros revolucionarios e intelectuales progresistas, que huían de la persecución posterior a movimientos revolucionarios que fueron derrotados en Europa, llegaron al país, influenciando grandemente al movimiento obrero y revolucionario argentino y contribuyendo a su organización sindical y política. La derrota de la Comuna de París, de la Primera República Española, las leyes de Bismarck en Alemania y de Crispi en Italia tendientes a reprimir al movimiento obrero y socialista internacional, determinó la venida de muchos revolucionarios.²⁷

Otra característica de la inmigración de ese período, particularidad que se reforzaría en los años posteriores, fue el reemplazo de la inmigración del noroeste de Europa por inmigrantes del sur de Europa. Especialmente por españoles e italianos de las regiones más pobres y atrasadas de esos países.

La mayoría de esos inmigrantes venía a trabajar la tierra. Llegaron atraídos por la ilusión de explotaciones de decenas de hec-

25. Nada más fácil para aquellos inmigrantes que tenían algún dinero y algunas herramientas —como escribe Falcón— que poner un taller o una pequeña fábrica y explotar esa mano de obra barata que llegaba sometida a condiciones de vida tremendas, en los barcos y luego en el Hotel de Inmigrantes y las ciudades. Ambos hechos, la facilidad de algunos inmigrantes para explotar mano de obra barata y la abundancia de ésta, constituyeron una gran dificultad para lograr la organización sindical y política de la clase obrera en aquel período.

26. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 59.

27. *Esbozo de historia del Partido Comunista*, Buenos Aires, Anteo, 1947, pág. 8.

táreas, que les prometían supuestos planes colonizadores que, en su mayoría, fueron sólo estafas de los grandes latifundistas para vender parte de sus gigantescos latifundios y valorizar el resto. En la década de 1880 se consolidó, definitivamente, la estructura latifundista del campo argentino. Por lo tanto, la enorme mayoría de esos inmigrantes no pudo transformarse en colonos libres. Las colonias sólo prosperaron en parte de la provincia de Santa Fe, Entre Ríos y sur de Córdoba. La provincia de Buenos Aires, zona ganadera por excelencia, estuvo al margen del proceso de colonización.

Esos inmigrantes, colonos o arrendatarios, como escribió Lallemand “trabajan de día y de noche, si es posible sin descansar, con sol y con luna. El peón de estancia, el proletario rural, aun el medianero, no se mata trabajando como lo hace el colono, a quien anima y devora la pasión por la propiedad de la tierra... Aquellos colonos no tienen una habitación... pues el mísero rancho de barro, cueva de ratones que construyen, les sirve más como depósito que de casa... Ellos no comen casi nada... El confort no lo conocen de ninguna clase. De ropa les sirven míseros harapos... De educación y escuelas nadie se preocupa.

“Las mujeres trabajan aun más que los hombres, y desde que cuentan doce o trece años echan al mundo una cantidad asombrosa de hijos, gratis, fuerza de trabajo que desde tierna edad colabora en la producción y contribuye poderosamente para reducir los precios en el mercado universal pues no cuesta nada o casi nada al productor (...) De este modo se forma una población numerosa, pero pobrísima y atrasada, apenas sobre el grado de cultura del *kooli* chino (...) Es obvio que a este productor ignorante le caen los explotadores como los buitres sobre el cadáver”.²⁸

Una gran masa de esos inmigrantes, privada de la posibilidad de trabajar tierras propias, se vio arrojada a las ciudades y proletarizada. Su origen campesino y de las zonas más atrasadas económicamente de Europa, en las que la influencia clerical era muy grande, y “el grueso de la misma era ideológicamente extraña al

28. Germán Ave Lallemand, *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1974, pág. 86 y 87.

socialismo y al anarquismo”,²⁹ creó una dificultad muy grande para que los primeros marxistas pudiesen fusionar el marxismo con el movimiento obrero argentino. Un movimiento obrero en el que coexistían inmigrantes (marginados como “gringos”) que hablaban diversos idiomas y criollos. A la vez, las transformaciones operadas en el campo —en algunas provincias se asentaron inmigrantes masivamente, mientras en otras la mayoría de la población campesina siguió siendo de origen nacional— dificultó mucho la integración del marxismo con la revolución argentina y la unidad obrero-campesina.

En ocasiones, en una fábrica, los obreros hablaban cuatro o cinco idiomas. Así sucedió que en el acto del 1º de Mayo de 1890, acto con el cual la clase obrera entró formalmente en la política argentina, los oradores hablaron en español, alemán, italiano y francés.

En las provincias, los trabajadores soportaban condiciones semiserviles. Debemos a Lallemand, uno de los primeros marxistas del país, la descripción vívida de las condiciones de trabajo en esas regiones. Dice, sobre Misiones: indios y mestizos “trabajan desde la más tierna infancia, explotados horriblemente”, a cambio de un jornal “puramente nominal”, por el “sistema de pago de la mano de obra en especies que no permite que el obrero se halle jamás libre de deudas con su patrón”. También en Tucumán, en las explotaciones azucareras los trabajadores “son esclavos” y su jornal es solo nominal. Hay “que trasladarse a Tucumán —agrega Lallemand— si se quiere ver en qué se convierte el latifundista a sí mismo y en qué convierte al obrero, allí donde se le permite transformar el mundo según sus ideas sin que se le pongan frenos”. Había unos 60.000 obreros en la industria azucarera tucumana hacia 1895, cuando Lallemand relata esta situación, en los años que se caracterizaron como los del “boom productivo” de la industria del azúcar. Los obreros sufrían una ley de conchabo (“legislación relativa a la servidumbre”) que “marca al peón con el sello de un esclavo total”. En la región pampeana el peón de estancia “desconoce una vivienda verdadera. Duerme por lo

29. Benito Marianetti, *Argentina, realidad y perspectivas*, Buenos Aires, Platina, 1964, pág. 294.

general a la intemperie, sobre el recado, o en un cobertizo sobre bolsas vacías (...) el puestero se vincula en dependencia mediante un contrato como aparcerero o mediero, a participación (...) Los más jóvenes (boyeritos) ganan solamente 20 pesos” (en vez de los 40 ó 50 del peón adulto). Lallemant llegó a estimar en un 1.000% la tasa de plusvalía (o plustrabajo) de un puestero, ya que de 11 horas de trabajo trabajaba 10 para el patrón. Y aún más. En “la región occidental, montuosa, pobre de lluvias, que se asemeja a tierra de maleza, trabajan mestizos en los alfalfares ubicados al pie de la montaña e irrigados artificialmente; también son mestizos los que trabajan en los maizales y viñedos”. En cuanto a los mestizos que trabajan en el Noroeste, descendientes de calchaqués y otros pueblos de la región, se dedican a la ganadería y a la minería. Estos últimos “constituyen el tope en lo que a falta de necesidades se refiere: su pesado trabajo es bien conocido”. El jornal que ganan por un trabajo de doce horas a destajo es “puramente nominal porque mediante el sistema de pago en especie el patrón lo estafa de la peor manera”.

Es interesante, y completa este cuadro sintético sobre la situación de las masas trabajadoras en la Argentina del fin de siglo (esa Argentina a la que ahora glorifica Alfonsín y propone como modelo), lo que escribió Lallemant sobre la situación de la mujer obrera: es “improbable que en parte alguna del mundo las mujeres del proletariado se encuentren en una situación más miserable que en Buenos Aires”.³⁰

Comienzos del proletariado y sus organizaciones

Esta particularidad de la clase obrera argentina escindida, prácticamente, entre una gran masa criolla y una masa inmigrante de diferentes nacionalidades, proveniente además, en lo fundamental, de las regiones campesinas más atrasadas de Europa, dificultó durante un largo período la fusión del marxismo con el movimiento obrero argentino y su integración teórica y práctica con la revolución argentina. Los socialistas, primero, y los comunistas después, debieron resolver un pro-

30. Germán Ave Lallemant, ob. cit., pág. 153 y siguientes.

blema difícil, original, más complejo posiblemente que el que debieron enfrentar los marxistas estadounidenses y los de otros países coloniales o dependientes. Avanzado el siglo XX era aún un gran problema a resolver.³¹ Fue necesario un largo proceso, una prolongada práctica conjunta, para que la gran masa de los explotados comprendiese que era el mismo el yugo que oprimía a criollos e inmigrantes, a mestizos y a “gringos”. Que era común el enemigo. Y que sólo la unidad y solidaridad de clase les permitiría a ambos sectores luchar y conseguir, más tarde o más temprano, su liberación. Lo que estuvo unido al paso de la lucha gremial a la lucha política.

31. José Peter cuenta, refiriéndose a una inundación ocurrida en la década de 1920: “Se produjo ese año una gran inundación. El Paraná de las Palmas llegó con sus aguas hasta las mismas barrancas. Toda Villa Angus quedó inundada; el rancho donde vivíamos fue de los primeros que recibió la nocturna y traicionera visita de la creciente. Al anochecer de ese día, el agua que había llegado hasta casi tocar el mojinete del rancho, se retiró como dándonos una tregua. Eso nos alentó para resolver pasar allí la noche, seguros de que la creciente no avanzaría más pero muy de madrugada despertamos con parte del rancho en el suelo. Todo se encontraba invadido por un agua sucia y barrosa. En la noche oscura como boca de lobo silbaba la lluvia y un frío implacable descargaba sus latigazos. En medio de los truenos se oían gritos de los vecinos. El llanto de mujeres y de niños desgarraba el alma. Solo algunas fugaces luces de relámpagos nos mostraban de tanto en tanto ese cuadro dantesco. Cada uno levantó lo que pudo, y la villa en pleno marchó chapoteando entre el agua y el barro camino a las barrancas buscando el refugio de los lugares más altos. Allí al borde de las mismas. Existía uno de los pocos conventillos de material, habitado por obreros extranjeros, los “rusos”. Enterados estos del desastre que estaba provocando la inundación, abrieron de par en par las puertas de sus viviendas para recibir a los afectados, así, sin odios ni rencores por los desaires y desprecios que habían recibido por parte nuestra, con una emocionada disposición de solidaridad proletaria. Allí estaban esos trabajadores que las empresas pretendían echarnos encima como enemigos; ofreciendo sus camas, tibias aún, a los niños ateridos de frío y poniendo a nuestra disposición frazadas y ropas para reemplazar a las nuestras mojadas y embarradas. Los braseros con el carbón encendido y los “Primus” en plena actividad calentando agua, leche o café para proporcionarnos alimento y calor, todo era una constante actividad en torno nuestro por parte de esa gente que sentía como propia la desgracia que nos afligía en esos momentos tan dramáticos. Este hecho nos colmó de un sentimiento de agradecimiento y también de emoción, y nos hizo reflexionar muy seriamente. Eso nos demostró que ellos no eran nuestros enemigos. No nos quitaban nada, sino que por el contrario, nos lo daban todo. En cambio, el frigorífico, como de costumbre, a la hora reglamentaria llamó al trabajo con sus potentes sirenas. Ni al Gerente ni a ningún miembro del personal jerárquico les importó lo que había sucedido”. (*Crónicas proletarias*, Buenos Aires, Esfera, 1968, pág. 32 y 33).

Criollos venidos de las estancias, del matadero, de los saladeros y las curtiembres fueron encontrándose en los frigoríficos (en 1883 Eugenio Terrasón fundó en San Nicolás el primer frigorífico y ese año y el siguiente se instalaron el “The River Plate” en Campana y “La Negra” en Avellaneda) con los esclavos, escogidos, éstos, por ser capaces de resistir las agotadoras jornadas en la cámara fría. Criollos e italianos, españoles, alemanes, rusos, judíos, y muchos más se fueron mezclando en las fábricas, en las cosechas y estibas y conviviendo en los conventillos de las ciudades y en los ranchos de las afueras de los pueblos de campaña. Así se fue forjando el moderno proletariado argentino.

Esa gran afluencia de inmigrantes y su decisiva participación en la formación de la clase obrera argentina, influyó también en ideas que fueron el basamento del reformismo argentino. Desconocían la historia —reciente— de setenta años de guerras civiles y luchas armadas que vivió el país. Y muchos de ellos compartieron, durante muchos años, la ilusión de las clases dirigentes sobre un curso pacífico del desarrollo capitalista argentino.

Diremos que la condición de semiservilidad de gran parte del proletariado rural e incluso urbano de nuestro país duró hasta muy avanzado el siglo XX. Su conocimiento exige liberarse de los prejuicios —comunes a los “socialistas” de cátedra que están de moda— que consideran a la Argentina como un país capitalista desde el mismo virreinato español. Este conocimiento es imprescindible para entender una de las causas más importantes del arraigo de masas del peronismo, en tanto y en cuanto éste removi6, no todas, pero sí muchas de esas rémoras precapitalistas.

En este período los artesanos y los obreros se fueron organizando. Primeramente, en mutuales y en sociedades por nacionalidad y, lentamente, debido al poco desarrollo fabril y a la influencia de las ideas de los socialistas ut6picos y anarquistas, fueron pasando a organizar asociaciones obreras de carácter gremial y sociedades de resistencia (de los carpinteros, albañiles, tip6grafos, panaderos, etc.). Éstas, generalmente, como plantea Falc6n, se constituían en torno a una lucha concreta y tenían vida efímera.³²

32. Ricardo Falc6n, ob. cit., pág. 80.

Se desarrolló la literatura socialista

Paralelamente a la organización obrera avanzó la de la burguesía que exigía medidas proteccionistas para la industria nacional. En 1875 se creó el Club Industrial, que continuó la lucha realizada, en 1866, por sectores terratenientes y burgueses que habían reclamado medidas proteccionistas para la industria textil lanera. Posteriormente, en 1887, se constituyó la Unión Industrial. Ésta se opuso a las pretensiones obreras y exigió medidas arancelarias de promoción industrial. Ni los socialistas ni los anarquistas apoyaron este reclamo de los industriales y defensores de la industria nacional, pues eran partidarios del libre comercio. Pensaban que éste, al abaratar los artículos de consumo popular, favorecía a los trabajadores. En esencia, socialistas y anarquistas concebían el país como un país agrario. Igual que los terratenientes y la burguesía comercial que hegemonizaban a las clases dominantes.³³ Aquí se forjó la matriz de una línea que trabó, por muchos años, la integración del marxismo con las leyes de la revolución argentina, impidiendo que fuese vanguardia real de las clases sociales posibles de aliar en la revolución democrática de liberación nacional. Esto facilitó la influencia de la burguesía sobre un sector del movimiento obrero. El 26 de julio de 1899 los industriales organizarían una manifestación pública en defensa de la industria nacional que reunió a cerca de 40.000 personas. Muchas de éstas, obreros.³⁴

En 1878 los tipógrafos protagonizaron la primera huelga impulsada por una organización de tipo sindical. Seguían siendo la vanguardia del movimiento obrero argentino. Consiguieron que se atendieran sus reclamos: entre otros, aumentos de salarios y supresión del trabajo de los niños y su reemplazo por adultos. Posteriormente, con el desarrollo de los ferrocarriles y el crecimiento del proletariado ferroviario, éste tomaría esa posición de avanzada y protagonizaría las principales luchas de ese período.

33. Juan B. Justo fue uno de los dirigentes socialistas que tomó posición pública a favor del libre comercio. En cuanto al Partido Comunista, en su programa de 1941 ¡Por la libertad y la independencia de la Patria! levantó consignas por el desarrollo industrial, pero sólo después de la segunda guerra mundial exigió medidas proteccionistas de la industria nacional a través de las tarifas aduaneras.

34. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 82.

Fueron años de gran crecimiento del sector de las comunicaciones. El censo de 1896 indicó la existencia de 34.000 ferroviarios; 16.988 marinos y barqueros; más de 20.000 carreros. En 1877 se comenzaron los trabajos del puerto de Buenos Aires que se terminaron diez años después. El puerto pasó a ser la llave maestra de la economía argentina, lo que confirió un papel importantísimo a los obreros portuarios. También se operó un gran crecimiento del sector construcciones. En 1887 había en Buenos Aires 10.410 albañiles y 10.074 carpinteros (una parte de éstos ligados a la construcción).³⁵ Junto con los ferrocarriles se desarrollaron los talleres ferroviarios. Éstos, la instalación de varios establecimientos frigoríficos y un amplio desarrollo fabril, son índices claros de la existencia de una gran masa de asalariados, incluso obreros fabriles, sometidos a la explotación capitalista. Es cierto que el proceso se aceleró notablemente luego de 1880. Pero en este año ya existían 2.313 kilómetros de vías férreas, se habían adoquinado muchas calles de Buenos Aires y se tendían las primeras líneas tranviarias. De los 400 establecimientos que censó la Unión Industrial en 1887, 114 habían sido fundados antes de 1880. Por esto es equivocada la “tesis” de Julio Godio, para quien “el rasgo *esencial* que caracteriza a esta primera etapa del movimiento sindical en América Latina puede sintetizarse así: la difusión inicial del socialismo (1850-1880) es anterior a la formación de la clase obrera fabril latinoamericana”.³⁶ Repárese que en el período indicado por Godio ya habían trabajado por cuatro años en Buenos Aires las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores y, ya antes, hubo relaciones de los tipógrafos con secciones europeas de la AIT. Las ideas del socialismo prendieron primero en sectores obreros antes que en los sectores intelectuales, o al menos simultáneamente. Llama la atención que Godio, tan inclinado como Portantiero, Aricó o Frigerio a encontrar relaciones de producción capitalistas en la Argentina en el propio Virreinato sin importarle la existencia o inexistencia de trabajo asalariado libre y de capitalistas, hable

35. *Ibid.*, pág. 69.

36. Julio Godio, *Historia del movimiento obrero Latinoamericano*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1979, pág. 11 (el subrayado es mío).

aquí de “clase obrera *fabril*” (el subrayado es mío). La “tesis” de Godio a más de errónea es interesada, porque extrapola hacia el pasado una teoría —también errónea e intencionada— del revisionismo soviético contemporáneo que explica, en forma semejante, la existencia de supuestos gobiernos “socialistas” en países del Tercer Mundo (sometidos a la hegemonía soviética) donde las ideas socialistas habrían encarnado y triunfado sin que el proletariado de esos países las haya hecho suyas. Esto se habría logrado por una supuesta alianza de la clase obrera internacional (representada por la Unión Soviética) con el campesinado de las naciones en cuestión, bajo “la guía” de la teoría de lo que Godio llama, en artículos con su firma, “el socialismo real”.

Ratzer, en la obra ya citada ha detallado la gran cantidad de huelgas que se producen luego de la tipográfica.³⁷ Huelgas que eclosionaron en un gran estallido en 1888. Ratzer plantea que en 1887 “se completó una etapa en la evolución y conformación de la clase obrera argentina”. Fue el año en que el proletariado ferroviario —dice— entró realmente en escena con sus luchas y la formación de La Fraternidad. Numerosas huelgas entre 1888 y 1890 destacaron su papel de avanzada: huelga de los trabajadores del ferrocarril Buenos Aires Rosario; de los talleres Sola; de los del ferrocarril a Ensenada; de los talleres de Junín; de la estación Retiro; de los peones de la estación Once; de maquinistas y foguistas del Provincial, etc. Esas huelgas demostraron —afirma Ratzer— un cambio muy importante en el movimiento obrero argentino. Graficaron una solidaridad de clase avanzada y un elevado nivel de conciencia de clase. El movimiento de resistencia se eleva a un plano superior con la existencia de numerosos gremios organizados y algunos, relativamente poderosos. A más de las ferroviarias se destacaron numerosas acciones huelguísticas (de metalúrgicos, carpinteros, de una fábrica de sombreros, zapateros, sastres, trabajadores de gas, estibadores del puerto, etc.).

Ante esto, los terratenientes y la gran burguesía proimperialista reaccionaron alarmados.

37. José Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. cit., pág.50 y siguientes.

La Primera Internacional en la Argentina

En 1864 se creó, en París, la Asociación Internacional de Trabajadores, conocida como la Primera Internacional. Era una organización que nucleaba sindicatos, organizaciones políticas y sociedades obreras de distinto tipo. Una organización de frente único en la que había marxistas, anarquistas, tradeunionistas, socialistas utópicos, etc.

De la Primera Internacional dijo Lenin que “sentó los fundamentos de la organización internacional de los trabajadores para la preparación de su ofensiva contra el capital”.³⁸ Luego de su disolución en 1876, surgieron los partidos socialdemócratas, y se abrió una época de gran crecimiento del movimiento obrero en todo el mundo con el surgimiento de partidos obreros socialistas de masas. Marx y Engels fueron creadores y dirigentes de la Primera Internacional. Marx escribió sus documentos programáticos.

A la Argentina llegaron noticias de la creación de la Primera Internacional y se discutió sobre ella en círculos de artesanos e intelectuales. “En la década del 70 se habían creado en Argentina organizaciones de obreros que estudiaban las publicaciones marxistas”.³⁹

La llegada de los emigrados de la Comuna de París, obligados a abandonar esa ciudad por la feroz represión posterior a la derrota de los comuneros, facilitó la organización de la primera sección adherida a la Asociación Internacional de Trabajadores, el 28 de enero de 1872, integrada por obreros franceses. Tuvo rápido crecimiento, ya que cuatro meses después tenía 89 afiliados y 273 para julio. Se crearon luego la sección italiana y la española. “De la Internacional se habla en todas partes”, escribía Auguste Monneau en abril de 1872. Cada sección tenía su comité central dirigente y las cuestiones generales se discutían en el Consejo Federal formado por seis miembros. Fue la primera organización proletaria programática, no corporativa. El 1° de julio de 1872 la

38. V. I. Lenin, *Obras completas*, ed., cit., tomo 29, pág. 300.

39. V. Ermolaiev, “Surgimiento de las primeras organizaciones obreras en América Latina”, en revista *Nueva Era*, N° 10, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1960, pág. 85.

Primera Internacional reconoció a la sección francesa. En setiembre de 1872 se comenzó a editar *El Trabajador*, periódico que por falta de fondos tuvo una edición irregular. En 1874 las organizaciones obreras de Córdoba se unieron en la Sociedad Obrera y adoptaron el nombre de sección de la Primera Internacional. Las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores hicieron propaganda y establecieron relaciones con las organizaciones obreras existentes. El peso de los artesanos y trabajadores de pequeños talleres y la facilidad para que algunos de éstos, propietarios de herramientas o algún capital, se transformasen en patronos —como señalamos anteriormente— se reflejó en la aparición de una tendencia que en vez de privilegiar la vinculación con el movimiento obrero privilegió la creación de mutuales.

Los fundadores de la Primera Internacional en Buenos Aires chocaron con los prejuicios existentes contra los obreros extranjeros (llamados “gringos”). A su vez ellos no estuvieron exentos de prejuicios contra los criollos, como se comprueba en la correspondencia de Raymond Wilmart —uno de sus dirigentes— con Marx.⁴⁰

Las secciones de la IC en Buenos Aires observaron medidas de cautela y conspiración. Debido a ellas aún no se ha podido determinar la verdadera identidad, entre otros, de E. Flaesch que, al parecer, desempeñó un importante papel en esa organización, ya que firmaba como *Fundador* de la Internacional. Tuvieron —al igual que Marx y Engels— un elevado concepto de la vigilancia revolucionaria. Esto no se debió, como manifiesta Falcón,⁴¹ a la “existencia de una lucha política y un clima de relativa desconfianza en el interior de las secciones”. Se debió, principalmente, a una experiencia que arranca de aquel “primer partido comunista” de Babeuf, cuya conspiración fue delatada por un agente policial infiltrado en su dirección suprema. No solo los internacionalistas de Buenos Aires pedían informes sobre “los antecedentes políti-

40. La posibilidad de consultar los archivos de Ámsterdam en donde se encuentra la correspondencia entre los internacionalistas residentes en Buenos Aires y el Consejo General de Londres de la IC, y con Marx y Engels, ha permitido a Ricardo Falcón —en la obra citada— darnos una valiosa información sobre los internacionalistas argentinos, aunque la reproducción de esa correspondencia es parcial.

41. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 49.

cos de algunos militantes”⁴²; encontrarán en la correspondencia de Marx y Engels numerosos casos semejantes. Los primeros internacionalistas de Argentina venían de vivir la experiencia de la Comuna francesa de 1871, el primer golpe poderoso que el proletariado aplicó al capitalismo y que fue ferozmente reprimido por la burguesía. La Comuna demostró —por un lado— que la clase social destinada a acabar con la burguesía como clase y abrir el camino a la definitiva liquidación de explotación del hombre por el hombre se había puesto de pie frente a su rival histórico. Y probó —por otro lado— que la burguesía reprimiría con saña feroz a este enemigo histórico. Hablan muy bien de aquellos internacionalistas (comunistas por otro lado, no anarquistas ni utópicos) esos “pedidos de informes”, porque demuestran que tenían una comprensión cabal de la crueldad de la lucha de clases y porque indican que se tomaban la lucha revolucionaria en serio. La profusión de ataques contra ellos en la prensa burguesa, el allanamiento de su local y la detención y torturas a algunos de sus militantes, producidos en 1875, patentizan que también la oligarquía argentina los tomó en serio.

En las secciones argentinas de la Internacional hubo confusión entre los componentes respecto a la organización sindical y política de la clase obrera. Confusión parecida hubo también en la dirección central de la Internacional dada la coexistencia en la misma de organizaciones de tipo mutual con sindicatos y partidos.

Eran muy pocos los destacamentos de obreros de vanguardia que adherían a la Internacional y estos mismos, su mayoría, se encontraban bajo la influencia de las viejas ideas premarxistas, por lo que en la Internacional existieron diversas tendencias y en cada una de éstas profundas divergencias. Al inicio de la Internacional los principales enemigos de Marx fueron los proudhonianos que tuvieron casi una tercera parte de los votos del Congreso de Ginebra de la Internacional; luego lo fueron los anarquistas bakuninistas. Esto obligó a Marx y a Engels a realizar concesiones a algunos dirigentes de la Primera Internacional para mantener a ésta como frente único y poder aislar, primero a los proudhonianos y luego a los anarquistas bakuninistas, sus principales riva-

42. *Ibíd.*

les. Estas concesiones no afectaron nunca los principios fundamentales que defendían Marx y Engels, como lo demuestran los documentos de la Primera Internacional y el hecho de que ella permitió al proletariado mundial pasar de la utopía a la ciencia y de la dispersión y el sectarismo al espíritu proletario de partido.⁴³ La línea fundamental de Marx y Engels fue definida así por Engels en la Conferencia de Londres de la Internacional, en 1871:

“Nosotros queremos la supresión de las clases. ¿Qué medio emplear para el logro de este objetivo? La dominación política del proletariado... Pero la revolución es el acto supremo de la política; quien reconozca esto debe aspirar a aquellos medios y aquellas acciones políticas que preparen la revolución y eduquen a los obreros para ella, y sin los cuales los obreros al día siguiente de los combates serán siempre embaucados por los Fabre y los Pi. La política que hay que seguir es una política obrera; es preciso que el partido se cree no como un apéndice de tal o cual partido, sino como partido independiente, con sus propios objetivos, con su propia política”.

Relación sindicatos-partido

El tema de la importancia de los sindicatos y su relación con el partido obrero fue una de las cuestiones centrales en debate en la Primera Internacional.⁴⁴

Marx y Engels libraron combate contra dos desviaciones: una, la de los proudhonianos, que afirmaban que los sindicatos no son necesarios y propugnaban “transformar la propiedad sobre la base del mutualismo”. Contra esta desviación Marx y Engels demostraron que la lucha de los sindicatos contra la continua ofensiva del capitalismo “no sólo es legítima sino imprescindible”. Otra desviación era la de aquellos que exageraban la importancia de la lucha económica y de los sindicatos, se enredaban en los pequeños conflictos por cuestiones salariales con los patrones y

43. M. Sobolev, *La Primera Internacional*, Buenos Aires, Problemas, 1941. También en *La Primera Internacional y el triunfo del marxismo*, Buenos Aires, Porvenir, 1964.

44. M. Sobolev, ob. cit., pág. 29.

negaban, en principio, la necesidad de la participación del proletariado en la política. Ante éstos Marx afirmaba que “si los sindicatos son precisos para la lucha de guerrillas entre el capital y el trabajo, son más importantes aún como *fuerza organizada para la destrucción del trabajo asalariado y el poder del capital*”. Para esto, según Marx, la tarea principal de los sindicatos es convertirse en centros de organización de la clase obrera, que apoyen a todos los movimientos revolucionarios dirigidos a la liberación del proletariado. Para lo cual es indispensable crear el partido internacional del proletariado. *La Primera Internacional construyó los cimientos de este partido* y forjó —como escribió Lenin— una táctica común para la lucha de clases en los distintos países, táctica que abarcó tanto a la lucha económica como a la política.

En las secciones de la Primera Internacional en la Argentina predominaron los marxistas. Estos lucharon contra tendencias proudhonianas respecto de los sindicatos. Fue débil en Buenos Aires la participación de los anarquistas bakuninistas, quienes fueron fuertes en Montevideo. Los bakuninistas recién constituyeron su núcleo de propaganda luego de la disolución de la Primera Internacional en 1876.

La confusión sobre la relación partido-sindicato existió en el propio grupo marxista de la Primera Internacional. Esta confusión se mantuvo durante muchos años más en el movimiento sindical y político del proletariado en la Argentina. Porque al predominar entre los marxistas, andando el tiempo, las tendencias reformistas y parlamentaristas, se dificultó la lucha para derrotar las tendencias anarquistas, que fueron ganando fuerza en el movimiento sindical. A principios del siglo XX, la respuesta de la fracción sindicalista dentro del socialismo no pudo resolver el problema. Recién con la creación del Partido Comunista, la relación de éste con la Tercera Internacional y, muchos años después, su arraigo en la clase obrera, se crearon condiciones para resolver teórica y prácticamente esta cuestión. La desviación oportunista de derecha que creció en el Partido Comunista luego de 1936, y posteriormente el triunfo del peronismo y su influencia sindical, volvieron a replantear y dar vigencia a un debate que nació con el movimiento obrero.

¿Marxistas?

Las secciones argentinas de la Primera Internacional y su Consejo General tuvieron vinculaciones con el sector de la Internacional liderado por Marx y por Engels. El ex comunero que se ocultaba tras el seudónimo de E. Flaesch y el secretario general del Consejo General, que lo hacía tras el posible seudónimo de A. Aubert, mantuvieron correspondencia con el Consejo General con sede en Londres; Raimundo Wilmart (Raymond Wilmart) con Marx. Wilmart participó en setiembre de 1872 en el Congreso de La Haya, Holanda, representando a la sección de Buenos Aires con el seudónimo de Vilmot.⁴⁵

Existen múltiples elementos que prueban la filiación marxista —o promarxista— de los fundadores de la Asociación Internacional de Trabajadores en Buenos Aires. Uno de ellos lo constituyen las denuncias de los internacionalistas de Montevideo —anarquistas bakuninistas en su mayoría— a sus correligionarios de América, sobre el carácter marxista, “autoritario” (como llamaban los anarquistas a los marxistas) de los internacionalistas de Buenos Aires. Estos últimos planteaban claramente la necesidad de un gobierno de los trabajadores, punto clave en la discusión con los anarquistas. Los marxistas eran, además, como les criticaban los anarquistas, severamente “disciplinarios”.

La existencia de militantes blanquistas⁴⁶ entre los internacionalistas porteños y el carácter “disciplinario” en “exceso” que les atribuyó el propio Wilmart, ha hecho deducir a algunos que era muy importante la influencia blanquista sobre los internacionalistas porteños.⁴⁷ No existen pruebas contundentes sobre esta afirmación.

45. José Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. cit., pág. 39.

46. Luis Augusto Blanqui fue un gran revolucionario francés que se unió a Marx y a Engels en la lucha por el socialismo, aunque tuvo con éstos una constante polémica sobre la táctica del movimiento obrero. Marx y Engels lo valoraron altamente pero no dejaron nunca de combatir su táctica errónea, que no comprendía la importancia que tiene preparar a las masas para una acción armada ni la importancia de crear un partido proletario que se apoye en un movimiento obrero de masas; partido al que sustituía por las acciones de un puñado de conspiradores aislados de las masas populares.

47. Ricardo Falcón, ob. cit., 144. 49.

Esto nos lleva al debate, ya más afinado, sobre qué es el marxismo y su relación con el movimiento obrero y revolucionario latinoamericano de la época. Marx, en vida, nunca permitió que se hablase de “marxismo”. Marxista llamaron a su teoría sus enemigos. Luego de su muerte se llamó así la doctrina que él y Engels fundaron y desarrollaron en décadas de lucha. Tampoco Lenin permitió hablar de leninismo, aunque sus enemigos llamaron así a sus aportes al marxismo. Lo mismo sucedió con Mao Tsetung.

Lenin definió así al marxismo en *El Estado y la Revolución* “la doctrina de Marx es un resumen de la experiencia, unida por una profunda concepción filosófica del mundo y por un rico conocimiento de la historia”.⁴⁸ Nos parece que a esta definición no se le puede agregar ni sacar nada. Stalin, en cambio, definió así a la teoría revolucionaria, marxista-leninista: “La teoría es la experiencia del movimiento obrero de todos los países tomada en su aspecto general”. Se observa que en esta definición ha desaparecido la relación de ese resumen de la experiencia general a la luz de “una profunda concepción filosófica del mundo” y de “un rico conocimiento de la historia”.⁴⁹ En esta definición de Stalin se apoyó Dimitrov para decir que “la teoría revolucionaria es la experiencia condensada, generalizada del movimiento revolucionario”.⁵⁰

Si para elaborar los principios generales de esa doctrina Marx y Engels se basaron, como planteó Lenin, en lo mejor que creó la humanidad en el siglo XIX bajo la forma de la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, y si implica una permanente confrontación de esos principios con el actual desarrollo social, político, científico, tecnológico, resumiendo la experiencia del movimiento obrero o revolucionario, surge claramente que esta teoría no puede ser desarrollada por ningún intelectual

48. La edición argentina de este trabajo de Lenin realizada por la Editorial Lautaro en 1946, utiliza la palabra condensación en vez de resumen. Nos parece más exacta y ajustada a la concepción marxista-leninista la palabra resumen, usada también por la edición de Editorial Cartago de las *Obras completas* (V. I. Lenin, *Obras completas*, ed. cit., tomo 25, pág. 400).

49. José Stalin, *Cuestiones del leninismo*, Buenos Aires, Problemas, 1947, pág. 30.

50. Jorge Dimitrov, *Problemas del Frente Único*, La Habana, Ediciones Sociales, 1945, pág. 117.

aislado del movimiento obrero, por sabio que sea, porque le será imposible hacer ese resumen.

Sólo un partido, el “intelectual colectivo” del que habló Gramsci, podrá realizar esta tarea. Esta es una visión de la teoría contrapuesta a la de intelectuales o socialistas “de cátedra” como Aricó, Portantiero o Godio. Pero también se contrapone con la de aquellos que, como Codovilla, concibieron a la teoría marxista como un conjunto de dogmas abstractos que, para orientar una línea política justa del partido revolucionario, basta con que el conjunto de los afiliados al mismo los “*estudien y asimilen... y los apliquen en su actividad practica*, teniendo en cuenta las tradiciones *históricas* y las características específicas económico-sociales de *sus países*”.⁵¹ Solo un partido revolucionario del proletariado, profundamente ligado a la práctica del movimiento obrero y revolucionario, nacional e internacional, dueño de esa concepción filosófica y ese conocimiento de la historia del que hablaba Lenin, puede reunir y sintetizar la rica experiencia de las masas para retomarla a éstas, comprobar su justeza a través de su práctica social e ir, así, integrando aquellas leyes universales con la realidad de cada país. Cuando hablamos de la historia nos referimos, especialmente, a la historia del movimiento de masas y no solo, y no principalmente, a la de los próceres o líderes de esos movimientos.⁵²

Así tendríamos tres problemas a dilucidar: 1) cómo ha sido elaborada esa doctrina, cuáles han sido y cuáles son, históricamente, sus leyes de validez universal; 2) cómo se fusionó con el movimiento obrero de la Argentina que debe ser su portador y cuya lucha debe iluminar; y 3) cuál ha sido su proceso de integración con la revolución argentina que tiene leyes propias como todo proceso revolucionario particular.

51. Victorio Codovilla, *¿Hacia dónde marcha el mundo?*, Buenos Aires, Anteo, 1949, pág. 30.

52. “Nuestro Partido, al mismo tiempo que ha tenido como guía para su acción a la doctrina científica de Marx y Engels, Lenin y Stalin, se ha inspirado en las tradiciones revolucionarias y patrióticas de los grandes *forjadores* de la independencia nacional, Moreno, Belgrano, Rivadavia, San Martín, Echeverría, Sarmiento, Alberdi; y ha continuado la obra de progreso social de Alem, Yrigoyen, Juan B. Justo, De la Torre y Aníbal Ponce.” (*Esbozo de historia del Partido Comunista*, ed. cit., pág. 145. (El subrayado es mío).

Desde el punto de vista de quiénes eran y a quiénes se consideraba marxistas en el seno de la Primera Internacional, los principales dirigentes de las secciones argentinas lo fueron. O, fundamentalmente lo fueron, aunque arrastrasen concepciones premarxistas, al igual que muchos de los que integraron las agrupaciones de vanguardia que en Europa orientaron Marx y Engels. Esos dirigentes de la Primera Internacional en la Argentina jugaron un rol muy importante: muchos de sus miembros estructuraron, luego de disuelta la Asociación Internacional de Trabajadores en 1876, las primeras organizaciones sindicalistas y dieron un gran impulso a la propaganda socialista.

Esto nos lleva directamente a otra cuestión que en el último tiempo ha sido traída al debate por Scaron⁵³ y Aricó,⁵⁴ entre otros: *¿cuáles fueron las relaciones de Marx y Engels con el movimiento obrero y socialista latinoamericano? ¿Por qué se equivocaron en algunos juicios sobre el movimiento emancipador de las colonias españolas? ¿Por qué dedicaron tan escasa atención a los problemas del movimiento revolucionario en América Latina?*

Aricó y el “desencuentro” del marxismo

Para José Aricó existe un “desencuentro de América Latina y el marxismo”. Aricó basa gran parte de su elaboración en el artículo escrito por Marx sobre Bolívar en la *New American Cyclopaedia*. Artículo fuertemente crítico de Bolívar y con el que Aricó polemiza sin realizar, previamente, un análisis histórico preciso sobre el movimiento emancipador latinoamericano de la época. En ningún momento Aricó se detiene a estudiar a qué clase social perteneció Bolívar y que implicancias políticas tuvo esta pertenencia, a qué clases sociales benefició su línea; y justifica las ideas, temores y posiciones de Bolívar (y otros dirigentes del proceso emancipador) frente a la democracia burguesa y frente a la guerra social, de carácter antiesclavista y antifeudal, que empal-

53. Pedro Scaron, Introducción y notas a *Materiales para la historia de América Latina*, Córdoba, Pasado y Presente, 1972.

54. José Aricó, *Marx y América Latina*, Lima, edición del Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, 1980.

mó con el movimiento y la guerra de la Independencia de las colonias hispanoamericanas. Movimiento este último al que muchos autores han calificado como “separatista”; no como independentista. Es decir: como un movimiento de los latifundistas, grandes comerciantes y esclavistas que sólo pretendía la “separación” de España. Esta palabra separatista es la que Aricó rechaza sin más ni más.⁵⁵ Para Aricó la lucha por la independencia nacional y por la construcción de estados nacionales en América Latina “tendió a ser durante un largo período un hecho puramente estatal, protagonizado por minorías defensoras de intereses sectoriales y sin voluntad nacional”.⁵⁶ Aricó justifica esto, lo que, lógicamente, lo lleva a defender el autoritarismo bolivariano y el de las aristocracias criollas que impusieron su poder, coercitivamente, a las masas, porque éstas, según Aricó “no estaban maduras para una sociedad democrática”.⁵⁷ De allí que plantee que el elegido por esas aristocracias fue el único camino nacional posible, el que modeló estos Estados como “una realidad inédita” —dice— *construida* por esas clases dirigentes al margen —salvo excepciones— de la existencia previa de una nacionalidad (no como expresión estatal de nacionalidades oprimidas). Aristocracias criollas que simultáneamente recompusieron un “nuevo orden capaz de controlar la violencia plebeya desatada”,⁵⁸ precisamente por la “inmadurez” de esas masas.⁵⁹

Con lo que Aricó vuelve a sus orígenes: a la lectura que hizo el Partido Comunista de la historia argentina y latinoamericana en épocas de la Unión Democrática y más aún, luego del XX Con-

55. Sobre los temores de Bolívar a la guerra social aporta importantes elementos el libro de Juan Bosch: *Bolívar y la guerra social*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966. La interpretación de la guerra de la Independencia latinoamericana, en el siglo pasado, como un movimiento que defendió principalmente los intereses de los latifundistas y esclavistas criollos y fue sólo “separatista” de España, predominó entre muchos historiadores marxistas y fue sostenida por muchos expertos soviéticos en cuestiones de América Latina hasta 1956. Véase la revista *América Latina*, N° 9 de 1980, Moscú, pág. 12, y Ermolaiev y otros, “La guerra emancipadora de las colonias españolas en América”, en Cuadernos de Cultura, N° 32, Buenos Aires, 1957.

56. José Aricó, ob. cit., pág. 103.

57. *Ibíd.*, pág. 128.

58. *Ibíd.*, pág. 105.

59. *Ibíd.*, pág. 128.

greso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Así el PC de la Argentina repudió, durante décadas, el movimiento artiguista porque este “debilitaba” la lucha contra el enemigo principal y considera correcta la decisión de Buenos Aires de no apoyarse en las masas insurrectas del Noroeste argentino y el Alto Perú como camino liberador. Escribió Damián Ferrer, historiador del PC: “En el Alto Perú las masas odiaban al opresor español”, pero “la experiencia demostraba que solo estallaban explosiones localistas, indisciplinadas, anárquicas”. Allí “las capas más bajas de la población, enroladas en las luchas con los patriotas, por las propias condiciones de su evolución histórica no estaban en aptitud de comprender que el proceso liberador no podía implicar en lo social retroceder a la comunidad indígena”.⁶⁰

Aricó —para quien las colonias hispanolusitanas en América Latina no eran feudales— no podrá jamás entender cómo la negativa de las elites criollas que dirigían la revolución a apoyarse “en los sectores populares de la población y más en particular entre los negros y los indios”, su “hostilidad creciente hacia el radicalismo político”⁶¹ luego de 1815, y la línea de esas aristocracias de hacer lo que Aricó (discípulo de Lassalle) llama una “revolución desde arriba”, al ser compartida por algunos sectores nacientes de la burguesía latinoamericana, privó a esta última del apoyo de las masas campesinas indias y mestizas, el único coro que podía acompañar la lucha antifeudal, condenando a estos países a un retomo a la feudalidad que había sido la quintaesencia del régimen colonial español. Por eso Aricó canta loas al orden “constitucional” fuertemente centralizado que las “elites gobernantes locales” impusieron, y considera que el mismo aseguró “una representación legitimada y segura a cada una de las fuerzas sociales en pugna”.⁶² Desconociendo, de esta manera, que la fuerza social más importante, la de las grandes masas campesinas y populares, quedó excluida de esa “representación legitimada”.

Mal puede entonces entender Aricó, el ángulo de enfoque del análisis de Marx sobre Bolívar, por encima de que éste tuvo erro-

60. Damián Ferrer, *Argentina 1816*, Buenos Aires, Cartago, 1966, pág. 107 y 108.

61. José Aricó, ob. cit., pág. 129.

62. *Ibid.*, pág. 131.

res de unilateralidad. Menos aún puede entenderlo porque Aricó siempre se negó a considerar el problema nacional en relación con los objetivos revolucionarios del proletariado mundial en cada momento histórico, y pues él, al igual que Proudhon, niega el carácter histórico de categorías como la de nación y nacionalidad.

Es sabido que Marx y Engels no podían dar una respuesta global al problema nacional tal como éste se presentaba en la época del imperialismo. Ellos destacaron en sus escritos que el problema nacional es un problema subordinado al principal: el de la revolución, y que no puede ser libre un pueblo que oprime a otros pueblos. Hicieron notar la relación del problema nacional con la cuestión agraria. Marx y Engels no conciliaron jamás con los errores de los movimientos populares y en el caso latinoamericano criticaron el egoísmo y las limitaciones de los reformadores terratenientes y burgueses.

Los “errores” de Marx

Aricó va a descubrir, en el análisis que hace Marx de algunos temas latinoamericanos, en primer lugar, un problema teórico, determinado por “un sustrato cultural insuperado”, “inseparable de aquellos prejuicios originados en la formación ideológica y cultural del pensamiento marxiano”.

El “sustrato cultural insuperado” que enchalecó el análisis de Marx sobre América Latina estaría dado, para Aricó, por la existencia de “dos almas” en el marxismo: una “hegeliana” y otra “libertaria”. Aricó se propone restituírle al marxismo su condición crítica y revolucionaria, privilegiando el alma “libertaria” sobre la “hegeliana”. ¡Como si no hubiese sido, precisamente, la crítica radical de Hegel la que dio empuje libertario al marxismo! ¡Y esto lo escribe un socialista de cátedra que nunca pudo superar la anteojera de su visión neokantiana del mundo! Semejante aspiración teórica de Aricó lo ha llevado de la crítica del stalinismo a la crítica de Lenin, y de ésta a la de Marx. Esto en teoría. En la práctica ha ido del comunismo a la socialdemocracia, terminando como teórico del ala socialdemócrata alfonsinista. El rechazo al dogmatismo —en casos como el de Aricó— es solo una cobertura que cobija todo tipo de teorías burguesas. Típico de la socialdemocracia: ésta

no precisa ninguna teoría para luchar por el socialismo porque su verdadera doctrina es el respeto y la inviolabilidad de la legalidad imperialista.

A más de un problema teórico, Aricó descubre que los “errores” de Marx sobre América Latina se deben a “la excentricidad de la realidad de la que debía dar cuenta”. Lo que obliga a Aricó a contrastar “la validez del cuerpo teórico de Marx en su examen de las sociedades no típicamente burguesas”.⁶³ Desde ya: jamás podrá Aricó explicar por qué los lideres de revoluciones no europeas, como la china, la vietnamita y la cubana, para citar sólo tres ejemplos, se autollamaron marxistas y fueron considerados tales. Claro, él demostrará, llegado el caso, que verdaderamente no eran marxistas, dado que ni su línea ni su conducta encajaron en el “modelo” (como le gusta decir a Aricó) al que él llama marxismo.

El marxismo no ha sido, ni es, un recetario de fórmulas hechas, de validez universal, aplicables indistintamente a cualquier país en cualquier tiempo y situación. El marxismo no es un dogma; es una guía para el estudio y la acción. No es una doctrina que permite deducir de sus postulados generales las soluciones para un proceso histórico concreto, aunque haya habido marxistas latinoamericanos que en algún momento lo interpretaran dogmáticamente. Pero es con la ayuda del marxismo que los revolucionarios latinoamericanos pudieron y pueden hacer una rica investigación sobre la realidad económica, política y social de nuestros países y buscar soluciones correctas.

Si Aricó recordase algo del marxismo debería comprender que la “singularidad” latinoamericana (como lo demostró la práctica social del siglo XX) sólo pudo ser comprendida por los marxistas. Solo éstos, despojados de aprioris y de metafísica, consideran al concreto, como en este caso la revolución de cada país latinoamericano, como “unidad de lo múltiple”, único e irreproducible, un conjunto articulado internamente de las diversas formas de existencia objetiva de ese concreto cuya combinación irrepitable es característica, única, de él. Concreto que el marxismo considera con absoluta independencia no sólo del sujeto cognoscente sino también, a diferencia de los hegelianos, de una supuesta “idea ab-

63. *Ibíd.*, pág. 44.

soluta” de la cual ese concreto sería expresión. El marxismo analiza esta realidad a la luz de leyes generales del desarrollo de la sociedad, leyes de validez universal que precisamente descubrió Marx. Y que Aricó sabía —en su juventud— que no se limitan a las sociedades “típicamente burguesas” ya que Marx descubrió la ley más general de desarrollo de la sociedad humana, la tesis fundamental del marxismo que afirma que *en cada época histórica el modo predominante de producción económica y de cambio y la organización social que de él se deriva necesariamente, forman la base sobre la cual se levanta la historia política e intelectual de dicha época; que toda la historia de la humanidad —luego de terminado el comunismo primitivo— ha sido la historia de la lucha de clases y que esta historia de la lucha de clases terminará con la emancipación del proletariado que emancipará para siempre a toda la sociedad de la explotación del hombre por el hombre.*

La práctica —de un siglo y medio— ha demostrado que esta tesis fundamental es válida tanto para la sociedad burguesa como para la sociedad incaica. El marxismo nos permite un análisis correcto de ambas, no sólo por lo que tiene de común la sociedad burguesa con la incaica. Fue el marxismo el que esclareció que “las llamadas *condiciones generales* de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún estadio histórico real de la producción” como afirma Marx, en un libro que Aricó publicó en sus años mozos.⁶⁴ Por lo que el marxismo obliga a un estudio detallado del concreto.

El análisis de una realidad concreta con la ayuda de las leyes generales del desarrollo social que descubrió Marx nos permite conocer, realmente, ese concreto, porque éste, en el pensamiento, asume la forma de una “síntesis de múltiples determinaciones”. Es decir: aunque el concreto es el verdadero punto de partida, el pensamiento se apropia de él mediante la elevación del abstracto al concreto, lo que le permite reproducirlo como concreto en el pensamiento. Fue esto, según Marx, lo que llevó a Hegel a caer “en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento”.⁶⁵

64. Carlos Marx, *Introducción general a la Crítica de la Economía Política*, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 1, Córdoba, 1968, pág.34.

65. *Ibid.*, pág. 50.

Esto implica, por ejemplo, la imposibilidad de comprender una sociedad dependiente —como la nuestra— sin la categoría teórica del imperialismo.

Aricó se basa, filosóficamente, en una interpretación del marxismo desarrollada en Italia por Lucio Colletti,⁶⁶ revisionista que criticó a Stalin, Lenin y Engels por una supuesta falta de “perspectiva crítica real hacia la lógica de Hegel” como había hecho antes Rodolfo Mondolfo,⁶⁷ el filósofo tan elogiado por los revisionistas argentinos (incluido Aricó). Esta interpretación dio base filosófica, en Italia, a la variante extrema del “comunismo nacional” y terminó, a fines de la década del 70, repudiando abiertamente al marxismo.

En realidad la tesis aricoísta sobre la “excentricidad de la realidad” latinoamericana es un simple taparrabo para exaltar una excepcionalidad latinoamericana que fundamente, teóricamente, sus vacilaciones políticas. Estas lo han hecho ir del revisionismo del PC al revisionismo foquista, de éste al populismo montonero y ahora al “socialdemocratismo” alfonsinista (“socialdemocratismo” alfonsinista entre comillas porque, éste sí, es un producto “excéntrico” de intereses internacionales que no tienen, precisamente, nada de socialistas). Por eso Aricó afirma que la supuesta “incapacidad” de Marx para “dar cuenta” de la “singularidad latinoamericana” se debe, no tanto al “eurocentrismo” del marxismo, como a la “singularidad de aquella”.⁶⁸

Para la “ceguera” (así, entrecomillada, la escribe Aricó) teórica de Marx, que habría generado aquel “desencuentro” del marxismo con América Latina, habría operado un segundo principio, ya no hegeliano. Todo lo contrario. Para Aricó el rechazo por Marx “de la concepción hegeliana del Estado tuvo el efecto contradictorio de obnubilar su visión de un proceso caracterizado por una relación asimétrica entre economía y política” puesto que: “la negación del Estado como centro productor de la sociedad civil es

66. Prólogo de Lucio Colletti al libro del filósofo soviético Eval'd Vasil'evic Il'enkov *La dialéctica dell'astratto e del concreto nel Capitale di Marx*, Milán, Feltrinelli, 1961, pág.19.

67. José Ratzer, *La consecuencia antimarxista de Rodolfo Mondolfo*, Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1984.

68. José Aricó, ob. cit., pág. 134.

un principio constitutivo del pensamiento de Marx” dado que éste no reconoce “en el Estado una capacidad de producción (entrecomillado de Aricó) de la sociedad civil y, por extensión, de la propia nación”.⁶⁹

Aquí se entrecruzan las dos “ideas fuerza” (como le gusta decir a él) del trabajo de Aricó. Porque para él, los “Estado-nación” del continente tuvieron “una condición ni periférica (sic) ni central”; fueron el producto de lo que llama, utilizando una “alegoría” gramsciana, revoluciones “pasivas”; por lo que sus formaciones nacionales tuvieron un carácter esencialmente estatal. Esto, determinado por la temprana destrucción de los procesos “teñidos de una fuerte presencia de la movilización de las masas”, contribuyó a “hacer de América Latina un continente ajeno a la clásica dicotomía entre Europa y Asia que atraviesa la conciencia intelectual europea desde la Ilustración hasta nuestros días”.⁷⁰

Lassalle y el oportunismo político

Y llegamos a la médula del pensamiento aricoísta. Semejante —como una gota de agua a otra— al pensamiento de Portantiero.⁷¹ Aquí encontramos el nexo ideológico-político del pasado

69. *Ibíd.*, pág. 123, 124 y 125.

70. *Ibíd.*, pág. 134.

71. Para Portantiero, Marx, en la cuestión del Estado fue “societarista” (como Saint-Simon, Proudhon, Stuart Mill y Spencer), antiestatista, ya que concibió al Estado como una categoría transitoria. Por eso, para Portantiero, Marx carecía de una “teoría positiva del Estado”. Con lo que obvia que para Marx todas las categorías “son tan poco eternas como las relaciones que ellas expresan. Ellas son productos históricos y transitorios”, como escribió en carta a Annenkov del 28 de diciembre de 1848. (Véase Josette Lepine, *Babeuf*, París, Hier et Aujourd’hui, 1949.) Esto es lo contrario del pensamiento de Hegel, para quien las categorías son la causa primitiva que produce la historia, y no los hombres. Portantiero y Aricó se proclaman así seguidores de Hegel nada más ni nada menos que en este nudo clave de su teoría filosófica, y consecuentemente, son “lassalleanos”. La crítica global desde el punto de vista marxista a las opiniones de Portantiero ha sido hecha por Rosa Nassif en “Portantiero y el «postmarxismo»: un itinerario nada original” (revista *Política y Teoría*, Buenos Aires, N° 9, 1986). En ese artículo Rosa Nassif desnuda la tergiversación que hace Portantiero del pensamiento marxista y se detiene en el análisis de las diferencias de Marx y Lassalle respecto de la táctica que debía tener el movimiento obrero y revolucionario en la lucha por la unificación de Alemania, demostrando que Portantiero oculta la diferencia esen-

montonero de ambos y de su actual alfonsinismo. Porque Aricó, al igual que Portantiero, se proclama abiertamente “lassalleano”⁷² y no marxista. Serían ambos, según confiesan, socialdemócratas “lassalleanos”, o más próximos a Lassalle que a Marx.

Lassalle era partidario de una revolución “desde arriba”, recojiendo no solo “la realidad de la revolución burguesa en Alemania”, sino también en la mayoría de los países capitalistas en donde los procesos de transición se hicieron “desde arriba”. Lassalle transformaba esa realidad (realidad para Portantiero, desde ya) en “estrategia del proletariado”. Para Portantiero la propuesta de

cial entre Marx y Lassalle en ese punto. Lassalle, partiendo de considerar que el “único camino viable” era apoyar al nacionalismo prusiano y a los terratenientes terminó colaborando con Bismarck y renegando del camino revolucionario. Las teorías lassalleanas son hoy reivindicadas por Portantiero y Aricó, concluye Rosa Nassif, para justificar su alianza actual con el Estado de los terratenientes argentinos aliados, éstos, a su vez, a distintos imperialismos.

72. Fernando Lassalle fundó en 1860 la Asociación General de Obreros Alemanes, la primera organización política de masas de los obreros alemanes. Se consideraba “discípulo” de Marx, pero sustentó, en la práctica, planteos opuestos y hasta hostiles al marxismo. Dio a su partido una orientación reformista abogando por el paso al socialismo a través del Estado “libre”; es decir, del Estado burgués con sufragio universal y con cooperativas de producción protegidas por el Estado prusiano. Por lo que, en política, apoyó al gobierno de los terratenientes y concluyó un acuerdo con Bismarck. Como planteó Lenin en su artículo sobre Bebel, los errores de Lassalle “condujeron a la desviación del partido obrero por el campo del socialismo bonapartista de Estado”. Su socialismo fue un “socialismo gubernamental monárquico prusiano”. Fluctuó, como dijo Lenin, hacia una política “nacional obrera liberal”, a diferencia de Marx que defendía una línea política independiente, consecuentemente democrática. “Lassalle miraba más hacia arriba que hacia abajo. Se había apasionado con Bismarck. Los éxitos de Bismarck no pueden de ninguna manera justificar el oportunismo de Lassalle”. El lassalleanismo, que hoy defienden Portantiero y Aricó, fue siempre la bandera del oportunismo en el movimiento obrero alemán. “Durante la guerra de 1914 y después de ella los oportunistas socialdemócratas lanzaron la consigna: «¡Volvamos a Lassalle!»” (véase *Notas aclaratorias al Programa de Gotha*, de Carlos Marx, Buenos Aires, Lautaro, 1946, pág. 134) Como Lassalle planteaba que el Estado de los junkers prusianos (latifundistas o aristócratas rurales alemanes) implantado el sufragio universal, sin necesidad de una revolución, emanciparía a la clase obrera alemana, se entiende muy bien por qué Aricó y Portantiero, apologistas y sirvientes del Estado oligárquico argentino (purificado por la bendición electoral del 30 de octubre de 1983) encuentren su mentor ideológico en Lassalle. Desde ya: están muy lejos de éste, así como Alfonsín solo podría compararse con Bismarck en chiste, como una bufonada típica de un político burgués al servicio de los terratenientes en un país dependiente del Tercer Mundo.

Lassalle de alianza de los trabajadores y el Estado habría sido, por lo anterior, más “realista” que la de Marx. Engels, asimismo, en su prólogo a la reedición de 1895 de *La lucha de clases en Francia* (el escrito de Engels que todos los revisionistas han interpretado a su gusto, a más de mutilarlo y deformarlo), evolucionó —sigue Portantiero— hacia “una situación en la que el fenómeno estatal ha variado”, hacia una “percepción más compleja” del mismo, ya que Engels descubre que “la legalidad (burguesa) favorece al proletariado y «mata a la burguesía»”. Sólo una tremenda degeneración político-ideológica que ha empantanado a Portantiero en la ciénaga de la burguesía puede hacerle decir que este texto de Engels está más cerca de Lassalle que de Marx, pero ¿se le puede pedir a Portantiero que respete la verdad histórica? Para él Engels “no resuelve”, “no se hace cargo” de esa situación, lo que “sí resolvió Lassalle por lo que el siglo XX fue más lassalleano que marxista”.

Esto le permite a Portantiero fundamentar, teóricamente, tanto la posición parlamentarista a ultranza de los “izquierdistas” prosoviéticos que proliferan en el gobierno alfonsinista, como la línea de colaboración sindical con éste y de infiltración y copamiento del Estado que permitiría a estos sujetos realizar el sueño lassalleano de alianza de los trabajadores con el Estado. Para Portantiero, como para todos los revisionistas, el Estado no sería un producto *histórico*, resultado de la existencia y el desarrollo de *irreconciliables contradicciones de clase en la sociedad*, sino “una potencia autónoma”, que debe ser “equilibrada” con otras instituciones.

Aricó y Portantiero otorgan, por lo tanto, una gran importancia a la alianza “de los trabajadores” con el Estado y sustentan, teóricamente, para lograrlo, tanto variantes como la del Tercer Movimiento Histórico como la de una alianza de ese Estado con la CGT, ganada ésta por “peronistas” renovados, ya que, en cuanto al radicalismo, al alfonsinizarse, se habría “renovado” también.

Para llegar al caracú del pensamiento de Portantiero —al igual que al de Aricó— es necesario pertrecharse de paciencia para comprender, digerir y no enfermarse con sus permanentes falsificaciones, deformaciones, olvidos, etc., de los textos marxistas; y desentrañar un lenguaje que, como el de todos los revisionistas, está lleno de condicionales, de afirmaciones contradictorias en sí mismas como “parece evidente”, y de innovaciones portantieristas

tales como “el marxismo clásico” que sería sólo el de Marx, no el de Lenin ni el de Stalin o Mao (éste no existió para Portantiero); e incluso tampoco el de Engels, a diferencia de lo que sobre el tema opinó el propio Marx, aun cuando hubieron diferencias entre Engels y Marx en tal o cual cuestión. Y todo esto para descubrir que hoy “*para ser revolucionario hay que ser reformista*” (véase Juan Carlos Portantiero, “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, en la revista *Punto de Vista* N°20, de mayo de 1984).

La contribución de Marx y Engels

Marx y Engels fueron grandes revolucionarios prácticos. Dedicaron su vida al descubrimiento de la teoría científica que permitiese al proletariado alumbrar su lucha por el poder político. Del análisis de Aricó sobre Marx y su relación con el movimiento obrero latinoamericano no se desprende la imagen de un Marx volcado –como estuvo– a la elaboración teórica de las leyes más generales del movimiento social y del capitalismo en especial. Tampoco tiene en cuenta su íntima relación con el movimiento obrero naciente; vinculación práctica, absorbente, que le establecía prioridades y objetivos. Prioridades entre las que no se contaba, indudablemente, el movimiento obrero latinoamericano, aunque tanto él como Engels le dedicaron atención, como se desprende de la correspondencia de ambos. Marx y Engels fueron revolucionarios al servicio de una clase social: el proletariado. Lo principal de su doctrina fue poner en claro el papel histórico-universal del proletariado. Y en el período en el que vivió el proletariado europeo estaba en el centro de la revolución proletaria mundial.

Mientras creaban los fundamentos del partido político del proletariado, Marx y Engels realizaron, simultáneamente, un gran trabajo teórico. Cuando Marx trabajaba, enérgicamente, preparando el Congreso de Ginebra de la Asociación Internacional de Trabajadores (1866), terminaba de escribir el primer tomo de *El Capital* para darlo a la imprenta.

Así dieron, Marx y Engels, su gran contribución al movimiento obrero latinoamericano pues crearon los fundamentos del partido obrero internacional y descubrieron las leyes más generales del desarrollo histórico y, particularmente, las del capitalismo.

¿Cómo descubrir las leyes particulares del movimiento revolucionario latinoamericano, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, sin el descubrimiento previo de las leyes del régimen de producción capitalista cuando este ya era predominante a nivel mundial? En el descubrimiento de estas leyes está la principal contribución de Marx y Engels al movimiento obrero latinoamericano.

Marx y Engels, en épocas del capitalismo libreempresista, creían que la revolución socialista estallaría simultáneamente –o casi simultáneamente– en los principales países capitalistas de Europa y dedicaron a la preparación de esta revolución su atención preferente y sus mayores esfuerzos. Entonces se pensaba⁷³ que la revolución se desarrollaría por una maduración uniforme de los elementos socialistas, ante todo, en los países “adelantados”. No fue así. Con el pasaje del capitalismo a su fase imperialista, como esclareció Lenin, los países capitalistas se desarrollaron, económica y políticamente, a saltos, con saltos de avance en unos y con interrupciones del desarrollo en otros. Y así la revolución pudo triunfar en los eslabones débiles de la cadena del sistema imperialista, sin que fuese necesario, para ello, que triunfase simultáneamente en los países más avanzados del mismo.⁷⁴

Que Marx y Engels siguiesen preferentemente el movimiento revolucionario de los países más “adelantados” de Europa, no significa que no prestasen atención a los acontecimientos más importantes del movimiento revolucionario mundial. Así lo demuestra su posición y actividad frente a la Guerra de Secesión en América del Norte; sus artículos sobre la revolución española, de lectura indispensable para un estudio profundo de las revoluciones latinoamericanas; sus escritos sobre la cuestión irlandesa de 1867 donde Marx subrayó la desigualdad de desarrollo característica del capitalismo y sentó las bases para la teoría marxista del problema nacional que desarrollarían Lenin y Stalin en las condiciones del capitalismo imperialista; sus artículos sobre la intervención anglo-franco-española en México; sus artículos sobre los vínculos de los países de América Latina con el capitalismo internacional; sus atisbos geniales acerca de las implicancias que tendría para el movi-

73. José Stalin, ob. cit., pág. 159.

74. *Ibid.*, pág. 134.

miento obrero europeo el hecho de que, en tanto maduraba la revolución en Europa, el capitalismo se expandía mundialmente, lo que podría permitirle aplastar la revolución en los países europeos (esto reflejado, claramente, en una carta de Marx a Engels⁷⁵ del 8-10-1858 que Aricó cita, y que demuestra que ambos estudiaban el desarrollo del capitalismo como revolucionarios prácticos); la carta de Engels a Sorge del 10-11-1894 que subraya que “la conquista de China por el capitalismo le dará al mismo tiempo un impulso al derrocamiento del capitalismo en Europa y Norteamérica”,⁷⁶ juicio que los acontecimientos del siglo XX confirmaron como acertado.

De sus estudios sobre América Latina, Marx desprendió conclusiones importantes sobre la vinculación del movimiento de liberación nacional y la lucha del proletariado, sobre el lugar del campesinado en la revolución y sobre el papel de los líderes y las masas populares en los movimientos revolucionarios burgueses y democrático-burgueses.

Como revolucionarios prácticos Marx y Engels formularon tesis que caducaron con el tiempo y, en ocasiones, dieron opiniones equivocadas sobre este o aquel problema, o cambiaron de opinión sobre otros. Fueron hombres, no dioses. Como opiniones humanas hay que juzgar sus juicios sobre el movimiento obrero y revolucionario latinoamericano y su contribución a él. Pero para hacerlo correctamente es imposible aislar esos juicios de las opiniones de sus corresponsales latinoamericanos. Vaya como ejemplo la opinión de Raimundo Wilmart en una carta a Marx sobre los criollos argentinos, quienes, para Wilmart, sin la afluencia de extranjeros, “no sabrían hacer otra cosa que montar a caballo”.⁷⁷

Anarquistas y marxistas

Derrotado políticamente el proudhonismo luego de la Comuna de París, la lucha de líneas en la Internacional enfrentó a marxistas y bakuninistas. Si Proudhon expresó a los pequeños

75. Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Problemas, 1947, pág. 135.

76. *Ibid.*, pág. 136.

77. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 44.

propietarios aferrados a su parcela de tierra, o a su taller artesanal, que esperaban salvarse con el mutualismo, el bakuninismo reflejó la desesperación del pequeño propietario atrapado por la pauperización que lo transformaba en asalariado y que, incapaz de elevarse a la lucha revolucionaria organizada, era fácilmente influenciado por la fraseología revolucionaria, por el revolucionarismo pequeño-burgués. Expresó al pequeño burgués expoliado por el capitalismo y desclasado.

Miguel Bakunin, una gran figura revolucionaria, un rebelde, no veía las clases. Hablaba siempre del pueblo; nunca de la clase obrera. Hablaba de los peones, los obreros no calificados, la gente pobre; y oponía la mentalidad revolucionaria del lumpenproletariado a la “mentalidad reaccionaria de la aristocracia obrera” en la que incluía a la mayoría de los trabajadores. El capitalismo, para Bakunin, se basa en la sumisión del hombre a Dios y al Estado. Por lo que el poder de los explotadores tenía un origen ideológico que el anarquismo se propuso mostrar a los explotados por medio de la lucha ideológica. Él prefería al lumpenproletariado (que unía la pobreza a la “pasión revolucionaria”), a los “estudiantes pobres” (el “mundo instruido de la juventud alegre y sin escrúpulos”) y; por fin, a los bandidos (“que guardan el recuerdo de las ofensas al pueblo”), antes que a los obreros. Éstos, para él, eran un obstáculo en camino a la “liberación social”.⁷⁸

El bakuninismo fue, como Bakunin lo definió, el sistema anárquico de Proudhon “ampliado, desarrollado”. Negaba todo Estado, la lucha política y la organización política del proletariado. Sostuvo un encarnizado combate contra Marx en tres cuestiones fundamentales: 1) en torno a la dictadura del proletariado, a la que Bakunin oponía su programa de desintegración universal; 2) en la cuestión de la lucha política de la clase obrera, ya que Bakunin exigía el abstencionismo político; 3) en la cuestión del papel de un partido proletario centralizado y disciplinado, al que oponía sus teorías antiautoritarias.

Bakunin predicaba el putchismo y llevó al proletariado de aquellos países en los que hizo pie, a ruidosos fracasos revolu-

78. M. Sobolev, *La Primera Internacional*, ed. cit., pág. 48.

cionarios, oscilando tácticamente del oportunismo de izquierda al de derecha. Para él la lucha política era un “arte burgués” y la revolución a que aspiraba debía instaurar la sociedad federativa de productores libres. Las sociedades de resistencia eran la forma superior de organización de la clase obrera, las que desatarían la huelga general revolucionaria. Para él la lucha por salarios más elevados se transformaba en lucha por la supresión del trabajo asalariado. En la lucha económica los obreros, según Bakunin, adquieren automáticamente la conciencia política; la mejor forma de aumentar la conciencia política es a partir de las reivindicaciones directas.

En definitiva, para Bakunin (cuyas ideas tuvieron mucho peso en el movimiento obrero argentino) la huelga general reemplaza a la insurrección armada y el sindicato al partido. En el momento del choque definitivo el Estado es neutralizado.

El problema del Estado es el problema clave que separa a marxistas y anarquistas. Sobre este tema dijo Marx en su famosa carta a Weydemeyer:

“Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto en la sociedad moderna ni la existencia de clases ni la lucha entre ellas... Lo que yo he aportado como novedad ha sido demostrar: primero, que la *existencia de las clases* va unida solo a *fases particulares, históricas, del desarrollo de la producción*; segundo, que la lucha de clases conduce necesariamente a la *dictadura del proletariado*; tercero, que esta dictadura no es, a su vez, más que el tránsito hacia la *abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases*”.⁷⁹

En torno a la necesidad de una fase previa de dictadura del proletariado como condición para abolir las clases y que se extinga el Estado, gira lo fundamental de la polémica entre los marxistas y los anarquistas.

Otro punto de discrepancia entre marxistas y anarquistas se refiere al movimiento campesino. Marx y Engels formularon la tesis de la alianza obrero-campesina sobre la base de la dirección de la clase obrera. Esta es, para ellos, la alianza fundamental de la revolución. Bakunin rechaza esta alianza e incluso, a través de la

79. Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, ed. cit., pág. 73.

dominación política de la clase obrera planteaba la sumisión del campesinado.

La Comuna de París, al bocetar el futuro Estado socialista sirvió de apoyo a Marx y a Engels para derrotar teóricamente al anarquismo en aquellos países en los que el proletariado tenía mayor desarrollo. Al mismo tiempo la Comuna demostró que la falta de un partido revolucionario fue la causa principal de su hundimiento y que la tarea de crear un tal partido en cada país, un partido fuerte, unido e independiente de la burguesía, era la principal tarea que tenía que realizar el movimiento obrero.

A diferencia de los anarquistas, para el marxismo el movimiento económico y la actividad política de la clase obrera están indisolublemente unidos. El marxismo asigna gran importancia a la lucha económica y sindical. Los sindicatos deben tener un estrecho contacto con el partido. Un contacto vivo, no administrativo. Esto presupone el combate contra el economismo y el sindicalismo estrecho, que sacrifica a la lucha por pequeñas reformas la lucha por el poder, y conduce, inexorablemente, a la supremacía de la ideología burguesa en el movimiento obrero, ya que otorga a la burguesía el monopolio de la disputa política. La lucha por el poder exige un fuerte partido revolucionario orientado por una teoría revolucionaria; un partido capaz de dirigir la lucha de la clase obrera tanto en el terreno económico como en el político y el ideológico.

La lucha revolucionaria exige inevitablemente la destrucción del Estado burgués. Esta lucha será violenta y sólo la podrá dirigir un partido de revolucionarios, capaz de unificar y dirigir el movimiento obrero “no sólo de palabra sino de hechos” como señaló Lenin en el *Qué hacer*; “capaz de apoyar toda protesta y toda explosión, aprovechándolas para multiplicar y fortalecer los efectivos que han de utilizarse para el combate decisivo”. Para el marxismo, los obreros, espontáneamente, no pueden adquirir conciencia comunista. Ésta, elaborada por representantes de la intelectualidad revolucionaria a partir de ideas económicas, filosóficas e históricas, debe ser introducida desde fuera de la lucha de clases y fusionarse con el movimiento obrero hasta que éste la haga suya.

El tema de la relación de los sindicatos con el partido y de la lucha económica y la política es hasta hoy motivo de polémica en

el movimiento obrero. Las ideas de Bakunin y los anarquistas reaparecen permanentemente bajo formas diferentes. Para Marx los sindicatos son “ante todo, *centros organizadores*, focos de aglutinamiento de las fuerzas de los obreros, organizaciones destinadas a darles su primera educación de clases”, “son escuela de socialismo” que a más de librar “la guerra de las guerrillas cotidianas entre el capital y el trabajo” son un medio aun más importante para “la abolición del sistema del trabajo asalariado”; una palanca en la lucha por el poder político.⁸⁰

Para los marxistas los obreros, espontáneamente, no podían tener una conciencia socialdemócrata, “ésta solo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, solo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa”.⁸¹ Por lo que la clase obrera y la lucha de clases espontánea del proletariado por un lado y el socialismo científico por otro, nacen en forma relativamente independiente una de la otra, pero sobre un terreno común: las relaciones de producción capitalistas.

El alcance de la lucha sindical es limitado porque “en contra del poder colectivo de las clases poseedoras el proletariado puede actuar como clase solamente constituyéndose en partido político distinto, opuesto a todos los viejos partidos creados por las clases dominantes”. Así lo planteó la resolución de la Conferencia de Londres de la Internacional, en 1871.

80. A. Losovski, *Marx y los sindicatos*, Montevideo, ediciones El trabajador latinoamericano, (s. f.), pág. 13, 14 y 15.

81. V. I. Lenin, *¿Qué hacer?*, Buenos Aires, Anteo, 1960, P44. 46.

Anarquistas y marxistas en la Argentina

Los bakuninistas aparecen públicamente, en Buenos Aires, luego de disuelta la Internacional. Formaron un centro partidario y publicaron un folleto: *Una idea, para combatir a los marxistas*.⁸² La polémica entre marxistas y anarquistas siguió durante varias décadas.

La Primera Internacional fue disuelta en 1876. La crisis capitalista de 1873 marcó el fin del viejo capitalismo libre-empresista. Entre 1870 y 1890 se desarrollan los monopolios capitalistas. Terminó la era de las revoluciones burguesas de viejo tipo. Advino una época de transición entre la culminación de las revoluciones nacionales y burguesas y las revoluciones socialistas. Se habían formado las naciones burguesas y sus fronteras tenían relativa estabilidad. La clase obrera necesitaba nuevas formas organizativas y fue necesario un proceso para que éstas se desarrollaran. La Internacional se disolvió y fue sustituida por los partidos proletarios socialistas. Durante las décadas del 70 y del 80 Marx y Engels continuaron orientando a las fuerzas del partido proletario internacional.

La sección de Buenos Aires de la Primera Internacional, disuelta en 1876, se reconstituyó en 1879 posiblemente con predominio anarquista, subsistiendo, según algunos, hasta 1881.

En la década del 80 aparecieron en Buenos Aires, Salta, Rosario y Tucumán, publicaciones socialistas. En 1880 llegaron al país numerosos emigrados socialistas alemanes perseguidos por Bismarck. Estos emigrados alemanes jugaron un rol importantísimo en la difusión de las ideas socialistas y marxistas en la Argentina. En 1885 llegó el dirigente anarquista Enrique Malatesta, quien residió aquí varios años. El anarquismo conoció una amplia difusión. Malatesta era anarco-comunista. Adhería a las teorías de Pedro Kropotkin. Este se oponía al marxismo y su proyecto colectivista que remuneraría a los productores según la cantidad y la calidad de su trabajo, lo que, según él, originaría nuevas desigualdades. Luchaba por construir a corto plazo la sociedad comunista y consideraba que ésta era posible con independencia del

82. Jose Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. Cit., pág. 45.

desarrollo de las fuerzas productivas en tanto la sociedad se apropiase de los principios de solidaridad y apoyo mutuo. Su lucha se guiaba por la educación del proletariado en principios morales, especialmente en la solidaridad.

La línea anarquista tuvo eco en la Argentina porque su insistencia en el sindicalismo y la lucha económica y su rechazo a la participación en la lucha política se correspondía con la falta de derechos políticos de los inmigrantes, la falta de una democracia real en el país, la negativa estatal a negociar con el movimiento obrero y, a mediados de la década del 90, con el crecimiento de la corriente reformista parlamentarista en el socialismo.⁸³

En 1882 se fundó el Club Alemán Vorwarts que se proclamó socialista y de acuerdo con el programa del Partido de la Democracia Social Alemana. El club Vorwarts fue una agrupación dirigida “por hombres que conocían muy bien las teorías marxistas”, hombres que emigraron a la Argentina al tener que abandonar Alemania por las leyes antisocialistas de Bismarck. Entre otras actividades fundaron la primera cooperativa de consumo del país.⁸⁴ En 1899, al fundarse la Segunda Internacional en París, el club Vorwarts fue representado por el dirigente socialista alemán Guillermo Liebknecht. Representando a grupos socialistas de Buenos Aires también participó Alejo Peyret. Paralelamente a la maduración del movimiento obrero en Europa se producía en la Argentina la maduración del movimiento obrero y socialista argentino.

Algunos problemas de integración

Ya en aquellos momentos iniciales de la fusión del marxismo con el movimiento obrero argentino y de su integración con la revolución argentina, surgieron los primeros problemas que, durante muchos años, en ocasiones hasta la actualidad, trabarían esa integración y el desarrollo del movimiento revolucionario en el país.

83. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 100.

84. Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1983, tomo I, pág. 8.

Uno de esos problemas fue el concerniente a la propiedad de la tierra y a la valoración de los movimientos campesinos.⁸⁵ El tema estuvo en debate en la Primera Internacional en Lausana, en 1867, y fue debatido en el Congreso de Bruselas de 1868. Marx volvió a incluir la cuestión en la orden del día del Congreso de Basilea, en 1869. Logró reunir en tomo a su tesis a la mayoría de los delegados. Marx defendió la tesis de la socialización de la tierra contra los bakuninistas partidarios de la propiedad privada. En Basilea triunfó la posición según la cual la sociedad tiene el derecho a abolir la propiedad privada sobre la tierra y transformarla en propiedad social y que esta transformación es una necesidad. Para Marx solo “un gobierno revolucionario de la clase obrera puede poner fin a la miseria de los campesinos y a la degradación de su economía”.⁸⁶ De donde sólo la dictadura del proletariado elevará a los campesinos y los sacará del hambre y la miseria de la pequeña explotación parcelaria. Pero para conquistar esa dictadura es necesario luchar por ganar al campesinado como aliado de la clase obrera.

La tesis de Engels referente a que el proletariado debía apoyar la lucha del pequeño productor agropecuario contra los terratenientes, tardó en ser aceptada por los marxistas argentinos. Largos debates en las décadas siguientes girarían en torno a este tema. En países coloniales y dependientes productores de materias primas agropecuarias, en los que el imperialismo subordina y asocia a los terratenientes, la cuestión campesina es el contenido principal de la lucha nacional, por lo que no es difícil imaginarse las consecuencias graves que aparejó al movimiento revolucionario argentino la no resolución correcta de este problema por muchos años.

Otro problema clave para la integración del marxismo con nuestra revolución, que ya aparece en esos años, es el de la vía

85. “En 1812 en las secciones de Buenos Aires se desarrolló un debate sobre las resoluciones de la Asociación Internacional de Trabajadores concernientes a la propiedad de la tierra. Una de estas resoluciones afirmaba la necesidad de incorporar la tierra a la propiedad colectiva y la segunda afirmaba la actualidad de la incorporación a la colectividad de la propiedad privada del suelo”. (Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 51).

86. M. Sobolev, ob. cit., pág. 41.

de la revolución. Existió inicialmente, una fuerte corriente partidaria de una “revolución” pacífica, a la que se llegaría por una prolongada acción reformadora y por una legislación favorable a los trabajadores. Y existió también otra corriente –que creció con el aumento de la inmigración– partidaria de la línea insurreccional, concibiendo a ésta más como un *putch* que como una insurrección de masas, y al margen de la lucha armada de las masas del campo. La privación de derechos políticos a los inmigrantes favoreció el crecimiento de esta corriente entre aquellos obreros que superaban la estrechez sindicalista; aunque la primera fue la tendencia dominante en el conjunto del movimiento obrero de fines del siglo pasado y comienzos del actual.

Otro gran tema que tiñó a todo el movimiento fue el de “gringos” y “criollos”. Tema hábilmente explotado por la oligarquía para dividir a sus enemigos. Existieron fuertes prejuicios contra los extranjeros (llamados despectivamente “gringos”) y, entre estos, un desprecio al criollo que ejemplificamos anteriormente en la carta de Wilmart a Marx.

En el desprecio al criollo influyeron las teorías positivistas en boga entre la oligarquía liberal. El método positivista de investigación sociológica absolutiza los factores naturales y biológico-raciales y sus partidarios vincularon la causa de los males de los países de América Latina con la estructura racial-étnica de la población que, en nuestro caso, tenía su símbolo máximo en el gaucho. Según esas teorías, éste heredaba las costumbres bárbaras de los indios y los españoles (pueblo “no civilizado” de Europa). Estas ideas justificaron el exterminio de indios y gauchos.

Los sectores más avanzados del movimiento obrero y revolucionario argentino y latinoamericano, cuya visión no estaba obnubilada por prejuicios como los mencionados, pugnaron por un desarrollo capitalista que tuviese como protagonistas principales a los naturales de estos países, con los que debían fundirse los trabajadores inmigrantes, y por una cultura nacional, moderna, en la que el mundo se injertase, como dijo Martí “en el tronco” de nuestras repúblicas.

II

LA REVOLUCIÓN DEL 90

En julio de 1890 estalló la revolución. A fines de 1889 había hecho eclosión la crisis financiera que fue el inicio de una profunda crisis económica. Esta desnudó las contradicciones que se escondían tras el progreso gigantesco de esos años.

Buenos Aires tenía más de 500.000 habitantes, de los cuales 300.000 eran extranjeros. Rosario tenía 80.000 habitantes y la recién fundada ciudad de La Plata unos 35.000. Pese a esto la población rural seguía siendo mayoritaria.

El levantamiento armado contra el gobierno oligárquico de Juárez Celman fue dirigido por la Unión Cívica. En esta habían confluído los mitristas, grupos católicos y ex autonomistas bonaerenses marginados del pacto roquista, con una corriente pequeñoburguesa acaudillada por Leandro Alem: la Unión Cívica de la Juventud, que agrupaba a estudiantes universitarios, profesionales, comerciantes y artesanos.

La Unión Cívica, especialmente su ala pequeñoburguesa, levantó consignas democráticas —como la libertad de sufragio—, teñidas por un tinte nacionalista contra las desmesuradas concesiones al capital extranjero, y antioligárquicas, atacando la política de distribución de las tierras entre un puñado de terratenientes, así como la profunda corrupción del gobierno. Ni el movimiento en su conjunto, ni su ala pequeñoburguesa, levantaron consignas democrático-burguesas avanzadas; centraron su prédica antioligárquica en los temas institucionales y no en los económico-sociales.

En el transcurso de la revolución en la Unión Cívica se diferenciaron dos corrientes: una, la que encabezaba Leandro Alem, quien concebía el alzamiento armado como un alzamiento popular desde la óptica de la democracia burguesa. Los militares debían sumarse al movimiento y no ser el factor principal del mismo. Desde la óptica democrático-burguesa, porque Alem no buscó apoyarse ni en el movimiento obrero ni en las masas campesinas. La otra corriente de la Unión Cívica era encabezada por el general Mitre, que concibe al movimiento como un *putsch* militar. Como un golpe de Estado con cierto apoyo popular y dirigido por sus hombres. Buscaba un recambio en el equipo gobernante sobre la base de un acuerdo con Roca y con Pellegrini.

La Línea de Mitre predominó, en definitiva. La revolución fue derrotada y el mitrismo consiguió el recambio presidencial de Juárez Celman por Pellegrini.

El movimiento obrero y la revolución del 90

En julio de 1889 se fundó la Segunda Internacional. El Club Alemán Vorwarts de Buenos Aires estuvo representado en su Congreso inicial en París. Dio mandato al dirigente socialista alemán Guillermo Liebknecht para que lo representase en el mismo. También participó Alejo Peyret, que estaba en París representando a nuestro gobierno. Como dice Ratzel, en la Argentina “empezaba a tener fuerza un movimiento socialista de los trabajadores”.⁸⁷

Por iniciativa del club Vorwarts en 1890 se constituyó un Comité Internacional Obrero integrado por numerosas organizaciones obreras y socialistas, que organizó el acto del 1° de Mayo de ese año, levantando un pliego de peticiones entre las que se encontraba la jornada de ocho horas. Por primera vez la clase obrera manifestó como tal por encima de las discrepancias políticas e ideológicas de los diferentes grupos. En junio se constituyó la Federación de Trabajadores de la República Argentina. En di-

87. José Ratzel, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. cit., pág. 64. Véase también, Víctor García Costa, *El obrero, selección de textos*, Buenos Aires, CEAL, 1985, pág. 36.

ciembre de 1890 el Comité Federal, que había sustituido al Comité Internacional, publicó su órgano de prensa *El Obrero*, que dirigió Germán Ave Lallemand. La actividad de los marxistas del 90 ha sido rescatada por José Ratzler en el libro citado, así que sólo nos ocuparemos de ellos en lo que hace estrictamente al tema de este trabajo.

En el primer número de *El Obrero* se analizó la revolución del 90 y se caracterizó a la Unión Cívica como la portadora de “La bandera del régimen puro de la sociedad burguesa”, señalando que el “régimen burgués puro importa un gran progreso” y que en la sociedad burguesa misma “ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objeto final de nuestros esfuerzos y deseos”. Bajo la bandera de la Unión Cívica, bandera de “la república democrático-burguesa” se reunió, según *El Obrero*, “la pequeña burguesía”.

El movimiento democrático iniciado en julio de 1890 fracasó, como analizó *El Obrero* en su N° 3 porque “se impusieron un grupo de abogados, los Alem, Irigoyen, Gouchoa, etc. de *leaders*, de guías, y excluyeron a los hombres del pueblo trabajador de tomar parte. Así perdió el movimiento su carácter democrático, y se corrompió a una conspiración de grandes hacendados, encabezados por mitristas, que hábilmente explotaron a los que habían de buena fe sostenido el movimiento”. O, como analizó en su N° 5, el movimiento fracasó por el “gobierno de la Unión Cívica por parte de algunos abogados, sin participación alguna del pueblo para nada. Los gran hacendados se aprovecharon de ello y resultó la farsa que tenía que resultar”. Como resultado del cisma entre demócratas y gran hacendados —escribía *El Obrero*— el país quedaría “entregado a los ingleses. Los hacendados han sacrificado la autonomía y el decoro de la Nación a sus intereses de clase, a su egoísmo miserable”.

Es notable la profundidad del análisis marxista de la revolución del 90 por Lallemand y sus compañeros. Más aun en un medio en el que no abundaban análisis profundos, científicos, sobre acontecimientos sociales y políticos como la mencionada revolución. Independientemente de las apreciaciones discutibles, o erróneas, sobre aquellos acontecimientos, el análisis de *El Obrero*

demuestra que la vanguardia de la clase obrera argentina de esa época daba los primeros pasos para colocar a la clase obrera como clase nacional, en el sentido más estricto de la palabra: como una clase capaz de levantar una plataforma y concretar un accionar unificador de todas las fuerzas interesadas en los cambios revolucionarios que maduraban en esa sociedad.

La revolución del 90 desnudó las ingenuidades y debilidades de la burguesía y la pequeña burguesía argentinas de fines de siglo. Eran y son el producto de una constante conciliación con la clase de los terratenientes. Escribió Lallemand en *El Obrero* N° 26 del 27 de junio de 1891: “La clase media, la pequeña burguesía (...) se alzó y sus miembros se unieron a las asociaciones de la *Unión Cívica* y del *Centro Político Extranjero*. Desgraciadamente la pequeña burguesía, cerrando los ojos ante el peligro, nunca se da cuenta de la verdad en las cosas, y por eso siempre sale la fumada (...) Así la *Unión Cívica* se dejó fumar por los rastaquóneres (los rastaqueros), los gran hacendados, que se introdujeron en ese club político y supieron hacer proclamar a jefe, el general Mitre, candidato de la *Unión Cívica* para la futura presidencia”.

La conciliación de la burguesía y la pequeña burguesía argentina con la clase de los terratenientes ya fue uno de los rasgos más visibles en la conducta de los elementos más avanzados de la Revolución de Mayo. Fue la principal debilidad de la *Unión Cívica* y luego de la *Unión Cívica Radical*, y ya avanzado el siglo actual tiñó la política del peronismo. No es solo una expresión de la conducta oscilante de la burguesía como clase, común a la de cualquier otro país del mundo, y más especialmente a las burguesías nacionales de los países coloniales, semicoloniales y dependientes. En nuestro caso es la manifestación política de las estrechas relaciones que mantiene la burguesía con la clase de los terratenientes y de su permanente afán por invertir sus ganancias en la propiedad territorial. Esto, por un lado. Y por otro es la manifestación del aburguesamiento de nuestros terratenientes —principalmente los de la pampa húmeda— desde el siglo pasado. Aburguesamiento sobre todo en sus costumbres, ya que no han perdido, pasados los años, las mañas que utilizaron sus abuelos para explotar con relaciones precapitalistas a los obreros rurales y campesinos pobres y medios. La conciliación de que hablamos llevó permanentemente

a la burguesía y la pequeña burguesía a sacrificar en el altar de su secreta adoración a la oligarquía los intereses de las masas campesinas y de los pobres del campo. Con lo que castró, ella misma, sus posibilidades revolucionarias y quedó a merced de los golpes de Estado y las maniobras de los terratenientes. Estos fueron siempre, en la Argentina, un apéndice del imperialismo dominante, ya que su existencia y desarrollo, en la época del lanar, del *chilled beef* o en la actual era cerealera, dependió y depende del mercado provisto por ese imperialismo.

Revisión moderna de las ideas de Lallemand

Julio Godio, uno de los teóricos argentinos y latinoamericanos que han caracterizado la formación económico-social de nuestros países como “capitalista dependiente” (caracterización que fue posteriormente aceptada por los partidos comunistas revisionistas de América Latina en su reunión de La Habana en 1975) ha polemizado, recientemente, con las opiniones de Lallemand sobre la revolución del 90. Godio es actualmente uno de los teóricos de la socialdemocracia (del ala prosoviética y procubana de la socialdemocracia) para América Latina. Su crítica a las posiciones de Lallemand tiene la originalidad de atacar el análisis de los marxistas del 90 por haber subestimado “el desarrollo capitalista que se venía procesando en el campo antes del 80”.⁸⁸ Originalidad propia de los defensores de la tesis del capitalismo dependiente, como Godio, para quien en nuestro país “el proceso de acumulación del capital tiene sus principales fuentes internas en la renta agraria y plusvalía producida por el obrero agrario”.⁸⁹ Para Godio, Lallemand no comprende “que el capitalismo avanza en el campo desde el latifundio”⁹⁰ y habría exagerado el atraso latifundista sin comprender la capacidad “de autonomía relativa” de los terratenientes frente al imperialismo.

Esta exaltación del progresismo de los terratenientes, en polémica con las tesis de Lallemand que hemos citado, no es científica.

88. Julio Godio, ob. cit., pág. 123.

89. *Ibid.*, pág. 111.

90. *Ibid.*, pág. 124.

Los hechos demostraron hasta el hartazgo que los terratenientes (cuyos latifundios no eran el resultado de un proceso de concentración de la tierra típico del desarrollo capitalista, sino que tenían un origen colonial y precapitalista) no invirtieron la renta agraria para impulsar el desarrollo capitalista ni siquiera en el campo. Pero, además, la opinión de Godio es interesada ya que la utiliza para caracterizar a los terratenientes argentinos como una clase progresista desde la misma colonia, como una clase ya entonces teñida de rasgos burgueses y dueña de considerable autonomía frente al imperialismo. Fue este análisis, común a las fuerzas procubanas y prosoviéticas, el que atribuyó al grupo militar de Videla-Viola el carácter de representantes de una clase de terratenientes relativamente autónoma. Así pretendieron esas fuerzas explicar el creciente alejamiento de los Estados Unidos que observó la dictadura argentina y su progresivo acercamiento a la URSS. Conclusión obligatoria para quienes, al no considerar imperialista a la URSS, estiman progresista el afianzamiento de lazos económicos, políticos y militares con ella.

Los marxistas del 90

En 1890 se constituyó el Comité Internacional Obrero sustituido luego por el Comité Federal, y fue hegemonizado por los marxistas. Marxistas que tenían claridad sobre la necesidad de crear la organización política de la clase obrera y que organizaron el 1° de Mayo de ese año la primera manifestación política de la clase obrera argentina. Crearon una Federación Obrera que reunió a los sindicatos y diferentes organizaciones obreras. Existía confusión sobre la relación entre organización sindical y organización política del proletariado. La Federación se denominó también Partido Obrero, y se dio un programa en el que reivindicó la participación de la clase obrera en la lucha política y los objetivos finales, socialistas, del movimiento obrero, por “la emancipación social definitiva” de los trabajadores, para lo cual era necesario que el proletariado conquistase el poder político. Subrayaron que de la historia de la Comuna habían aprendido una cosa: “que importa un error de creer que pueda el proletariado apoderarse simplemente en un día cualquiera, de los poderes del Estado, para

manejarlos en provecho de la clase de los explotados”.⁹¹ Lo que demuestra su diferenciación nítida con las teorías anárquicas.

Con los marxistas del 90 el proletariado argentino dio otro gran paso adelante en el camino que habían marcado las secciones argentinas adheridas a la Asociación Internacional de Trabajadores.

Los marxistas del 90 tienen el gran mérito histórico (además del de haber difundido la doctrina marxista) de haber realizado —sobre todo en los artículos de Lallemand— el primer estudio marxista de la sociedad argentina. Condición ésta para la integración del marxismo con la revolución argentina. Y aportaron seriamente a esta integración con una primera aproximación a la definición del *carácter* de la revolución argentina. Las limitaciones y errores de aquel estudio y de esta definición estuvieron condicionados por las circunstancias de la época; especialmente por el surgimiento de la fase imperialista del capitalismo y por el desarrollo del revisionismo marxista a nivel internacional. Recién en 1916 Lenin haría el estudio y la definición concreta de aquella fase.

Hubieron de pasar décadas hasta que fue posible definir —gracias a ese aporte de Lenin— a la revolución argentina como democrático-nacional, agraria y antiimperialista, parte de la revolución proletaria mundial.

Hemos visto la descripción que hizo Lallemand en artículos para el periódico *El Obrero* y colaboraciones en el periódico alemán *Die Neue Zeit*, de la situación de la clase obrera argentina a fines del siglo pasado e inicios del actual.

Veamos otros aspectos de la realidad económico-social y política argentina que estudió y caracterizó con certeza Lallemand.

Sobre el *caudillaje* escribió en el primer editorial de *El Obrero*: “Había dominado hasta aquí en la República el régimen del caudillaje, despotismo nacido de la autoridad que ejercían los jefes conquistadores españoles, apoyados en la clericala católica, cuya constitución política nació de la organización de la producción en el sistema de las encomiendas y la esclavitud, y aunque la revolución de 1810 abolió la esclavitud de derecho, de hecho tanto ésta como el caudillaje se habían conservado hasta muchos años después, tan arraigados estaban ambos en la costumbre de las gen-

91. *El Obrero*, N° 13, 21 de marzo de 1891.

tes del país”. Diría también en *El Obrero* N° 4: “Vino Sarmiento, que con la política electoral rehabilitó el caudillaje en una nueva forma moderna. El caudillaje supo incorporar sus intereses a los de la clase de los grandes hacendados, formando los dos el rastaquonerismo que fue desarrollándose con el tiempo, inoculándole Avellaneda el virus de la corrupción en todo sentido, corrupción que Roca supo desenvolver al sistema de los grandes robos públicos, que fue llevado por Juárez a su altura máxima en el incondicionalismo y el unicato, y que Pellegrini fomenta todavía a sus anchas”. Y en *El Obrero* N° 13: “El caudillaje que gobernó siempre aquí es el instrumento de la clase alta”. Sobre esta clase alta escribió en la presentación de la Federación Obrera al Presidente de la República: “La clase alta de los grandes hacendados del país, de los grandes propietarios del suelo que nos gobierna y domina...”.

En *El Obrero* N° 13, sobre la clase burguesa escribió que estaba dividida, en Buenos Aires, “en la clase alta *highlife* de los grandes estancieros, gran hacendados que gobiernan el país en absoluto desde la independencia por medio del caudillaje, en la pequeña burguesía, cuyos miembros son honrados por los de la clase alta con el sobrenombre de *los compadritos*, y en los partidarios del *capital internacional*, especialmente europeo”.

Ya vimos como definió con justeza el carácter de clase de la naciente Unión Cívica. De Mitre diría: “la candidatura de Mitre es una surgida de la clase de los grandes hacendados, los highlifers...”.

Lallemant señaló la acción del imperialismo en nuestra patria. Sobre todo el inglés y el alemán. Escribió en *Die Neue Zeit*: “Sin conquistas políticas, sin barcos ni cañones, el capital inglés exprime, pues, de la Argentina, en valor relativo, 17 veces más de lo que extrae a sus súbditos indios (...) Lo terrible es que el tributo argentino a Inglaterra crezca tan rápidamente. En 1902 se elevaba ya a 65,73 marcos *per cápita* (...) Y para peor, cinco o seis banqueros de Londres —Rothschild, Baring, Morgan y Greenwood— ordenan al gobierno de Buenos Aires, a través del embajador argentino, qué debe hacer y qué debe dejar de hacer”.⁹² Y en *La Agricultura*⁹³

92. Leonardo Paso, *Selección de artículos de Germán Ave Lallemant*, Buenos Aires, Anteo, 1974, pág. 188.

93. *La Agricultura*, N° 128, Buenos Aires, 13 de junio de 1895, pág.462.

advirtió sobre los ferrocarriles: “Las compañías ferrocarrileras, pues, forman de hecho un «imperium in imperio», cuyos intereses priman sobre los del país y del público”. Y en *Die Neue Zeit*: “Las grandes compañías ferroviarias, son en realidad los verdaderos dueños del país”.⁹⁴

Del análisis de los artículos de *El Obrero* sobre la revolución del 90 surge nítidamente el carácter democrático-burgués de la revolución necesaria en nuestro país.

También da cuenta Lallemand de cómo marcó a fuego la subsistencia de relaciones semif feudales y precapitalistas en el campo argentino. En *La Agricultura* hizo un diagnóstico certero de la principal traba para el desarrollo agrícola en la pampa húmeda: “La producción agrícola pudiera ser una empresa capitalista muy provechosa en este país. Todos los elementos naturales la favorecen en grado superior. Pero hoy en día el provecho de la explotación agrícola lo arrancan los grandes propietarios de tierra, los ferrocarriles, los comerciantes, los industriales en la capital y la burocracia de manos de los agricultores”.⁹⁵

Sobre la democracia argentina escribió en el *Die Neue Zeit*, en 1903-1904: “¡Estado de Sitio en la Argentina! Lo que esto significa hay que haberlo vivido para entenderlo. Una denuncia era suficiente para arrestar obreros. Cualquiera que protestara hasta en forma muy modesta se exponía a ser molido a palos. Todas las publicaciones obreras y también las socialistas que habían desaconsejado la huelga fueron suprimidas. Cada telegrama relacionado con la política o la huelga fue confiscado. Todas las asambleas fueron prohibidas o anuladas (...) Son los peones, sin embargo, los que han sufrido las consecuencias más grandes del estado de sitio. En el campo el peón se halla completamente a merced de los funcionarios de la policía. Allí reina el látigo y ay del desafortunado que se atreva a pronunciar una palabra en favor del mejoramiento de los sueldos (...) Dios guarde al extranjero que ha perdido el fervor personal del comisario de policía del barrio donde vive. A la sombra de la noche es embarcado y deportado igual que en Rusia”.⁹⁶

94. Leonardo Paso, *Selección de artículos...*, ed. cit., pág. 208.

95. *La Agricultura*, N° 150, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1895, pág. 876.

96. Leonardo Paso, *Selección de artículos...*, ed. cit., pág. 197.

Refiriéndose a las elecciones de principios de siglo consignó que “a muchos ciudadanos no se les entregaron las libretas y muchos otros fueron obligados a votar mediante amenazas y presión policial por los candidatos del gobierno”. Las “libretas se remataron en la plaza pública al que más ofrecía e incluso se establecieron agencias especiales que comerciaban exitosamente con ellas (...) De esta manera el gobierno ganó nuevamente casi todas las elecciones y todo queda como antes. El dictador presidente Roca sigue siendo el soberano todopoderoso como durante los últimos treinta años y el 10 de junio nombrará, mediante otra comedia electoral, sucesor suyo en el sillón presidencial a su devoto servidor”.⁹⁷

El grupo de los marxistas del 90 tiene el mérito principal de haber creado las condiciones para el nacimiento del partido marxista del proletariado, partido que expresa la fusión del marxismo con la clase obrera. Avanzaron además en el estudio de la realidad nacional y en la integración del marxismo con la revolución argentina.

Veamos algunos de sus errores y las limitaciones de su análisis.

Errores y limitaciones

Lallemant denunció el significado retardatario del latifundio argentino y de los terratenientes para el desarrollo de las fuerzas productivas, señalando en *El Obrero* N°3 que éstos, como clase, eran “una verdadera desgracia”.

Pero no planteó medidas para eliminarlos. Tal vez porque no diferenció claramente el latifundio de origen precapitalista del que es producto del desarrollo capitalista. Este último puede llegar a ser “la base de la explotación agropecuaria, gran capitalista en éste su sentido moderno” —como escribió en abril de 1895 en la revista *La Agricultura*. Lo que ha sucedido en los países metropolitanos. Pero sucede sólo en parte y lastrado por secuelas precapitalistas en un país dependiente como la Argentina, en el que la clase de los terratenientes (de origen colonial y feudal) se ha subordinado como un apéndice al imperialismo dominan-

97. *Ibíd.*, pág. 200.

te. Pensó que el problema radicaba en la falta de capitales para explotar los latifundios y escribió: “El fomento de la *explotación de latifundios* es lo que necesitamos (...) la explotación gran capitalista de vastas tierras en manos de empresarios fuertes, o sociedades anónimas”, y también “governar es atraer los grandes capitales para la explotación de latifundios”. Pensó, asimismo, que gran parte de esos capitales existían en el país y elogió desmesuradamente explotaciones como la de J. Luro (de 175.000 hectáreas) a orillas del Río Colorado, sin atender a las verdaderas relaciones de producción que existían en ese y en otros latifundios del sur, nacidos con la “Conquista del Desierto”. A partir de la idea de atraer capitales del exterior, o movilizar los nacionales, para esa explotación gran capitalista de los latifundios, planteó: “Lo que nos falta es una peonada inteligente y educada, trabajadores instruidos que sepan hacer frente a todas las exigencias y a las funciones más diversas del trabajo moderno. Es la educación popular lo que nos falta en el país, tanto en el interior como en el litoral”.⁹⁸ Responsabilizando por el atraso de la peonada a los grandes hacendados que la “explotan y oprimen desde hace tres siglos y medio” y “también a los colonos capitalistas que siguen el bello ejemplo dado por aquéllos” escribió: “Yo no he pretendido que la explotación de latifundios se deba hacer con esta peonada criolla. Expresamente digo, tras del capital vendrían de Europa las legiones de trabajadores proletarios que siempre le siguen”.⁹⁹

Los errores que cometió Lallemand en este terreno son, con todo, mucho menos graves que los que cometen hoy los teóricos del desarrollismo prosoviético, como Juan José Real, quien planteó que en la Argentina, a diferencia de otros países dependientes, se había

98. *Ibid.*, pág. 28. Leonardo Paso, polemizando con revolucionarios “apresurados” (como nosotros) sólo tiene alabanzas para este párrafo de Lallemand, discutiendo así los más oscuros pliegues de su pensamiento socialdemócrata que no concibe otro “desarrollo capitalista” que el reformista.

99. *La Agricultura*, N° 124, Buenos Aires, 16 de mayo de 1895, págs.390 y 395. Estas ideas empalmaban, objetivamente, con las de aquellos que como Sarmiento o Alberdi, consideraban necesario fomentar la población anglosajona para desarrollar nuestras explotaciones agropecuarias, ya que, como escribió Alberdi en *Las Bases*, ni “el mejor sistema de instrucción, en cien años” sería capaz de hacer de un roto, un gaucho o un cholo “un obrero inglés que vive digna y confortablemente”.

desarrollado “una estructura agraria libre de relaciones precapitalistas”.¹⁰⁰ O Rogelio Frigerio, para quien el feudalismo “no arraigó en ningún momento en la explotación agropecuaria de la pampa húmeda”.¹⁰¹ Real y Frigerio han sido defensores encarnizados de la inversión capitalista en los latifundios como vía de desarrollo para el país. Al coro frigerista se han sumado, desde 1976, teóricos de la socialdemocracia como Julio Godio, o de la revista *Controversia*, que editaban en México los Montoneros. Estos teóricos han aburguesado a los terratenientes argentinos, quienes, entre 1880 y 1914, como plantea Godio, habrían desarrollado un “capitalismo agrario” promoviendo la “formación de una numerosa capa de productores rurales arrendatarios” y transformándose, ellos mismos, “de terratenientes pastoriles” en grandes “burgueses terratenientes”. Así explican una supuesta “autonomía” de éstos frente al imperialismo; autonomía graficada, según ellos, en el rechazo de la dictadura violovidelista al embargo de la venta de granos a la URSS luego de la invasión de esta superpotencia a Afganistán.

Lallemant fue el primer marxista que analizó el problema agrario en la Argentina. Si consideró como vías posibles del desarrollo capitalista en el agro argentino sólo a la explotación capitalista de los latifundios y a la colonización del campo a través de arrendatarios capitalistas, las limitaciones de sus opiniones —como lo demuestra su polémica con Rústico en *La Agricultura* de 1895— se originan en que no veía la posibilidad de un camino revolucionario para ese desarrollo. No llegó a definir con precisión el contenido agrario y antiimperialista de nuestra revolución democrática. Lo harían los marxistas recién en 1928.

El imperialismo

La ilusión de Lallemant de que el avance del imperialismo yanqui permitiría el desarrollo capitalista y el progreso de la América del Sur, es otro punto de sus escritos que los hechos posteriores

100. Juan José Real, *El problema agrario en la Argentina*, Ruedo Ibérico, N° 10, diciembre-enero de 1967.

101. Rogelio Frigerio, *Síntesis de la historia crítica de la economía argentina*, Buenos Aires, Hachette, 1979, pág. 21.

desmintieron. En correspondencia para el *Die Neue Zeit*, escribió a comienzos de este siglo: “En todo caso, el capital norteamericano ha dado un golpe maestro con la adquisición de Acre [región boliviana] y, no obstante todas las protestas, es presumible que la bandera estrellada flameará pronto sobre una parte de este continente; los destinos de estas miserables repúblicas que son totalmente incapaces de gobernarse a sí mismas, serán entonces determinados por la Casa Blanca en Washington. Cuanto antes esto suceda tanto mejor, porque únicamente de esta manera es posible pensar que Sudamérica pueda alguna vez ser abierta a la cultura y la civilización”.¹⁰²

La actitud del proletariado en la revolución democrática

Uno de los principales méritos históricos de los llamados “marxistas del 90”, en particular de Lallemand, es haber definido, en su esencia, el carácter democrático-burgués de la revolución argentina. Esto permitió trazar una clara línea demarcatoria con los anarquistas y socialistas utópicos, ya que el triunfo de esa revolución es el único camino posible para abrir el rumbo a la revolución socialista por la que lucha el proletariado. Pese al desarrollo de relaciones capitalistas de producción, a fines del siglo pasado, especialmente en el Litoral, pretender el triunfo inmediato de la revolución socialista en las condiciones predominantemente semifeudales de la Argentina de entonces, hubiese sido una utopía.

Fue, por ello, un gran logro de los marxistas del 90 el haber comprendido el carácter burgués de la revolución que brotó en 1890. Y plantear que sólo su triunfo daría un impulso decisivo al desarrollo capitalista y que este desarrollo sería sumamente beneficioso para el proletariado y para su lucha por el socialismo; que no había otro camino hacia el socialismo que el camino de la república democrática, una auténtica república democrática y no la parodia de la misma que era la república oligárquica posterior al 80.

También fue un mérito de Lallemand y su grupo el valorar a la burguesía y la pequeña burguesía republicana por encima de la

102. Leonardo Paso, *Selección de artículos...*, ed. cit., pág. 192-193.

burguesía liberal, ya que ésta era, en última instancia, prooligárquica y partidaria de un acuerdo con la oligarquía terrateniente y el imperialismo europeo.

Dos líneas

Dentro de los socialistas, partidarios de la actividad política de la clase obrera, hubo dos líneas respecto de la actitud del proletariado en la lucha política de entonces.

Una era la de los marxistas revolucionarios, cuya cabeza era Lallemand. La otra línea era la de los socialistas reformistas, cuyo representante fue Esteban Giménez. La polémica se dio en torno a la carta de Engels al socialista italiano Filippo Turati, carta que trazó la línea más general del proletariado ante la revolución democrática.¹⁰³

Ratzer ha recordado que Lallemand era partidario de la acción política del partido proletario, acción no limitada a la simple “censura platónica hecha desde el paraíso del teatro político sobre los partidos burgueses (...) sino la participación activa”, como aconsejaba Engels en la carta mencionada. Giménez planteaba que “si queremos formar algún día un partido de trabajadores conscientes, es necesario huir del contacto con los partidos burgueses”, con lo que esbozó, como subrayó Ratzer, “la tesis del economismo y del oportunismo político” que marcaría la senda futura del reformismo naciente.¹⁰⁴ En esa misma polémica *La Vanguardia* escribiría pocos días después: “aquí la acción revolucionaria del Partido Socialista es y será por muchos años completamente utópica”.¹⁰⁵

Lallemand, en polémica con Giménez, compartió la opinión de Engels en la mencionada carta. Para Engels en la lucha entre la burguesía y los feudales el proletariado debe tomar parte activa, tratando de empujar al movimiento revolucionario un paso más adelante y cuidando siempre los intereses inmediatos e históricos del proletariado.

103. Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, ed. cit., pág.530.

104. José Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. cit., pág. 148.

105. *Ibíd.*, pág. 149.

Una insuficiencia

La lectura atenta de los artículos de Lallemand demuestra que, caracterizando acertadamente a la revolución argentina como democrática, él y su grupo no adhirieron, por error o desconocimiento, al concepto de *revolución permanente, o ininterrumpida*, que proclamó Marx en la década del 40 del siglo pasado. Y, en consecuencia, no pudieron elaborar las conclusiones prácticas que ese concepto entrañaría para la lucha revolucionaria de la clase obrera.¹⁰⁶ Lenin, como escribió Stalin, “fue el único marxista que supo comprender y desarrollar de un modo acertado la idea de la revolución permanente” y “la convirtió en uno de los fundamentos de su teoría de la revolución”.¹⁰⁷

La principal consecuencia práctica de la teoría de la revolución ininterrumpida, en los países como el nuestro, es la necesidad de un partido proletario capaz de conducir a las masas al triunfo de la revolución democrática y de garantizar, luego, el paso a la revolución socialista. Del desconocimiento, el rechazo o la no compren-

106. Para Marx y Engels el proletariado debía tener una línea y una organización independiente de los partidos burgueses y pequeñoburgueses en la revolución democrática; una organización en la que sus intereses de clase se pudieran discutir independientemente de las influencias burguesas y que fuese a la vez legal y secreta. Ellos fundamentaron la teoría de la revolución permanente o revolución ininterrumpida como línea del proletariado en la revolución democrática, teoría que fue luego defendida y desarrollada por Lenin, Stalin y Mao Tsetung. En el Mensaje a la Liga de los Comunistas alemanes, en 1850, escribieron: “Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas [se refiere a las reivindicaciones económicas, políticas y sociales que exigían los sectores más avanzados de la democracia pequeñoburguesa, reivindicaciones que incluían la total abolición del feudalismo en el campo], nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el Poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no solo en un país, sino en todos los países predominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado”. El grito de guerra de los obreros alemanes debía ser, según Marx y Engels, la revolución permanente (Carlos Marx y Federico Engels, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, *Obras Escogidas*, Buenos Aires, Cartago, 1957, pág. 67).

107. José Stalin, ob. cit., pág. 171.

sión del mencionado concepto, surge posiblemente la Laguna en la elaboración marxista de Lallemand, que señala Ratzer en torno a la “organización política independiente de la clase obrera”.¹⁰⁸

Los marxistas del 90 no alcanzaron a ver la necesidad de la hegemonía proletaria en la revolución democrático-burguesa. Se dirá: esa hegemonía no era posible entonces. Con esto se elude la discusión de fondo, porque tampoco fue planteada muchos años después, incluso en artículos de Lallemand en los mismos años en los que Lenin ya había desarrollado esta teoría. Se trata de una línea para la acción política del proletariado *independientemente de su concreción inmediata*. La ausencia de este concepto clave en el análisis de los marxistas revolucionarios facilitó, hasta 1928, el mantenimiento de la influencia de los reformistas por un lado y de los anarquistas por otro, en el movimiento obrero. Lenin también se preguntaba si era posible la victoria de esa línea proletaria para la revolución democrático-burguesa en Rusia y respondía que era *otra cuestión*. Que era muy difícil. Pero que al ir a la lucha “debemos desear la victoria y saber indicar el verdadero camino que conduce a ella”.¹⁰⁹ Lenin plantea esto a comienzos de siglo, pese a que la influencia de la socialdemocracia sobre la masa del proletariado y sobre las masas campesinas era muy insignificante y la ignorancia de esas masas terriblemente grande, como él subrayó.

La validez de esa tesis teórica fue comprobada por la práctica de la Revolución Rusa, primero, y posteriormente por las revoluciones de la segunda postguerra mundial en varios países europeos y asiáticos, la Revolución China, la Revolución Vietnamita y la Revolución Cubana en 1959.

El análisis leninista en este tema parte de considerar que el proletariado es la única clase consecuentemente revolucionaria, y que debe luchar por imprimir un sello proletario a la revolución democrática para que ésta triunfe paralizando la volubilidad, la ambigüedad y la traición de la burguesía democrática. Su tesis táctica fundamental de que el proletariado puede y debe ser el jefe de la revolución democrático-burguesa. Así desarrolla Lenin la tesis marxista de 1848 sobre la dictadura democrático-revo-

108. José Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, ed. cit., pág. 172.

109. V. I. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1959, tomo 9, pág. 51.

lucionaria del pueblo en la revolución democrática: “El desenlace de la revolución depende del papel que desempeñe en ella la clase obrera: de que se limite a ser un auxiliar de la burguesía, aunque sea un auxiliar poderoso por la intensidad de su empuje contra la autocracia, pero políticamente impotente, o de que asuma el papel dirigente de la revolución popular”.¹¹⁰ Para Lenin la victoria decisiva de la revolución democrática es la “dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos. Dictadura que solo podrá triunfar si se apoya en la fuerza de las armas, en la insurrección, y no en la llamada «vía legal» o «vía pacífica»”.¹¹¹

Había otra clase en la Argentina, además de la clase obrera, que aspiraba al pleno ejercicio de la soberanía popular: *el campesinado*. Al traicionar al campesinado la burguesía democrática quedó, inerme, en manos de la oligarquía terrateniente.

Distinción clave

La estricta distinción entre la revolución democrático-burguesa y la revolución proletaria socialista es uno de los pilares fundamentales de la teoría marxista de la revolución. Pero estas revoluciones no están separadas entre sí por una muralla china. En su artículo *La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino*, escribió Lenin: “Ayudaremos con todas nuestras fuerzas a todo el campesinado a hacer la revolución democrática para que a nosotros, al partido del proletariado, nos sea *más fácil* pasar lo antes posible a una tarea nueva y superior, la revolución socialista”.¹¹²

“*Solo la lucha* —escribió también Lenin en otros artículos— decidirá en qué medida podremos (en fin de cuentas) avanzar, qué parte de nuestro elevado objetivo lograremos realizar y qué parte de nuestras victorias conseguiremos consolidar (...) todos los Kautski, los Hilferding, Márto, Chernov, los Hillquit, Longuet, Mac Donald, Turati y otros héroes de ese marxismo de la

110. *Ibíd.*, pág. 15.

111. *Ibíd.*, pág. 50.

112. *Ibíd.*, pág. 226.

«Internacional II y 1/2» no fueron capaces de comprender *esta* correlación existente entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista proletaria. La primera se transforma en la segunda. La segunda resuelve de paso los problemas de la primera, la segunda consolida la obra de la primera. Y sólo la lucha determina hasta qué punto la segunda logra rebasar a la primera”.¹¹³

Raíces de las insuficiencias

El historiador Leonardo Paso, en el prólogo a la selección de artículos de Germán Ave Lallemand, parte de considerar con justeza que “en aquel período de la vida nacional no podía propugnarse otra cosa que un franco desarrollo capitalista”.¹¹⁴ Paso explica así las opiniones de Lallemand sobre la importancia de la educación de las masas campesinas para lograr su emancipación; opiniones que no ponen el centro en la vía revolucionaria para liberar a los oprimidos del campo.

Según Paso, se veía la necesidad de un franco desarrollo capitalista pero no “la necesidad de la revolución agraria y antiimperialista”.¹¹⁵ Esta necesidad sólo se veía en 1928-1929, cuando la Internacional Comunista y el Partido Comunista de la Argentina definieron el carácter de la revolución en América Latina y en nuestro país, como democrático-burguesa; revolución que podrá “llevarse a cabo, únicamente, si se tiene en cuenta que las masas obreras y campesinas serán la fuerza motriz de la misma, y bajo la hegemonía del proletariado”.¹¹⁶

Lallemand y los marxistas argentinos del 90 prácticamente definieron como democrático-burguesa a la revolución necesaria en la Argentina, pero no tuvieron en cuenta la posibilidad de un *camino revolucionario* para el desarrollo del capitalismo en el campo ni la tesis de Marx —desarrollada posteriormente por Lenin—

113. V. I. Lenin, *Obras completas*, ed. cit., tomo 33, pág. 40. Véase además en: Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, ed. cit., las notas del Instituto Marx-Engels de Leningrado a la carta de Engels a Turati.

114. Leonardo Paso, *Selección de artículos*. ..., ed. cit., pág. 29.

115. *Ibid.*

116. Victorio Codovilla, *Nuestro camino desemboca en la victoria*, Buenos Aires, Fundamentos, 1954, pág. 52.

sobre la *revolución ininterrumpida*. Viendo con claridad que el proletariado debía participar en esa revolución, manteniendo su independencia de clase, no plantearon como línea para éste la lucha por desempeñar un rol hegemónico en esa revolución, que lo transformase en dirigente de la misma, en abanderado de las reivindicaciones de las masas populares, especialmente las campesinas. Lallemand y los marxistas del 90 consideraron que el partido marxista debía limitarse a ser el ala extrema de la burguesía en la lucha de ésta contra la oligarquía y el imperialismo que nos oprimían.

Leonardo Paso no afirma con claridad que los problemas claves que no vieron los marxistas del 90 fueron esos. El historiador del PC no puede, lógicamente, “mentar la soga en la casa del ahorcado”. Porque paradójicamente, quien contribuyó decididamente en 1928 a definir el rol del proletariado en la revolución democrática latinoamericana, Victorio Codovilla, iría, años después, a adoptar en la práctica, como línea para el Partido Comunista en la revolución democrática la de ser izquierda de la burguesía (*liberal*, cuando la Unión Democrática, y *nacionalista* en 1962) e incluso resignarse, en los hechos, a subir al furgón de cola de la misma. Codovilla fundamentó esta línea con las viejas tesis oportunistas de “las presiones” (apoyar lo bueno de los gobiernos y partidos burgueses y criticar lo malo, presionando a las alas progresistas de esos gobiernos) y con su consigna “por la acción de masas hacia la conquista del poder” (manteniéndose en el terreno legal a toda costa y propagandizando este camino como apto para el triunfo de la revolución). Con lo que la dirección del PC retornó a las tesis de 1890; con tonalidades oportunistas que no tuvo el pensamiento de Lallemand. Este jamás exageró los alcances de un posible triunfo radical y siempre mantuvo una línea independiente frente al sector extremo de la burguesía y la pequeña burguesía representadas en la UCR, en épocas en las que las manchas conciliadoras de la burguesía argentina eran solo eso, y no las lacras en las que se habían transformado en vida de Victorio Codovilla.

¿Era real la necesidad de la revolución agraria y antiimperialista en 1890? ¿Era necesario que el partido del proletariado, por pequeño que fuese, plantease la necesidad de la alianza obrero-campesina y de la hegemonía obrera para que esa revolución

fuese a fondo y crease la posibilidad de su paso al socialismo? Sí *lo eran*. ¿Por qué los marxistas no lo descubrieron hasta 1928? *Esta es la cuestión*. Planteado así el problema podemos rastrear, más profundamente, las debilidades teóricas de los marxistas argentinos de 1890 y las raíces objetivas de estas debilidades.

Hemos señalado, someramente, las lagunas teóricas. Esta no es una cuestión intrascendente para los revolucionarios, como lo demuestra la degeneración política del PC.

Las raíces objetivas de esas insuficiencias radican en que aquellas lagunas teóricas expresan la debilidad del proletariado argentino de entonces. No tanto numéricamente sino, principalmente, por su poco grado de concentración y su falta de homogeneidad nacional y por el desconocimiento de gran parte del mismo respecto del problema campesino en las zonas de concentración agraria del país, lo que dificultó, muchísimo, que la clase obrera se asumiese como clase aliada y dirigente de las grandes masas del campesinado pobre; masas sin las cuales la revolución argentina no fue ni será posible.

III

MARXISMO REVOLUCIONARIO, ANARQUISMO Y REVISIONISMO REFORMISTA

El movimiento sindical y socialista argentino dio, luego de 1890, un nuevo salto adelante. La crisis económica de 1889-1893 que afectó a los principales países capitalistas europeos, repercutió duramente sobre la economía argentina. Se demostró así la vulnerabilidad de ésta, debida a su casi total dependencia de esas potencias europeas en las que el capitalismo se transformaba de librecambista en monopolista.

La Argentina cayó en un estado de cesación de pagos y se desató un tremendo proceso inflacionario. Esta crisis fue el trasfondo de la revolución del 90.

Se abrió luego de 1895 un período de grandes huelgas. Entre 1894 y 1896 participaron en ellas 73.000 trabajadores. Se produjo la primera huelga ferroviaria. Sólo entre 1888 y 1890 se constituyeron 19 sociedades de resistencia.

Ricardo Falcón, en la obra ya citada, diferencia dos momentos en el movimiento obrero, durante ese período posterior a 1890. Uno de carácter defensivo, influido por la derrota de la revolución del 90, en el que se inició un curso depresivo; y otro posterior de ascenso. “Por su amplitud, la oleada huelguística de 1895 y 1896 es la más importante que haya conocido la Argentina hasta entonces y además no se repetirá un fenómeno similar hasta ya entrado el siglo XX”.¹¹⁷ Luego de una disminución entre 1890 y

117. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 88.

1891, causada por la crisis económica y los acontecimientos políticos de 1890, el flujo inmigratorio comenzó nuevamente a crecer. Con una característica nueva: entre 1890 y 1899 el porcentaje de regresos de inmigrantes llegó al 57%, debido a la generalización de la inmigración golondrina (especialmente de españoles e italianos) que venían a trabajar en las cosechas. La inmigración fue utilizada para minar las luchas y, por la abundancia de mano de obra, la desocupación pasó a estar, allá por 1897, en el centro de la preocupación del movimiento obrero.

Según el Segundo Censo Nacional, de 1895, los 1.830.000 habitantes de 1869 se habían transformado en 4.044.911. Los extranjeros eran el 25,4% de la población total (1.104.500) pero, en la Capital Federal representaban el 52,2%. El crecimiento se produce fundamentalmente en el Litoral y se fortalece la tendencia a la concentración en centros urbanos. La población urbana, en 1895, era del 42,8%. Entre 1876 y 1897 el 58% de los inmigrantes entrados declaró poseer la profesión de agricultor. La mayoría de esos inmigrantes, de origen campesino, impedidos de acceder a la propiedad de la tierra por el latifundio terrateniente de origen precapitalista, quedó en las ciudades; la mayoría se proletarizó. El censo de 1895 dio 342.493 trabajadores “de fatiga, que no tiene trabajo fijo”. Había en el país 22.204 establecimientos industriales que empleaban 145.650 personas, con un capital total de 284.101.367 pesos moneda nacional y 2.348 máquinas a vapor.¹¹⁸ Todavía gran parte de los establecimientos censados mantenían características artesanales.

El carácter atrasado de la industria y el origen campesino de la mayoría del proletariado explican la facilidad con la que creció el anarquismo. Simultáneamente, las expectativas —aún vigentes— de ascenso social, de una parte de esos inmigrantes y de una capa nativa, facilitaron el enraizamiento del reformismo; fenómeno éste que en la Argentina tuvo una magnitud muy superior a la de otros países latinoamericanos.

Vestido y tocador, alimentación, construcción y metalurgia eran las principales ramas de la producción.

118. *Ibid.*, pág. 63.

Tres corrientes

Las tendencias socialistas crecieron en esos años y fueron mayoritarias en el movimiento obrero. “El socialismo se divide en tres corrientes principales: el reformismo, el anarquismo y el marxismo”, escribió Stalin en 1906.¹¹⁹ Esto fue así también en la Argentina.

El anarquismo

El análisis de las corrientes anarquistas de fin de siglo adquiere importancia actual porque muchas de sus tesis, retocadas y adaptadas a los tiempos actuales, son periódicamente puestas en danza.

El origen de la supervivencia de esas tesis radica en la profunda crisis que sacude al capitalismo desde el fin de la llamada época de la sociedad de consumo, en las postrimerías de la década de 1960. Esta crisis ha adquirido una persistencia y virulencia particulares en los países del llamado Tercer Mundo. Masas enormes de origen campesino se proletarianizan y trabajan como mano de obra barata en los países metropolitanos y las factorías —tipo Corea del Sur o Taiwán— que han crecido en estos años. Simultáneamente, otras se pauperizan al ser arrojadas a la calle por la crisis, impedidas de trabajar la tierra y sin poder proletarianizarse. Lo viejo muere y lo nuevo, el movimiento revolucionario dirigido por el proletariado, principalmente por la fuerza del reformismo, es incapaz aún de dar la respuesta adecuada. Capas extensas de la pequeña burguesía, en especial de los pueblos de las zonas agrarias, e incluso sectores de terratenientes empobrecidos, son arrastrados a la ruina. Muchos profesionales son condenados a una desocupación encubierta. El disconformismo de esas grandes masas oprimidas por el imperialismo, los terratenientes y la gran burguesía, se vuelca hacia formas que reviven las viejas concepciones anarquistas que parecían arrojadas al basurero de la historia. Además, las superpotencias y los países imperialistas, pero en especial el socialimperialismo soviético en lucha con los yanquis por el dominio mundial, reactualizan y estimulan estas tendencias. También contribuye a la difu-

119. José Stalin, *Obras*, Buenos Aires, Fundamentos, 1955, pág. 289.

sión actual de las tesis anarquistas la insuficiente lucha teórica de los marxistas-leninistas contra ellas. De aquí la importancia actual del estudio de las teorías anarquistas.

Los anarquistas de fin de siglo golpeaban por igual a los patrones nacionales y extranjeros. Criticaban la política de fomento industrial porque, para ellos, la situación de los trabajadores no cambiaba si el patrón era argentino o extranjero.

Durante los años de reflujo del movimiento obrero, posteriores a 1890, cobró fuerza la variante anarquista llamada “individualista” o antiorganizadora, opuesta a la lucha de clases y a la intervención en las organizaciones obreras.¹²⁰ Consideraban a éstas “autoritarias” y las combatían al igual que a los partidos burgueses. A mediados de la década del 90 comienzan a desarrollarse tendencias anarquistas favorables a la organización.

Los individualistas fueron una variante extrema, ya que para el anarquismo en general la piedra angular de su teoría —al contrario que para la corriente marxista— “es el individuo, cuya emancipación es (...) la condición principal de la emancipación de la masa, de la colectividad. A juicio del anarquismo, la emancipación de la masa es imposible hasta que se emancipe el individuo, debido a lo cual su consigna es: “Todo para el individuo”.¹²¹ Los anarquistas —como escribió Dolores Ibárruri— “fundamentan su ideología en la libertad del individuo y de ahí su sistema de moral para todos los hombres, olvidándose de una pequeñísima cosa: que en una sociedad dividida en clases, los únicos que pueden disfrutar de libertad son los capitalistas, son las clases que monopolizan el poder. Defender una moral para todos cuando cada clase tiene la suya y bien específica, tendiente a defender sus intereses, es pretender poner de acuerdo clases e intereses que por su propia naturaleza se repelen”.¹²²

A partir de 1894 comienza a desarrollarse la corriente anarquista que acepta la organización de sociedades de resistencia y de huelgas. Esta tendencia creció, estimulada por el auge de lu-

120. Ricardo Falcón, Ob., cit., pág. 84.

121. José Stalin, *Obras*, ed. cit., tomo I, pág. 291.

122. Dolores Ibárruri, *A los trabajadores anarquistas*. Unidad y lucha (s. f.), pág. 19.

chas posterior a 1895 y por la presencia en el país de Pietro Gori, anarquista italiano que llegó en 1898.

Los anarquistas fueron entusiastas defensores de la huelga general, a la que concebían como la forma superior de lucha obrera y como una especie de arma mágica para acabar con el capitalismo y el Estado. Dentro del anarquismo se dio entonces una encarnizada lucha de tendencias entre los anarco-comunistas, los anarco-socialistas y los anarco-colectivistas. Pero, en esencia, la lucha principal tuvo lugar entre “organizadores” y “antiorganizadores” o individualistas. Estos últimos editaron el periódico *El Perseguido* que criticaba a los anarquistas partidarios de la organización y proclamaba la necesidad de “la propaganda por los hechos”.¹²³

A partir de 1895 creció la influencia de los anarquistas “organizadores”. Estos insistían en la importancia de la lucha sindical y rechazaban la lucha política. Tomaron distancia de los actos terroristas. Consideraban positivas a todas las huelgas, entendidas como batallas preparatorias en la guerra contra los explotadores. Y promovían su generalización a través de las huelgas de solidaridad en la perspectiva de la huelga general revolucionaria por tiempo indeterminado. Como señala Falcón, esta variante anarquista se correspondía mejor con las características del proletariado de la época, dada la elevada proporción de extranjeros privados de todo derecho político por las leyes argentinas. Por eso —y por la degeneración reformista del socialismo— creció el anarquismo con su prédica que hacía centro en la lucha reivindicativa, la huelga general y el abstencionismo electoral.

Los socialistas

El 14 de diciembre de 1892 se fundó la Agrupación Socialista de Buenos Aires. Esta fecha, como escribió Augusto Kühn, uno de los más destacados marxistas del 90, “debe ser considerada la del nacimiento del Partido Socialista”.¹²⁴ La Agrupación Socialista

123. Con el nombre de “propaganda armada”, el terrorismo de grupos elitistas y el foquismo posteriores a 1968 en la Argentina, volvieron a insistir en esta forma de propaganda que condensa la línea anarquista de “despertar” a las masas “atrásadas” mediante actos terroristas de amplia publicidad.

124. José Ratzer, *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit.

sería el núcleo principal de las organizaciones que fundarían en 1896 el Partido Socialista. Meses después de constituida se afiliaron a ella Germán Müller, Juan B. Justo, Esteban Giménez y otros activistas. José Ratzler, en su obra sobre el movimiento socialista en la Argentina, subraya la profundidad de la lucha de líneas entre el reformismo y el marxismo en el seno de ese movimiento y discrepa incluso sobre la fecha que debe ser considerada fundacional del Partido Socialista.

La creciente toma de conciencia del proletariado en la Argentina y el estallido del 90, al hacer actual el tema de la revolución, plantearon el problema de la organización política de la clase obrera. Esta necesidad se tornó conciencia en los elementos más avanzados de esa clase y en sus abanderados teóricos. Dentro del grupo de los llamados “marxistas del 90”, algunos de sus miembros, que rehuían el trabajo político, mostraron preferencia por la acción sindical, mientras que otros centraron en la labor, imperiosa, de constituir un partido político. La Agrupación Socialista fundada en diciembre de 1892 expresó esta preocupación y la tradujo en organización. El 7 de abril de 1894 apareció el periódico *La Vanguardia*, que luego sería el órgano central del Partido Socialista.

La Agrupación Socialista junto al grupo de socialistas franceses “Les Egaux” y al italiano “Fascio dei lavoratori” constituyeron en abril de 1894 el Partido Socialista Obrero Internacional, que se dio un programa de lucha económica, social y política. En 1895, al adherir al Partido el club Vorwärts y el Centro Socialista Universitario, se designó un Comité Central cuyo secretario general fue José Ingenieros. El 13 de octubre de ese año, en una convención presidida por Juan B. Justo, pasó a llamarse Partido Socialista Obrero Argentino, agrupando varias organizaciones. También se tomó la decisión de presentarse, con candidatos propios, a las elecciones nacionales de 1896.

El 28 y 29 de junio de 1896 se reunió el Congreso del Partido Socialista Obrero,¹²⁵ y constituyó el Partido Socialista. Los dirigentes revisionistas han dado esta fecha como fundacional del

125. Concurrieron a la fundación diecinueve agrupaciones socialistas y once sociedades gremiales. Véase Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino*, ed. cit., tomo I, pág. 7.

Partido Socialista para negar la labor del grupo de marxistas revolucionarios que encabezó Lallemand, y para resaltar el rol jugado por Juan B. Justo, quien en 1896 encabezaba el grupo revisionista, hegemónico ya en el Partido Socialista.¹²⁶

En el período que va desde 1894 a 1896 se incorporó al socialismo un núcleo importante de intelectuales argentinos: Juan B. Justo, Roberto Payró, José Ingenieros, Leopoldo Lugones. Se constituyó también el Centro Socialista Universitario. Lo que expresa las conclusiones que un sector de la intelectualidad sacó sobre las razones del fracaso de la revolución del 90 y la atracción que las ideas socialistas comenzaban a ejercer sobre una parte importante de capas no proletarias.

Los marxistas de 1892-1896 levantaron como objetivos programáticos la revocabilidad de los electos, el régimen parlamentario, el armamento general del pueblo y el gobierno directo de las Comunas. A partir de la creación del Partido Socialista este programa se fue transformando en un programa de reformas republicanas potables para la burguesía.

El Partido Socialista privilegió la lucha política sobre la lucha sindical, al contrario de lo planteado por los anarquistas y los sindicalistas. Pero, al predominar los reformistas dirigidos por Justo sobre los marxistas revolucionarios, el PS concedió gran importancia a la lucha parlamentaria, ateniéndose a las reglas de juego fijadas por la oligarquía dominante, o tratando de modificarlas por métodos pacíficos y constitucionales. Tropezó, para esta línea, con un gran obstáculo: la elevada proporción de extranjeros en la clase obrera y las capas medias, extranjeros privados de todos los derechos políticos. Por lo que desplegó una batalla permanente por la naturalización de los extranjeros, llegando incluso a exigir ser ciudadano argentino o naturalizado para elegir los candidatos electorales del partido y para integrar su Comité Ejecutivo.

El 28 de junio de 1896 se realizó el primer Congreso del PS. En el Congreso tuvieron lugar dos debates importantes. Uno, en torno a la posibilidad de hacer alianzas con otros partidos. El Congreso rechazó la proposición de Justo que las auspiciaba y aprobó

126. José Ratzler, *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit., pág.8 a 10. El tema es analizado a fondo por Ratzler, por lo que obviaremos su tratamiento aquí.

la de Lugones e Ingenieros que rechazaban las alianzas con los partidos burgueses o con sus candidatos.¹²⁷

El segundo debate fue sobre la inclusión o no de la violencia como medio para que los trabajadores y el PS conquistaran el poder político. La moción de Justo planteaba que el camino electoral y parlamentarista que se adoptaba era “el camino” para llegar al poder político y “el único” que podía preparar a la clase obrera para “practicar con resultado otro método de acción si las circunstancias se lo imponen”. La de Lugones e Ingenieros, que se impuso, planteaba en cambio que el camino electoral podrá llevar a la clase obrera al poder, constituir una fuerza, formarse una conciencia de clase “que le servirá para practicar con resultado otro método de acción cuando las circunstancias lo hagan conveniente”. Es decir: Lugones e Ingenieros contemplaban el recurso de la violencia no como una posibilidad sino como algo ineluctable.¹²⁸ En el Segundo Congreso del PS, en 1898, el grupo justista modificó el programa y eliminó la referencia a la utilización de la violencia en la lucha de la clase obrera por el poder político.¹²⁹

Los párrafos que estuvieron en discusión son los siguientes:

“Que mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza.”

“Que por este camino el proletario podrá llegar al poder político, constituirá esa fuerza, y se formará una conciencia de clase que le servirá para practicar con resultado otro método de acción cuando las circunstancias lo hagan conveniente”.

127. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 101.

128. *Ibid.*, pág. 126. El texto aprobado puede leerse en Jacinto Oddone, ob. cit., tomo I, pág. 65.

129. El socialismo justista hizo tema de su credo político la lucha contra la violencia, por el orden y la legalidad. Su Comité Ejecutivo dijo en un llamamiento, el 13 de enero de 1910: “El Partido Socialista, que jamás ha propagado la violencia individual ni colectiva como método de lucha social; que en su inteligente y fundada labor política va sembrando en el seno del pueblo nociones de orden y legalidad en este país del desorden, de la revuelta y del motín del cuartel; que tiene fe profunda en la eficacia del sufragio universal...”.

La moción inicial de Justo decía (en lugar de este segundo párrafo): “Que *éste* es el camino por el cual la clase obrera puede llegar al poder político y el *único* que la puede preparar para practicar con resultado otro método de acción *si las circunstancias se lo imponen*” (el subrayado es mío).

La lucha de líneas sobre el tema de la violencia —tema totalmente impregnado de la concepción que se tenga sobre el Estado— ha sido hasta hoy piedra de toque entre revolucionarios y reformistas, en el movimiento obrero y socialista mundial. No es casual que Jruschov, al iniciar la revisión abierta del marxismo en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, planteara como una de las tesis centrales del movimiento comunista internacional, el tema del camino parlamentario y de la utilización de la violencia sólo como una posibilidad si aquél se taponaba. Lo mismo hizo, en la Argentina, Victorio Codovilla, cuando formuló en el XII Congreso del Partido Comunista la tesis de llegar al poder “por uno u otro camino” (el pacífico o el armado) resucitando la apollillada tesis reformista: por la acción de masas hacia la conquista del poder.

Lugones e Ingenieros editaron, en 1897, el periódico *La Montaña* como órgano de expresión de su tendencia socialista revolucionaria. Allí escribieron, sobre este tema: “El proletariado usará entonces la fuerza para expropiar a los expropiadores. No puede en ese caso haber dos líneas de conducta: la fuerza se combate por la fuerza”.¹³⁰

Esto no significa que Ingenieros y Lugones rechazasen la acción política del partido. Se diferenciaban en esto, nítidamente, de los anarquistas. Tampoco rechazaban la labor parlamentaria y condenaban los atentados individuales de los anarquistas terroristas.

Rápidamente los revisionistas triunfaron sobre los revolucionarios. Estos no pudieron construir una línea justa frente a la reformista. Pero el episodio vale como momento en el enfrentamiento histórico de dos tendencias del movimiento obrero y socialista mundial: la reformista y la revolucionaria. Lugones e Ingenieros siguieron luego otros rumbos. Pero las tendencias eran y

130. José Ratzler, *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit., pág.41.

son expresión de corrientes objetivas de la realidad de la lucha de clases y brotan, una y otra vez, inevitablemente, con independencia de los hombres que transitoriamente las encarnan.

Marxismo y reformismo

También adquiere importancia actual el conocimiento de las tesis de los reformistas, revisionistas del marxismo, que siguieron en la Argentina las teorías de Eduardo Bernstein. Juan B. Justo fue su principal exponente.

La importancia del conocimiento de las teorías reformistas y del revisionismo de fin del siglo pasado e inicios del actual radica en que, con pequeños retoques de cosmética, actualmente son defendidas, en su totalidad, por las principales figuras del que fue en su momento el Movimiento Comunista, a más de los líderes de la socialdemocracia y de equipos de teóricos como, en la Argentina, el de los socialistas de cátedra Aricó, Portantiero, Landi, entre otros.

El XX Congreso del Partido Comunista de la URSS dio, en 1955, nuevo aliento a las teorías de Bernstein. Entonces, viejos reformistas como Victorio Codovilla, en la Argentina; Corvalán, en Chile; Arismendi, en Uruguay, mostraron, desvergonzadamente, sus posiciones oportunistas y revisionistas.

Posteriormente, con la dirección de Brezhnev en la URSS, el Partido Comunista de ese país, y los que obedecen a su bastón de mando (como el PC de la Argentina) adecuaron “su discurso” retomando, dogmáticamente, fórmulas marxistas que niegan en su actividad práctica, y criticando, en apariencia duramente, al revisionismo. Pero esto es sólo adaptabilidad epidérmica, camaleónica, a la situación de países como el nuestro, ya que, en Europa, por ejemplo, donde cortejan a la socialdemocracia, despliegan otro “discurso”. Como toda potencia imperial trabajan con dos fierros en el fuego: uno para la vía legal, pacífica; otro, para la violenta. Y alimentan en todo el mundo, para facilitar su labor de infiltración en los movimientos populares y nacionales, las viejas tesis revisionistas, en especial las tesis lassalleanas, como vimos antes, tesis que justifican teóricamente su labor de infiltración del Estado. Al tiempo que olvidan, niegan y tergiversan el aspecto revolucionario de la doctrina marxista.

Los cambios “en el discurso” de los revisionistas que hoy afirman lo que ayer negaron, o viceversa, ha seguido el recorrido de las etapas de la metamorfosis del Partido Comunista de la URSS: del dogmatismo al revisionismo, de éste a la traición al movimiento comunista internacional y de aquí a la transformación de la URSS en una superpotencia imperialista. Pero su esencia es siempre el revisionismo de las tesis marxistas que, de palabra, dicen sostener.

Fieles a aquella batuta, teóricos como Aricó, Portantiero o Delich, pasaron de la defensa del foquismo a la polémica con el mismo y a la defensa de las tesis socialdemócratas (en su variante lassalleana).

Ahora van entornando su cintura para pasar, de la defensa de la democracia —como contenido de una lucha por encima de la división de la sociedad en clases— a la defensa de la teoría del frente nacional contra el imperialismo yanqui. Un frente “nacional” que incluye a los terratenientes hegemónicos en el Estado argentino y que escinde las tareas nacionales de las tareas democráticas de la revolución. Teoría que ayer defendieron Juan José Real en la Argentina y Prestes en Brasil y hoy levanta, como novedad teórica, Fidel Castro, acompañando en el coro a la melodía que silba Gorbachov en Moscú.

Eduardo Bernstein, maestro de los revisionistas argentinos, sometió a revisión toda la teoría marxista. No es raro que se impusiesen sus ideas en la Argentina ya que, como dijo en una ocasión Aníbal Ponce, el Partido Socialista argentino “jamás estuvo con Marx”. Juan B. Justo llegó a jactarse de “haberse hecho socialista sin haber leído a Marx”. Bernstein criticó al marxismo por “viejo y dogmático” y construyó su línea “para transformar a la socialdemocracia de partido de la revolución social, en un partido democrático de reformas sociales”.¹³¹

Para realizar ese fin Bernstein negó la posibilidad de fundamentar científicamente al socialismo y de demostrar su necesidad e inevitabilidad; negó la creciente miseria del proletariado y la exacerbación de las contradicciones capitalistas; negó el objetivo final de la lucha de la socialdemocracia; rechazó la necesidad de

131. V. I. Lenin, *¿Qué hacer?*, ed. cit., pág. 26.

la dictadura del proletariado, la teoría de la lucha de clases y la oposición de principios entre el liberalismo y el socialismo.

Tomando conciencia de la contradicción entre el lenguaje de los socialdemócratas de su época y su actividad, Bernstein llamó a sus camaradas alemanes a tener el coraje de ser lo que parecían y revisar una doctrina que se había transformado en mentira.

Bernstein estaba admirado por la “estabilidad capitalista”, tanto como lo están hoy Aricó y Portantiero. Y como éstos, consideró que esa estabilidad no había sido prevista por los marxistas y que la época de “los cataclismos sociales” ya había sido superada. Para él desaparecían las crisis cíclicas que expresan las contradicciones del capitalismo, y se atenuaban las contradicciones de clase, como repiten hoy, en la década del 80 del siglo XX, los revisionistas que incluso afirman que “desaparece la clase obrera”. Para aquellos revisionistas, como para éstos, la condición obrera es una forma de trabajo, de vivienda y de vestir y no una relación social determinada. Para Bernstein el capitalismo tendía a una distribución de riquezas entre un número cada vez mayor de poseedores. Como no existía, en consecuencia, ninguna posibilidad de acción revolucionaria, la socialdemocracia debía fortalecer los sindicatos, crear y desarrollar cooperativas y ganar, poco a poco, posiciones en el Estado. Como se ve, lo mismo que repiten los revisionistas modernos. Para Bernstein es equivocada la aplicación de la dialéctica a los procesos sociales. Esa aplicación llevó, según él, a la “interpretación determinista” de los fenómenos políticos e ideológicos. Curiosamente pensaron lo mismo la mayoría de los dirigentes del movimiento comunista internacional luego del XX Congreso, cuando impulsaron una revisión teórica destinada a mellar las facetas revolucionarias de la dialéctica marxista para convertirla en una dulzona teoría evolucionista. Bernstein consideraba equivocada la tesis marxista de la pauperización absoluta y relativa de la clase obrera, haciendo un análisis parcelado del capitalismo —ya entonces transformado en imperialismo— limitado a los países metropolitanos y a las condiciones de vida de la clase obrera de esos países.

El revisionismo bernsteiniano nació estrechamente ligado al imperialismo. Su base social la constituían los pequeñoburgueses infiltrados en el movimiento obrero, la aristocracia obrera co-

rrompida por su participación en los beneficios extraordinarios del capital monopolista y la burocracia desarrollada en las organizaciones obreras.

Bernstein, al igual que Juan B. Justo en la Argentina, se apoyó en el positivismo para criticar a la dialéctica y en el neokantismo para criticar al materialismo. El ataque a la dialéctica —entonces y luego del XX Congreso del PCUS— se hace para contraponer el desarrollo gradual, cuantitativo, al desarrollo a saltos. Por eso adhieren al positivismo y sus tesis de desarrollo evolutivo, pacífico y gradual, contraponiendo a la lucha revolucionaria del proletariado una lucha limitada a las reformas. Bernstein consideraba que la concepción dialéctica de Marx ve polarización de clases en donde se va produciendo “fusión” de los intereses de clase. Consideró, también, equivocada la tesis marxista sobre el papel determinante, en última instancia, de las relaciones sociales de producción.

Los revisionistas bernsteinianos no podían comprender el factor de la espontaneidad en las luchas sociales ni que el elemento espontáneo, como planteó Lenin, es sólo la forma embrionaria de lo consciente. Consecuentemente, hacían del partido un “educador” de las masas. En la Argentina también Juan B. Justo advertía, permanentemente, sobre el peligro de la espontaneidad, insistiendo en el rol “conductor” del partido y en el peligro de que éste fuese furgón de cola del movimiento de masas.

Los revisionistas consideran que la clase obrera avanza hacia su liberación mediante la conquista paulatina de leyes sociales. Conciben a la lucha de clases sólo como un instrumento para conseguir cambios graduales y transforman al socialismo en un fin ético; una especie de humanismo de base idealista.¹³² Para ellos lo táctico es todo. El objetivo histórico no tiene importancia. “El movimiento es todo”. Lo importante es la lucha práctica, cotidiana, que va generando un practicismo acéfalo. Como dijo Sorel, fueron maestros “en el arte de utilizar la cólera popular” para sus fines electoralistas y parlamentarios y no para la revolución social.¹³³

132. Julio Godio, ob. cit., pág. 56.

133. Georges Sorel, *Reflexions sur la violence*, 4a. ed., París, Marcel Rivière, 1919, pág. 102.

En la Argentina el revisionismo justista aceptaba de palabra la revolución proletaria, incluso violenta, como posibilidad. Pero limitaba todo su accionar a una forma de lucha: la parlamentaria. Los sindicatos eran concebidos como punto de apoyo para la labor parlamentaria. Poco a poco fueron teorizando el paso gradual y pacífico al socialismo por esa vía. En un país en el que, en 1908, sobre 1.200.000 habitantes que tenía la ciudad de Buenos Aires, sólo votaron 25.283 ciudadanos. Al subordinarse toda la lucha política a la forma de lucha parlamentaria, en un país en el que el parlamento era un simple adorno del Estado oligárquico-terrateniente, una concesión formal de la ideología liberal que predominaba en la clase dominante, hicieron que el socialismo se fuese subordinando al liberalismo oligárquico. Más aún cuando consideraban a la oligarquía como “burguesía” terrateniente y al Partido Radical que la enfrentaba —levantando la defensa de los intereses burgueses— como una fracción más de la política burguesa, comparable a la roquista o a la mitrista.

Juan B. Justo expuso sus tesis revisionistas ya en 1896, configurando la matriz originaria del Partido Socialista de la Argentina. Esas ideas han tenido perdurabilidad en nuestro país y renacen, permanentemente, encarnadas en uno u otro partido o personaje. Exaltaba la democracia burguesa como revolucionaria, sin diferenciarla de la democracia proletaria. Consideraba que la Argentina tenía un rápido crecimiento capitalista que debía encontrar correspondencia en la superestructura política, como una exigencia objetiva de democratización de la sociedad. Admiraba a la inmigración anglosajona y creía que produciría grandes cambios, así como los produjo en Nueva Zelanda. Fue un combatiente del librecambio.

Ratzer¹³⁴ ha subrayado la importancia del desprecio de Justo por la política criolla y por los partidos “inorgánicos”, como el radicalismo, que hizo del PS un encarnizado enemigo primero del yrigoyenismo y luego del peronismo, al tiempo que iba de furgón de cola de la oligarquía liberal. Ratzer subraya también, la ausencia del imperialismo en el análisis teórico de Justo, que aunque en ocasiones ataca al imperialismo yanqui, no lo hace así con el in-

134. José Ratzer, *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit., pág. 32.

glés, imperialismo dominante. Y agrega Ratzel, que al considerar predominantes en el agro argentino de fin de siglo las relaciones capitalistas, a Justo se le borra (como a los revisionistas actuales) la lucha contra el latifundio.

Filosóficamente fue Justo —como escribió Rodolfo Ghioldi,¹³⁵ un crítico benevolente de Justo— positivista, spenceriano, aliado del darwinismo social, adepto de Mach y Avenarius (a los que Lenin desenmascaró en *Materialismo y empiriocriticismo*), admirador de Pearson (las cosas reales son sólo percepciones de los sentidos); amigo del pragmatismo, Justo, que negaba todo valor a la filosofía, terminó desembocando “en el realismo ingenuo y en la noción de que se conoce la materia únicamente por la idea que de ella nos formamos”. Finalmente “pende hacia Schuppe, o sea, hacia el puro irracionalismo”. Al igual que los actuales revisionistas Aricó, Portantiero y Del Barco, consideraba que el objeto no existe independientemente del sujeto pensante.

Justo negó toda base filosófica al marxismo y acusó a Marx de ceder a las “negativas concepciones de Hegel”. Opuso un vulgar evolucionismo a la dialéctica revolucionaria de Marx. Defendió un pragmatismo acéfalo. Su camarada y discípulo, Nicolás Repetto, repitiendo al socialista austríaco Carlos Renner decía: “la lucha es lo fundamental y la doctrina sólo su reflejo cerebral en la teoría”.¹³⁶

Para Juan. B. Justo la teoría de la plusvalía era “una ingeniosa alegoría”, un simple artificio destinado a demostrar la existencia de la explotación capitalista.

El positivismo fue en muchos países europeos la expresión de un movimiento anticlerical que pugnaba por emancipar a las masas de la sumisión a las jerarquías eclesiásticas y a su conservadurismo, base ideológica del poder de los sectores feudales y semif feudales. En la argentina, en parte, ejerció igual papel contra la ideología clerical propia de un sector de la oligarquía, pero tuvo, a la vez, una influencia fuertemente reaccionaria, porque la oligarquía liberal argentina adhirió a él como una forma de ad-

135. Rodolfo Ghioldi, *Escritos*, Buenos Aires, Anteo, tomo I, 1975, pág. 125 *in fine*.

136. Rodolfo Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967, tomo III, pág. 52.

hesión ideológica al imperialismo europeo, principalmente al anglo-francés, del que se fue transformando en apéndice (apéndice, ya que su existencia y desarrollo como clase dependía en última instancia de la existencia y el desarrollo de aquél). Esta ideología liberal positivista ganó a la intelectualidad socialista argentina e impregnó al partido socialista de una visión pequeñoburguesa del progreso (la visión determinista-idealista que sobre el progreso tenían los positivistas) y los hizo adherir al esquema “civilización o barbarie” de esa oligarquía transformando al PS en el ala izquierda del proyecto oligárquico. El desprecio de los positivistas por lo particular y lo singular y su tendencia a inmovilizar el proceso histórico se expresó en el desdén de los socialistas argentinos por la historiografía concreta y esto estrechó, a su vez, las posibilidades de una integración creadora del marxismo con la revolución argentina.

¿Por qué creció tanto el reformismo en la argentina? Para Julio Godio por la “formación de capas privilegiadas en la clase obrera”¹³⁷ y por la formación de una numerosa pequeña burguesía urbana volcada a las profesiones liberales que encontraba en la libertad política “garantías para su propio progreso”.

La explicación de Godio no es satisfactoria. La formación de una capa de obreros privilegiados en la argentina fue muy débil para explicar el desarrollo de ese partido. La argentina oligárquica no pudo nunca ser comparada, en este aspecto, a los países metropolitanos, en donde se constituyó una gruesa capa de aristocracia obrera.

Es más concreta la explicación de Llallemant: “los elementos propulsores del partido socialista son ideólogos burgueses que no están dispuestos a cruzar un determinado Rubicón, en realidad no pueden estar dispuestos a hacerlo”.¹³⁸ Esos jefes del socialismo, según Llallemant, se habían pasado a comienzos del siglo XX al campo del revisionista italiano Turati. Esto condicionado por dos elementos claves: la estructura del movimiento obrero argentino (multilingüe, con una gran cantidad de ex campesinos ita-

137. Julio Godio, Ob. Cit. pág. 51.

138. Leonardo Paso, *Selección de artículos de Germán Ave Llallemant*, ed. Cit. pág. 205.

lianos y españoles muy difíciles de ganar para el socialismo, con obreros extranjeros apartados del proletariado criollo por múltiples prejuicios fomentados por las clases dominantes, trabajando en talleres casi artesanales y conservando muchos la aspiración a subir en la escala social por un camino pacífico como habían soñado al inmigrar, etc.) y la subordinación ideológica del partido socialista a las elaboraciones teóricas de la socialdemocracia europea (condicionadas por el predominio bernsteiniano en la II Internacional), infestadas de reformismo y revisionismo en esos años de desarrollo relativamente pacífico del capitalismo.

Los socialistas se consideraban representantes del “proletariado inteligente y sensato”, hablaban siempre de “transformación social” y nunca de revolución, utilizando un sinónimo insustituible del concepto de evolución. Como consecuencia de esta grosera desviación reformista en el PS, creció el anarquismo.

Los sindicalistas

Al multiplicarse las organizaciones obreras apareció una corriente sindicalista que tendió a diferenciarse de socialistas y anarquistas. Editaron un periódico: *La Unión Gremial*, y levantaron un programa propio. Defendieron la posibilidad de organizar una huelga general.

La corriente sindicalista creció a principios de siglo adquiriendo formas orgánicas más definidas y transformándose en una de las fuerzas más importantes del movimiento obrero argentino.

IV

EL GIGANTE DE PIE

En los primeros años del siglo XX el movimiento obrero argentino y sus organizaciones gremiales y políticas dieron un nuevo salto adelante.

Las luchas, poco a poco, dejaron de ser sólo luchas aisladas de un determinado gremio, para pasar a ser luchas generalizadas, de toda la clase contra todos los patrones y el Estado de éstos. Se produjeron las primeras huelgas generales. La clase obrera se irguió, como tal, frente a todas las otras clases sociales.

Las luchas económicas se fueron combinando con las luchas políticas. Creció el Partido Socialista. Pero su desarrollo mostraba, simultáneamente, todos los síntomas degenerativos del reformismo y el revisionismo que predominaban, abiertamente, en su dirección.

Creció el anarquismo como expiación de los pecados reformistas del Partido Socialista. También por las mismas razones, en oposición a la dirección del Partido Socialista surgió y se desarrolló el sindicalismo revolucionario. Y aparecieron fuertes corrientes contestatarias del reformismo de la dirección en el seno de este partido.

Entre 1876 y 1897 entraron al país 1.370.662 inmigrantes; 792.187 declararon ser agricultores.¹³⁹ Comenzaron a surgir las primeras grandes fábricas.

El capital monopolista extranjero penetró profundamente en la economía nacional y pasó a controlar las palancas claves de ésta. Se explotaba en forma generalizada el trabajo infantil y femenino por salarios míseros. La masa de inmigrantes se hacina-

139. Ricardo Falcón, ob. cit., pág. 67.

ba en los conventillos pagando alquileres que insumían la cuarta parte del salario. En ellos la mortalidad infantil era dos veces y media superior a la general.

En 1877 el barco *Le Frigorifique* llevó a Europa el primer cargamento de carne fresca argentina. De 1862 a 1866 hubo una matanza total de 8.300.000 bovinos de la que sólo se aprovechó la carne del 40%. En 1883, Eugenio Terrasón, argentino, fundó en San Nicolás el primer frigorífico. Trabajó exclusivamente ovinos y tuvo una vida efímera. En 1883 se instaló en Campana el *The River Plate Fresh Meat Co.* En 1883-1884 la Compañía Sansinena fundó en Avellaneda *La Negra*. En 1886 se instaló en Campana el *Frigorífico Las Palmas*. Entre 1902 y 1905 se instalaron cinco frigoríficos más y, en 1907, el *Swift*, el *Armour* y *La Blanca* con capitales yanquis. A partir de 1900 decayó el interés por el ovino y se desarrolló la industria frigorífica.

Para 1900 el total de personas ocupadas en la industria y servicios era de 200.000. El 80 % se concentraba en la Capital Federal.

La primera huelga general estalló en noviembre de 1902. Comenzó con la negativa de los estibadores del puerto de Buenos Aires a cargar bolsas —de cereales y frutos del país, de azúcar, lienzos de lana, etc.— de más de 100 kilos, exigiendo cargar pesos entre 65 y 70 kilos. La Federación Nacional de Estibadores extendió la lucha a Campana, San Nicolás, Bahía Blanca, Zárate y posteriormente a Rosario. En Zárate, luego del ametrallamiento por la Prefectura Marítima de una columna obrera, la huelga se extendió a los obreros de la carne y a los papeleros, que fueron a la lucha en solidaridad con los portuarios. Poco después hicieron lo mismo los panaderos. Triunfaron los portuarios en Bahía Blanca, pero continuó el conflicto en Buenos Aires y Rosario. La Cámara de Comercio cedió y los obreros conquistaron un importante triunfo. El 17 de noviembre fueron a la huelga los cinco mil obreros del Mercado Central de Frutos en Barracas al Sur. Exigían: abolición del trabajo a destajo, jornada de nueve horas, aumento de salarios, equiparación de pesos a cargar con los exigidos por la Federación de Estibadores. La huelga estalló en un momento difícil para la patronal, por ser época de cosecha, y el gobierno apoyó a ésta enviando soldados y peones rompehuelgas. Eso generó la lucha solidaria de los estibadores y los conductores de carros.

El 21 de noviembre se lanzó la huelga de los conductores de carros, agrupados en la Federación de Rodados, organización que era el centro del trabajo de los anarquistas en el puerto. La chispa se había iniciado en el lugar clave de la economía argentina e incendió al resto. El movimiento se extendió a otros gremios y se paralizó el transporte y el trabajo portuario.¹⁴⁰

Los anarquistas impulsaron la lucha con decisión, aunque limitados por sus ideas espontaneístas. Su firmeza logró superar el reformismo del Partido Socialista. Este trató de desvincularse de los hechos generados, apoyándose en su tesis sobre la huelga general: un “acto descabellado y absurdo” debido a la acción de “tenebrosos propagandistas de la violencia incapacitados para la noción de la realidad”.¹⁴¹

El rol canallesco del reformismo socialdemócrata apareció con claridad en esa gran lucha y creó condiciones objetivas para el surgimiento de la corriente del sindicalismo revolucionario.

El 22 de noviembre la Federación Obrera Argentina lanzó la huelga general. El puerto de Buenos Aires se paralizó. No funcionaron tranvías ni otros medios de locomoción por lo que las fábricas y comercios comenzaron a cerrar al mediodía. La policía y el ejército ocuparon las calles. El gobierno del general Roca envió a las Cámaras dos proyectos de ley: uno implantando el estado de sitio otro facultando al Poder Ejecutivo a expulsar del país a los “agitadores” extranjeros, la tristemente famosa ley 4.144, derogada recién en 1958, pero reemplazada desde 1962 hasta hoy por diversas leyes de migraciones. Ambos proyectos fueron aprobados en pocas horas por las Cámaras”.¹⁴² Se desencadenó una brutal represión sobre el movimiento obrero, especialmente sobre los lí-

140. Carlos Echagüe, *Las grandes huelgas*, Buenos Aires, CEAL, 1971, pág. 20.

141. *Ibid.*, pág. 21. Para Jacinto Oddone la declaración de la huelga general por la Federación Obrera Argentina fue causa “de perturbación y de desquicio” que “impidió”, en vez de facilitar, “el triunfo de los barraqueros”.

142. “De aquí en más una veta ideológica pseudo nacionalista y oligárquica, expresión directa del odio del oligarca, del oficial superior del ejército y el alto funcionario al obrero inmigrante comenzará a perfilarse como una corriente aglutinadora en el interior de las fracciones de las clases dominantes. La xenofobia antiobrera adoptará la forma inicial de rechazo al inmigrante “indeseable” para ir tomando perfiles más definidos con el repudio abierto a las ideologías socialistas.” (Julio Godio, ob. cit., pág. 145).

deres anarquistas. Se clausuraron periódicos y locales obreros. El ejército ocupó plazas y calles.¹⁴³ Se detuvo a centenares de obreros y se deportó, entre ellos, a cientos de extranjeros.¹⁴⁴

La huelga general de 1902 fue derrotada. Pero su sola realización representó un salto inmenso para el movimiento obrero. Fue semilla de futuras luchas y triunfos porque comprobó, por primera vez en forma tan contundente, a través de la experiencia directa de grandes masas explotadas, la enorme fuerza de combate que poseía el proletariado y su potencialidad revolucionaria en el caso de desplegarse unificada y organizadamente. Se desenmascaró aún más el carácter del Estado oligárquico y la necesidad de disponer de una fuerte organización para poder enfrentarlo. Generó mejores condiciones para desnudar ante las masas obreras el carácter burgués del parlamentarismo reformista de los socialistas, que procuraban insertar al movimiento obrero en las instituciones parlamentarias del Estado oligárquico con la promesa de una utópica evolución futura al socialismo. La huelga de 1902 prestigió en el movimiento obrero a los anarquistas, en detrimento de los socialistas que enfrentaban los planteamientos de huelga general. Comenzaron también a hacerse evidentes las falencias de las tendencias espontaneístas y antiorganizadoras del anarquismo. Surgieron, consecuentemente, nuevas corrientes contestatarias en el socialismo y en el anarquismo.

Conquistas del movimiento obrero

La derrota de la huelga general de 1902 no aplacó la protesta obrera. Entre 1903 y 1904 se triplicaron las huelgas respecto de los dos años anteriores. En 1904 se realizó una huelga general ferroviaria y huelgas de los obreros azucareros y de la carne.

El 31 de agosto de 1902 se había realizado en Pergamino un congreso de centros obreros de Zárate, Campana, Baradero, Rosario, San Nicolás, Peyrano, Alsina, Pergamino, Junín y La Plata, representando a 3.400 obreros, con el fin de tratar la propaganda

143. "El ejército y la marina no tuvieron durante todo ese tiempo otra misión que cuidar los intereses patronales. En cada huelga de alguna importancia, eran los soldados los que intervenían para desbaratar las aspiraciones de los trabajadores sustituyéndolos en sus tareas." (Jacinto Oddone, ob. cit., pág. 57).

144. Carlos Echagüe, ob. cit., pág., 21.

y la organización de los obreros del campo para obtener mejoras en las condiciones de trabajo de siega y trilla.

El 25 de mayo de 1901 el congreso constituyente de la Federación Obrera Argentina había unificado a socialistas y anarquistas. La FOA se declaró independiente y autónoma de ambas organizaciones políticas. La FOA dio un fuerte impulso al movimiento gremial y en 1902 realizó su Segundo Congreso.¹⁴⁵

El movimiento obrero fue imponiendo una disminución de la jornada de trabajo, que para 1905 en la Capital Federal no superaba, en general, las diez horas. Los gremios mejor organizados, al terminar la primera década del siglo, habían conquistado las ocho horas de trabajo en las ciudades. Se fue ganando el descanso dominical. También se conquistaron mejores salarios y se fue unificando la lucha de todo el movimiento obrero por la jornada de ocho horas.¹⁴⁶ En 1904 el gobierno de Roca, a través de su ministro Joaquín V. González, envió al Congreso un proyecto de legislación obrera que reconocía la jornada de ocho horas, el descanso dominical, la indemnización por accidente de trabajo y otras reivindicaciones obreras. Todo esto a cambio de una “reglamentación de las sociedades obreras” que prohibía las huelgas e intentaba sujetar el movimiento obrero al control estatal.¹⁴⁷ Julio Godio, llevado por su inocultable admiración a la oligarquía roquista, califica a ese proyecto como un “intento modernizador y populista dentro de la oligarquía”.¹⁴⁸ El proyecto de Joaquín V. González obedeció en realidad a la línea de Roca de negociar con los socialistas y ofrecer algunas reformas al movimiento obrero, a cambio de reprimir du-

145. Rubens Íscar, *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, Anteo, 1958, pág. 61 y siguientes.

146. *Ibíd.*, pág. 68.

147. “...su esencia era netamente reaccionaria, pues mientras acordaba todos los privilegios al capitalismo, negaba los más elementales a los obreros (...) lo que explica la tenaz oposición del proletariado organizado, que determinó su fracaso, después de una intensa campaña de agitación.” (Alfredo Fernández, *El movimiento obrero en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, (s. f.), pág. 116). El proyecto de Joaquín V. González contó con la colaboración de varios miembros del PS: Marcelino Ugarte, E. del Valle Iberlucea y Augusto Bunge. José Ingenieros aprobó el proyecto desde París. Dentro del Partido Socialista, el sector de Gabriela Laperrière de Coni y de Lorenzo, se opuso.

148. Julio Godio, ob. cit., pág., 148.

ramente a los anarquistas y las luchas, que comenzaban a aterrizar a las clases dirigentes. Ya no bastaba la represión para detener al movimiento huelguístico y el crecimiento de las organizaciones sindicales. Por ello, como señaló el mensaje del Poder Ejecutivo al Congreso acompañando al proyecto de Joaquín V. González (6-5-1904) esta ley se proponía “contribuir a evitar las agitaciones de que viene siendo teatro la República desde hace algunos años pero muy particularmente desde 1902, en que ellas han asumido caracteres violentos y peligrosos para el orden público”.¹⁴⁹

En 1904 el ingeniero Juan Biale Massé había sido enviado al interior para investigar las condiciones de trabajo. Su informe¹⁵⁰ se transformó en una denuncia sobre la feroz explotación de los trabajadores en nuestro país a principios de siglo y en un alegato reformista en favor del mejoramiento de las condiciones de trabajo de las masas explotadas.

En el Segundo Congreso de la FOA el predominio anarquista impuso resoluciones sectarias que produjeron el retiro de la misma de numerosos gremios. Estos convocaron, en mayo de 1903, a un Congreso Gremial en el que participaron 41 organizaciones y crearon la Unión General de Trabajadores. Aquí predominaron las corrientes reformistas de origen socialista, aunque lo hacían en choque con militantes revolucionarios que defendían los principios marxistas. En cuanto a la FOA, realizó poco después su Tercer Congreso reforzando su rumbo sectario anarquista. En 1904, en su Cuarto Congreso, la FOA pasó a llamarse Federación Obrera Regional Argentina (FORA).

La FORA tuvo una línea de abstención ante los alzamientos armados radicales como el que estalló en 1905 contra el gobierno conservador. Por otro lado, y con diferentes argumentos, los socialistas también se apartaban de la búsqueda de acuerdos con el movimiento insurgente —de tipo putchista— de la pequeña burguesía y la burguesía radical.

Como vimos, el movimiento obrero se dividió en dos centrales sindicales y en ambas predominaban concepciones no marxis-

149. Carlos Echagüe, ob. cit., pág. 25.

150. Juan Biale Massé, *Estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1968.

tas que lo llevaron a serias derrotas. Pese a esto, la combatividad obrera se expresó en grandes luchas. En 1904, con motivo de una masacre de obreros en Rosario, la FORA declaró la huelga general para el 1 y 2 de diciembre, huelga a la que adhirieron la UGT y el Partido Socialista.¹⁵¹

En 1905 se desarrollaron, casi simultáneamente, los congresos de la FORA y de la UGT. El Congreso de la FORA (el Quinto Congreso) fijó una nítida orientación anarquista estableciendo como misión: “Inculcar a los obreros los principios económicos y filosóficos del comunismo anárquico”, y se negó a todo acercamiento unitario a la UGT. En cuanto al Congreso de esta última, marcó la aparición, abierta, de la corriente sindicalista que venía engrosando hacia unos años dentro del Partido Socialista y cuyos integrantes serían expulsados de ese partido en 1906. El Congreso de la UGT, propuso un Pacto de Solidaridad a la FORA.

Se conformaron, así, las corrientes anarquista, socialista reformista y sindicalista.

El 1 de abril de 1904 el Dr. Alfredo Palacios fue electo diputado por el Partido Socialista. Fue el primer diputado socialista de América Latina. Aprovechó el voto por circunscripciones y el apoyo miritista, que tenía por fin impedir el triunfo de los autonomistas en la circunscripción de la Boca. El triunfo de Palacios reforzó aun más la tendencia electoralista y parlamentaria del Partido Socialista.

Huelgas y represión

En 1904 los obreros de los frigoríficos La Negra y La Blanca, en Avellaneda, realizaron una gran huelga por la conquista de las 8 horas de trabajo, el descanso dominical, aumento de salarios y otras mejoras. Consiguieron aumentos salariales.

1905 fue un año de cruel represión al movimiento obrero. El gobierno impuso el estado de sitio luego del alzamiento radical de ese año, y lo utilizó para perseguir al movimiento sindical, clausurar locales y prohibir la prensa obrera (esto pese a que el Partido Socialista repudió el alzamiento, al que llamó “deplorable espectáculo” de la “fracción política llamada radical”). La manifesta-

151. Carlos Echagüe, Ob., cit., pág. 22, 23 y 24.

ción del 1º de Mayo no pudo realizarse en esa fecha por el estado de sitio, y ante la prohibición del jefe de policía, coronel Fraga, de llevar banderas rojas, se dejó sin efecto un acto el 7 de mayo. Se pudo hacer el día 21 y participaron no menos de cuarenta mil personas, según *La Protesta*. Esta manifestación fue reprimida, con un saldo de dos muertos y veinte heridos graves.

El 17 de enero de 1905 la UGT de Córdoba realizó su primer Congreso. Las organizaciones proletarias habían adquirido fuerza allí.

Entre 1906 y 1910 creció el movimiento huelguístico extendiéndose a varias provincias, pero teniendo siempre su centro en la Capital Federal.

En 1906 los sindicalistas ganaron la dirección de la UGT. El surgimiento del sindicalismo revolucionario creó las condiciones para la unificación del movimiento obrero y hubo gestiones para ello tanto desde la UGT como desde la FORA. En numerosas ocasiones ambas organizaciones se unen para acciones y luchas conjuntas, hasta la unidad en la CORA en 1909. Unidad que duró poco, porque en octubre del mismo año el sector anarquista decidió mantener la FORA.

El Congreso de 1906 de la UGT “se ocupó de la necesidad de organizar a los obreros del campo”, de realizar una intensa propaganda “para minar la disciplina del ejército y descomponer las instituciones estatales”.¹⁵²

En 1907, en solidaridad con una gran huelga en Rosario, la FORA y la UGT declararon la huelga general que se prolongó desde el 25 hasta el 27 de enero. El 2 y 3 de agosto, en solidaridad con huelguistas de Ingeniero White (Bahía Blanca), que fueron alevosamente baleados por la marinería (primero cuando realizaban una reunión en el local de la Casa del Pueblo y luego cuando enterraban los restos de un obrero asesinado), la FORA y la UGT declararon la huelga general del 2 y 3 de agosto de 1907, huelga acatada por la masa obrera y que contó en el caso de White y Bahía Blanca con el apoyo de sectores de capas medias.¹⁵³

152. Alfredo Fernández, ob. cit., pág. 134.

153. Según el Departamento Nacional del Trabajo en 1907, en Alemania hizo huelga el 3 por mil de su población; en Inglaterra poco más de esa cifra; en Austria el

La represión y la mala organización, producto esta última de la línea anarquista (su repudio al “autoritarismo” y su deslumbramiento por el espontaneísmo) llevaron al fracaso otra huelga general decretada para el 13 y 14 de enero de 1908. Sobrevino un reflujo en la actividad del movimiento obrero. Esto se superó en 1909 cuando se pasó a la contraofensiva en la lucha reivindicativa.

El nuevo ascenso de luchas floreció en la huelga general que siguió a la feroz represión del 1° de mayo de 1909. Ocho muertos y cuarenta heridos fue el saldo de la manifestación anarquista que se desarrollaba en Plaza Lorea de Buenos Aires. Las dos centrales obreras, la FORA y la UGT, y los sindicatos autónomos designaron un comité de huelga unificado y declararon la huelga general.

El movimiento de lucha se inició el 3 de mayo y duró ocho días. Fue la huelga general más grande de la época. Hasta los teatros suspendieron sus funciones. Se extendió a algunas ciudades del interior. Tuvo gran repercusión internacional; hubo manifestaciones solidarias con la huelga en Brasil y Uruguay. Se ha incorporado a la historia del movimiento obrero bajo el nombre de “la huelga general de la semana de Mayo”.¹⁵⁴ Más de 200.000 personas acompañaron los restos de los muertos en la represión del 1° de mayo. El sepelio fue reprimido, matando a varias personas.

La represión policial, dirigida por el tristemente célebre Coronel Falcón, fue feroz. La ciudad de Buenos Aires fue ocupada por el ejército que cooperó con la policía en la represión. Junto a ésta, bandas de “nacionalistas” —“niños bien” de la oligarquía— asaltaron los locales obreros e hicieron incursiones del tipo de los “progroms” europeos en los barrios judíos. Incendiaron círculos culturales y bibliotecas obreras. Pero el movimiento no pudo ser aplastado. El gobierno accedió a negociar con los huelguistas llegándose a un acuerdo por el que se reabrieron los locales obreros, se dio libertad a los detenidos por la huelga (ochocientos obreros habían sido apresados) y se derogó el Código de Penalidades de la Municipalidad de Buenos Aires, Código que rechazaban los obreros del rodado. Por primera vez el gobierno debió pactar con

7 por mil; en Italia el 13 por mil y en la Argentina el 32 por mil de la población (Alfredo Fernández, ob. cit., pág. 138).

154. Rubens Íscar, ob. cit., pág., 84.

los obreros sobre la base de una huelga general cuyos principales protagonistas fueron los anarquistas y los sindicalistas. Fue éste un gran triunfo del movimiento obrero.

El 25 de setiembre de 1909 se realizó el *Congreso de Fusión Sindical* con 48 sindicatos (10 eran de la FORA y concurrieron individualmente). Con este Congreso se disolvió la UGT y se constituyó la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA). En forma paralela se mantuvo la FORA,

El 14 de noviembre de 1909 un anarquista, Simón Radowitzky, arrojó una bomba contra el carruaje en el que viajaban el jefe de policía, coronel Ramón Falcón y su secretario, matando a ambos. Esa misma noche el gobierno decretó el estado de sitio por dos meses en todo el territorio de la república. “Suprimidas las garantías constitucionales y los derechos, la vida de los habitantes estuvieron como siempre a merced de la policía, que llevó a cabo cuanto abuso y violencia pasaron por su imaginación”.¹⁵⁵

Entre 1905 y 1910 se produjeron algunos actos terroristas que tuvieron mucha repercusión. En 1905 un atentado fallido de Salvador Planas contra el presidente Quintana. En 1908 el de Francisco Solano Rejis contra Figueroa Alcorta; y el 14 de noviembre de 1909 el atentado mortal contra el jefe de policía Falcón. La lucha por la libertad de Radowitzky fue, durante muchos años, bandera de las organizaciones obreras.

En 1910, durante los días previos a los festejos del centenario de la Revolución de Mayo, el gobierno volvió a reprimir. El 8 de mayo tuvo lugar una gigantesca manifestación de 70.000 trabajadores, en protesta por los malos tratos a los presos en la Penitenciaría Nacional. La CORA (Confederación Obrera Regional Argentina, recientemente constituida por un pacto entre sindicalistas de la UGT y sindicalistas autónomos) declaró la huelga general para el 18 de mayo, fecha que había establecido la FORA si el gobierno no había satisfecho las reivindicaciones exigidas en el mitin del 8 de mayo. El gobierno “pasó al ataque: el 13 de mayo empezaron las detenciones en masa. El 14 se decretó el estado de sitio y se desató un verdadero terror policial”.¹⁵⁶ Fueron apresados

155. Jacinto Oddone, ob. cit., pág. 117.

156. Carlos Echagüe, ob. cit., pág. 32.

más de dos mil obreros, cien deportados y otros tantos confinados en Ushuaia.

El 27 de junio se sancionó la ley de Defensa Social para reprimir al movimiento sindical. Fue una ley semejante a las que posteriormente sancionaron los gobiernos fascistas. Incluyó nuevas medidas contra la inmigración anarquista y socialista, prohibió las organizaciones anarquistas, cercenó el derecho de reunión y de prensa para el movimiento obrero, castigó con prisión la incitación a la huelga y con la pena de muerte los atentados terroristas, e instituyó como procedimiento el juicio sumario basado en el informe policial de los hechos. Así conmemoró la oligarquía el centenario de la Revolución de Mayo: con estado de sitio y las cárceles repletas de obreros. Los fuegos artificiales que conmemoraron el Centenario y los festejos carnavalescos que realizó la oligarquía gobernante no pudieron tapar esa realidad.

En estas condiciones fue creciendo una corriente revolucionaria dentro del movimiento sindical y del Partido Socialista. Comenzó a perfilarse una tendencia política de izquierda que reivindicó el marxismo y el carácter clasista del socialismo.

Convergencia obrero-campesina

Para 1914 el censo consignó la existencia de 421.201 trabajadores en 48.000 establecimientos industriales.¹⁵⁷ El 51,10% de estos trabajadores era argentino. Existían grandes empresas, pero en general estaban desperdigados en pequeños talleres. La mayoría eran obreros “al borde del artesanado o un campesino que acababa de proletarizarse”.¹⁵⁸ Hacían crisis los sindicatos constituidos por oficio que congregaban a un número reducido de obreros calificados y no encuadraban a las grandes masas. La tasa de sindicalización era baja. En general no más del 20%. Esta característica del movimiento sindical argentino se mantuvo hasta la década del cuarenta. Pero en momentos de agitación social la capacidad de movilización de los sindicatos era mucho mayor. Tenían un gran peso los trabajadores portuarios, ferroviarios y del transporte en

157. Rubens Íscarro, ob. cit., pág. 91.

158. Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, Buenos Aires, CEAL, 1984, pág. 15.

general. En el interior existía un proletariado miserable, superexplotado con formas serviles o semiserviles en los quebrachales, la yerba mate, los ingenios azucareros, las grandes chacras de viñedos en Cuyo y una gran masa de jornaleros golondrinas en el Litoral.

En los años inmediatamente posteriores al Centenario el movimiento obrero volvió a reactivarse. En 1911 hubo conflictos importantes de ferroviarios, marítimos y otros gremios.

El salario de los obreros en general oscilaba entre los 2,50 y los 3 pesos. Algunos obreros llegaban a ganar 5 pesos por día con jornadas de 14 y 16 horas. Según una encuesta del Departamento de Trabajo, el total de gastos para una familia de cuatro personas era entonces de \$ 124. Los obreros que ganaban 2,50 pesos por día cobraban, con 25 días de trabajo al mes, \$ 62,50, teniendo entonces un déficit de \$61,50. Los que ganaban \$3 por día, sufrían un déficit de \$ 49.¹⁵⁹

En 1912 los ferroviarios sostuvieron una huelga por cincuenta y cuatro días. Esta huelga tuvo serios defectos organizativos: no se desarrolló la solidaridad en amplia escala y, principalmente, los dirigentes se despreocuparon de los obreros de vías y obras, tráfico y talleres. La huelga fue quebrada, pero los ferroviarios aprendieron de esa experiencia y posteriormente se avanzó en la organización de todo el personal ferroviario. También se consiguió que la empresa imperialista moderara el trato con el personal y se limitara el horario de trabajo.

En junio de ese mismo año estalló en Alcorta la protesta campesina. La tierra estaba acaparada por la oligarquía terrateniente. La mayoría de las explotaciones agropecuarias eran trabajadas por arrendatarios y aparceros. La explotación de los arrendatarios era tremenda. Como admitió la comisión especial que formó el gobierno radical de Santa Fe durante la huelga agraria “*se les exprime como a limones*”.¹⁶⁰ En 1910, un alzamiento campesino en Macachín, La Pampa, fue el antecedente del Grito de Alcorta. En Macachín los campesinos exigían la abolición de los contratos esclavistas y los pagarés en blanco. Pese a la represión militar el movimiento de Macachín triunfó.

159. José Peter. *Crónicas proletarias*, ed. cit., pág. 79.

160. Arturo M. Lozza, *Tiempo de huelgas*, Buenos Aires, Anteo, 1985, pág. 128.

La huelga campesina de 1912 estalló contra los altos arrendamientos y los contratos leoninos y se extendió rápidamente. Los campesinos exigieron no pagar más del 25% de las cosechas como arriendo.¹⁶¹ El gobierno de la oligarquía los reprimió con la policía y el ejército. Pero la lucha, que contó con la solidaridad activa del movimiento obrero, triunfó en agosto de 1913 y a su calor nació la Federación Agraria Argentina, que en 1914 inscribió en su programa la lucha por la Reforma Agraria.

Por un lado el país vivía un momento de desarrollo agrícola e industrial. En medio siglo la población se había multiplicado por cuatro veces y media. Según el censo de 1914 había 7.885.237 habitantes. Entre 1872 y 1915 la superficie cultivada pasó de 580.000 a 24 millones de hectáreas. La Argentina se convirtió en uno de los primeros exportadores de trigo, maíz y carne. La transformación del viejo capitalismo librecambista en capitalismo monopolista, que había comenzado con la crisis de 1873, se coronó a comienzos del siglo XX: “el capitalismo se ha transformado en imperialismo”.¹⁶² La Argentina se había constituido en un modelo de país dependiente: formalmente independiente, pero, en realidad, envuelta “en las redes de la dependencia financiera y diplomática”.¹⁶³

Se había reforzado la dependencia del imperialismo inglés. El nuestro fue un país disputado por las potencias imperialistas. Primero, a fines del siglo XIX, por Francia e Inglaterra, principalmente, y luego crecientemente, por Inglaterra, Alemania y Francia. Los yanquis penetraron fuertemente en la segunda década del siglo XX y ya para 1914 predominaban en la industria de la carne.

Creció la burguesía industrial y comercial, aunque lo hizo con el corset de hierro que le impusieron la oligarquía y la dependencia.

Se fueron dando las condiciones para que la lucha obrera empalmase con la creciente rebeldía campesina y con los sectores burgueses y pequeñoburgueses que tras las banderas del radicalismo enfrentaban al régimen conservador oligárquico. Era posible una convergencia obrero-campesina con las insurrecciones radicales.

161. Eugenio Gastiazoro, *Introducción al análisis económico-social de la historia argentina*, Buenos Aires, Ágora, 1986, tomo III, pág. 151.

162. V. I. Lenin, *Obras completas*, ed. cit., tomo 22, pág. 212.

163. *Ibíd.*, pág. 277.

En esas circunstancias la oligarquía maniobró hábilmente y eligió el camino de establecer, en 1912, la ley del sufragio universal que permitió, en 1916, el ascenso radical al gobierno. Eligió el mal menor y comprobó, en los hechos, que “no era tan fiero el león como lo pintaban” ya que los vasos comunicantes entre el Partido Radical y la oligarquía eran suficientes como para que ese triunfo electoral del radicalismo no significase, de ninguna manera, el fin del sistema oligárquico-imperialista en la Argentina (aunque, lógicamente, se recortasen en algo los beneficios de la oligarquía y el imperialismo gobernantes).

Crecen el proletariado y sus organizaciones

El Partido Socialista tenía en 1912 unos 4.000 cotizantes y su diario *La Vanguardia* tiraba unos 75.000 ejemplares. En 1912 logró 32.000 votos en la Capital e impuso dos diputados: Alfredo L. Palacios y Juan B. Justo. Su crecimiento era notable; pero también era sobresaliente el grado de degeneración reformista de su dirección. El triunfo de su lucha por el sufragio universal aceleró su senilidad revolucionaria.

Los sindicalistas de la CORA, luego de llamar en junio de 1914 a otro congreso de unidad (que fracasó por la no participación de la FORA) entraron en la FORA que, en 1915, realizó su IX Congreso. Un sector anarquista aprobó la unidad y la alianza con los sindicalistas revolucionarios, éstos ganaron la dirección de la FORA. Los anarco-comunistas restablecieron la que se llamó FORA del V Congreso.

El proletariado argentino crecía y admiraba por sus luchas huelguísticas. Pero carecía de un Estado Mayor capaz de llevarlo al triunfo en la lucha por el poder. Ni anarquistas ni socialistas eran capaces de transformarlo en vanguardia de las luchas emancipadoras antiimperialistas, o de la lucha antiterrateniente de las masas campesinas. Socialistas y anarquistas ignoraban la esencia del imperialismo moderno y negaban la importancia revolucionaria del movimiento campesino. Socialistas y anarquistas, por tanto, eran impotentes para organizar la fuerza revolucionaria capaz de resolver las tareas de la revolución agraria y antiimperialista y abrir, con su triunfo, el único camino para el objetivo

de la sociedad sin explotados ni explotadores a la que de palabra ambicionaban.

En los años de la primera guerra mundial el movimiento huelguístico conquistó muchas reivindicaciones. El triunfo radical, en 1916, facilitó, relativamente, algunas de esas conquistas, aunque la UCR se negó a reconocer legalmente a los sindicatos.

Entre esas luchas se destacó la huelga ferroviaria de 1917. Esta se inició el 24 de setiembre de 1917 en Rosario, por el despido de dos trabajadores de los talleres Pérez. La huelga arrastró, primero, a los obreros del Ferrocarril Central Argentino y luego a los restantes ramales del país. La Federación Obrera Ferrocarrilera, en una histórica declaración, ante la intransigencia de la patronal imperialista se manifestó dispuesta “a asumir la dirección y explotación de los ferrocarriles”. Desbordada la policía, el gobierno de Yrigoyen hizo intervenir al ejército y a la marina. La lucha fue sangrienta y las manifestaciones obreras —en las que participaban gran número de mujeres y niños— fueron reprimidas a balazo limpio (como sucedió en Junín y Mendoza). La lucha, que terminó el 17 de octubre de 1917, conquistó la jornada de ocho horas y otras reivindicaciones.

El 15 de diciembre de 1917 salieron a la huelga los obreros de los frigoríficos La Negra y La Blanca, de Avellaneda, luego de una gran asamblea en el teatro Roma de esa ciudad. Exigían la jornada de 8 horas (en 1915, después de feroz represión, había sido derrotada la lucha de los obreros de la carne de Berisso por las 10 horas), aumento de salario, provisión de ropa de trabajo por las empresas, protección contra accidentes, medidas de higiene en las secciones, mejor trato por capataces y jefes, etc. Las empresas frigoríficas acumulaban ganancias millonarias a costa de la superexplotación obrera: ganancias líquidas del 30 al 50% *por año* en relación al capital realizado.¹⁶⁴ La delegación que entregó el petitorio de reivindicaciones a la patronal fue acompañada por numerosos trabajadores; la policía reprimió a éstos causando dos muertos y varios heridos. Se realizaron entonces grandes manifestaciones obreras de protesta. Se extendió la huelga, que duró entre dos y tres meses. Fue brutalmente reprimida. José Peter, en sus *Crónicas proletarias*, da numerosos ejemplos sobre esa

164. José Peter, ob. cit., pág. 89.

represión en que la policía y los elementos al servicio de las empresas cometieron todo tipo de atropellos, incluidos asesinatos, violación de obreras, torturas, etc. Los ferroviarios y marítimos dieron amplia solidaridad a los obreros de la carne, negándose a trasladar tropas a Berisso y no consintiendo en cargar barcos de los frigoríficos. Fueron asesinados —por la policía y la marina— decenas de obreros; los cadáveres de muchos de ellos fueron guardados en las cámaras frías del frigorífico Swift, en Berisso.

La huelga grande de los obreros de la carne de 1917 fue derrotada. Pero dejó enseñanzas para futuras batallas de clase: especialmente la necesidad de una organización sindical estable, permanente, asentada en las secciones de las empresas. La patronal debió, además, realizar concesiones al movimiento obrero.

En esos años posteriores a 1915 se produjo una fuerte tendencia a la sindicalización. Se remontó el retroceso posterior a la represión de 1910. Luego del triunfo radical de 1916, hubo un fuerte crecimiento de la FORA del IX Congreso, que adquirió dimensión nacional. Los socialistas y sindicalistas revolucionarios fueron fuertes en los sindicatos de la industria del mueble, en la construcción de vehículos, la rama de la imprenta y entre los municipales. A partir de la segunda década del siglo lograron organizar a los ferroviarios. Los anarquistas dominaban en la alimentación, la construcción y el vestido, y dirigieron siempre a los portuarios, a los conductores de carros, carrozas y la Unión de Choferes. También predominaban entre los gastronómicos. Anarquistas, socialistas y sindicalistas revolucionarios se equiparaban en metalúrgicos, calzado, industrias químicas, hilados y tejidos.¹⁶⁵

La FORA del IX Congreso avanzó en la organización de los obreros de los quebrachales, las estancias patagónicas, los de la yerba mate. También en la de los empleados estatales y los maestros. Se organizaron las primeras federaciones de industria (molineros, marítimos, ferroviarios, del calzado, tanino, etc.). De 41.124 cotizantes por año, 1916, la FORA del IX Congreso pasó a 158.796 en 1917, a 428.713 en 1918. De 70 sindicatos adheridos en 1916 tenía 350 en 1918.¹⁶⁶

165. Edgardo Bilsky, ob. cit., pág. 21 y 22.

166. *Ibid.*, pág. 24 y 25.

V

LOS SINDICALISTAS REVOLUCIONARIOS

Entre 1903 y abril de 1906 se desplegó en el Partido Socialista la que Ratzer¹⁶⁷ llama tercera lucha de líneas. Sus protagonistas fueron, por un lado, la dirección reformista del PS y, por otro, los sindicalistas revolucionarios.

En el V Congreso del Partido Socialista realizado en julio de 1903 aparece una tendencia de izquierda que se consolida para el VI Congreso, realizado en 1904 en la ciudad de Rosario. En este último se replanteó el tema de la violencia como método de lucha, en determinadas circunstancias, en términos similares al debate de 1896.

Un grupo de intelectuales, obreros y artesanos socialistas se fueron agrupando en la oposición a Juan B. Justo y la dirección del PS. Los encabezaba el obrero gráfico Luis Bernard. Entre los intelectuales que adhirieron se destacaron Gabriela L. de Coni, Julio Arraga, Emilio Troise y Bartolomé Bossio. Fueron apoyados por el secretario general del PS, Aquiles S. Lorenzo. Al atraer a sus posiciones a gran parte de los cuadros sindicales del PS, pese a ser expulsados de este partido, pudieron ganar la dirección de la Unión General de Trabajadores en su Cuarto Congreso, realizado en diciembre de 1906 (véase cap. IV).

Los sindicalistas revolucionarios se opusieron al abandono de la lucha gremial por la dirección socialista y a sus posiciones reformistas sobre el Estado. En la votación para renovar a los miembros del Comité Ejecutivo del PS en 1905, fueron reelectos con amplia mayoría Gabriela L. de Coni, Arraga, Troise y Loren-

167. José Ratzer, *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit., pág.47 y siguientes.

zo. Esto llevó a la renuncia a los restantes miembros del Comité Ejecutivo, y a los miembros de la redacción y administración de *La Vanguardia*, incluido Juan B. Justo, quienes se consideraron censurados por su lucha contra el sindicalismo. Los sindicalistas revolucionarios, no obstante, decidieron no aceptar sus cargos en la dirección del partido, considerando que aún eran minoritarios, lo que les impediría toda dirección real. Ante esta situación se llama a una nueva elección y surge una dirección colegiada con Lorenzo como secretario general, pero con minoría sindicalista.¹⁶⁸ En abril de 1906 fueron expulsados del Partido Socialista y crearon la Agrupación Socialista Sindicalista.¹⁶⁹ Pero su influencia en el movimiento obrero argentino perduró durante décadas. En la segunda década del siglo lograron organizar a los ferroviarios con lo que tuvieron un gran peso en el movimiento obrero organizado. Ganaron para sus posiciones a los dirigentes de la Federación Obrera Marítima (FOM) y tuvieron gran influencia entre los obreros calificados.

El debate entre socialistas y sindicalistas revolucionarios dentro del Partido Socialista coincidió con la polémica entre revolucionarios y reformistas en el movimiento socialista y obrero internacional, de la que fue parte la discusión entre bolcheviques y mencheviques en Rusia, y la de los sindicalistas revolucionarios europeos con la dirección reformista de la Segunda Internacional. Sin embargo, como señala Ratzler, la polémica entre los sindicalistas revolucionarios argentinos y los líderes justistas comenzó a partir de problemas nacionales y sólo posteriormente los primeros adherieron a las tesis del sindicalismo revolucionario europeo, sintetizadas en la Carta de Amiens de la CGT de Francia y defendidas por Georges Sorel.

Los sindicalistas veían en el sindicato no sólo el instrumento de la lucha reivindicativa de los obreros, sino también el que sirve para preparar su emancipación total, utilizando como medio

168. Edgardo Bilsky, *La FORA y el movimiento obrero*, Buenos Aires, CEAL, 1985, tomo II, pág. 171.

169. En el Séptimo Congreso del Partido Socialista se votó una declaración propuesta por Repetto "invitando a los sindicalistas a retirarse del Partido", que resultó aprobada por 882 votos contra 222. Véase Jacinto Oddone, ob. cit., tomo II, pág. 178.

de acción la huelga general. Para ellos el sindicato es la única organización efectivamente revolucionaria. El sindicato, planteaban, de organización de resistencia de los explotados pasará a ser, con el triunfo de la lucha obrera, el grupo de producción y de distribución, base de la reorganización social. Téngase presente que para los sindicalistas el acto supremo de la revolución consistía en la transformación de la propiedad privada en propiedad colectiva de los productores; hecho que —según ellos— actuaría no en la sustitución del modo de *producción* capitalista por otro socialista, sino en la modificación radical del modo de *distribución*. La gestión de los asuntos públicos sería hecha por los sindicatos.

Los sindicalistas reconocían la libertad de los adherentes a los sindicatos para participar en las organizaciones políticas que desearan, pero siempre que no introdujesen esas opiniones en el sindicato.¹⁷⁰ Propusieron una autonomía total del movimiento obrero respecto del mundo burgués; vincularon el avance del reformismo con la presencia de los intelectuales en los partidos obreros, puesto que éstos, por su origen social y su práctica, favorecerían el espíritu de tutelaje del movimiento obrero. Se oponían al parlamentarismo, por reformista y opuesto a la lucha de clases. Antes de ganar la dirección de sindicatos y de la UGT sólo creaban agrupaciones sindicales, para coordinar la acción en los sindicatos y realizar la labor de propaganda, ya que criticaban la construcción de partidos socialistas.

Para después de producida la revolución —con el instrumento de la huelga general—, su consigna era “todo el poder a los sindicatos”, como medio de impedir cualquier dictadura, aun la de un partido que pretendiera actuar en nombre del proletariado.

A partir de 1907 pasaron a negar toda labor parlamentaria o electoral; rompieron con los criterios organizativos que arrasaban del Partido Socialista, disolviendo incluso la agrupación

170. El artículo 29 de los estatutos de la Unión Sindical Argentina dirigida por los anarco-sindicalistas prohibió a los miembros del secretariado y del Comité Central ser candidatos a funciones políticas. Por aparecer en una lista de precandidatos del Partido Comunista en las elecciones comunales fue destituido del CC de aquella organización sindical, surgida en 1922, el dirigente del PC Pedro Chiarante. Véase Pedro Chiarante, *Memorias*, Buenos Aires, Fundamentos, 1976, pág. 61.

sindical que habían constituido para no mantener ninguna organización externa al sindicato, y criticaron la propia idea de programa porque éste, “como síntesis de los fines políticos de una organización implica una formulación ideológica (...) ajena a la acción revolucionaria que se desprende de la lucha cotidiana en el marco sindical (...), implica la introducción de ideologías extrañas a la clase obrera”.¹⁷¹

Las tesis del sindicalismo revolucionario fueron una mezcla de concepciones marxistas y anarquistas con ideas filosóficas bergsonianas.¹⁷² Estas últimas se oponen al materialismo en general y al materialismo dialéctico en particular: niegan la existencia del mundo objetivo fuera de la conciencia del hombre. La teoría de Bergson es profundamente antiintelectual e idealista. Para Bergson el verdadero conocimiento de las cosas sólo es posible mediante el proceso intuitivo. Para él sólo la intuición —no la inteligencia en su aspecto racional— crea el conocimiento emergiendo de lo que él llama impulso vital, flujo o devenir; su famoso élan. Para el marxismo, el verdadero conocimiento es función de la inteligencia racional y de los métodos que ella crea. Para Bergson sólo la intuición y el instinto captan la esencia misma de la vida.

El gran teórico internacional del sindicalismo fue Georges Sorel.¹⁷³ Para Sorel el sindicalismo revolucionario no es, como se lo acusa, “la primera forma confusa del movimiento obrero del que éste se deberá desembarazar, a la larga, como un error de juventud”; es, por el contrario, “el producto de un mejoramiento operado por los hombres que han venido a contener una desviación hacia las concepciones burguesas”.¹⁷⁴

171. Edgardo Bilsky, *La FORA y el movimiento obrero*, ed. cit., tomo II, pág. 142.

172. Sería uno de los fundadores de la corriente sindicalista, Emilio Troise, el que sometería a una crítica profunda y original las teorías filosóficas de Bergson, a la luz del marxismo. Véase Emilio Troise, *Materialismo dialéctico*, 2a. ed., Buenos Aires, Hemisferio, 1953, pág. 57 y siguientes.

173. El pensamiento de Sorel tuvo resonancia en el movimiento obrero mundial durante muchos años. De él dijo Gramsci: “es tortuoso, convulsivo, incoherente, superficial, sibilino, etc.; pero da o sugiere puntos de vista originales, halla nexos impensados pero verdaderos, obliga a pensar y a profundizar”. Véase Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y La filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Lautaro, 1958, pág. 111.

174. Georges Sorel, ob. cit., pág. 57.

Sorel consideraba utópico y reaccionario todo plan preestablecido y coincidiendo con las tesis filosóficas de Bergson —del “impulso vital”, el élan bergsoniano— abandonaba la resolución de la lucha social a lo irracional, a la espontaneidad.

Para Sorel la huelga general tiene el valor mitológico de la catástrofe del mito apocalíptico cristiano y es el mito en el que “el socialismo se encierra enteramente”.¹⁷⁵ Concentraba todo el socialismo “en el drama de la huelga general”.¹⁷⁶

Los sindicalistas revolucionarios eran antiestatistas, por lo que coincidieron en cuestiones esenciales con el anarquismo. En sus orígenes planteaban una lucha antiestatal a ultranza y se negaban a todo contacto con el poder político de la burguesía y a toda concesión que pudiese prestigiar al Estado. Tenían como línea “descomponer las instituciones estatales”. Se declararon antiestatales por lo que sostuvieron, en la declaración de principios de la Unión Sindical Argentina que, “un Estado fuerte proletario sólo se concibe ejerciendo un partido político la tutela de los intereses de la clase trabajadora”.¹⁷⁷

El método de lucha que plantearon los sindicalistas fue la *acción directa*, “desde la huelga, el boicot y el sabotaje, hasta los movimientos insurreccionales y la propia revolución social”.¹⁷⁸ Sólo el sindicato, para ellos, podía interpretar las aspiraciones de los trabajadores. El sindicato “es el embrión de la nueva sociedad donde el trabajo permanecerá libre de todo monopolio”.¹⁷⁹ Por eso el partido, concebido como organización electoral de la clase obrera, debe subordinarse a la organización sindical. Inicialmente se burlaban de la afirmación de que el movimiento socialista marcha sobre dos piernas: la sindical y la política, sosteniendo que era así, pero que esta última “era de palo”. Fueron evolucionando hasta plantear que el rol del partido es “circunstancial y transitorio”,

175. *Ibíd.*, pág. 182.

176. *Ibíd.*, pág. 173. La revolución rusa de 1905 y la de 1917 permitieron a los marxistas revisar la concepción de la huelga general, de la huelga política de masas, como arma típica del proletariado en los períodos de auge revolucionario, superando las concepciones estrechas del anarquismo y las concepciones reformistas.

177. *Bandera proletaria*: selección de textos, Buenos Aires, CEAL, 1985, pág. 17.

178. *Ibíd.*

179. *Ibíd.*, pág. 19.

útil sólo como “organización electoral de la clase obrera” y debiendo subordinarse a la organización sindical. Luego eliminaron totalmente de su arsenal la lucha política.

El sindicalismo revolucionario en la Argentina con el tiempo fue cambiando algunas de sus concepciones. La experiencia de la lucha de clases en el país contradujo muchas de las tesis bergsonianas y sorelianas en las que se apoyaban. La llamada Semana Trágica, en 1919, enseñó que la “espontaneidad (...) suele ser siempre más hermosa que eficaz” y que “la revolución, pues, es apremiante cuestión de organización. Trabajar por ésta es trabajar por aquélla, amar a una equivale amar a lo otro”.¹⁸⁰

También, con el tiempo, los sindicalistas revolucionarios fueron pasando de la admiración inicial a la Revolución Rusa, a la oposición a la misma. Y de la defensa de las tesis de la lucha de clases y la acción directa, a posiciones de colaboración de clases y claro reformismo.

A partir de su línea “todo el poder a los sindicatos” como garantía para evitar una dictadura luego de la revolución social, y de sus posiciones antiestatistas, fueron críticos de la Rusia comunista: ésta, dijeron, “es gobernada actualmente por un partido político que ha negado su revolucionarismo al usurpar los derechos del proletariado”.¹⁸¹

La “capacitación” de la clase obrera es uno de los núcleos principales del pensamiento sindicalista, como escribe Bilsky en la obra ya citada. Capacitación que debía incluir la de carácter técnico, para que, llegado el momento, el proletariado “sepa cumplir su cometido sin mayor esfuerzo”.¹⁸² Por lo que los sindicalistas revolucionarios se preocuparon de que los obreros estudiaran problemas estadísticos y técnicos.

La “capacitación” de la clase obrera en la concepción sindicalista, como señala Bilsky¹⁸³ tenía dos momentos, y es importante detenernos aquí para encontrar una de las matrices ideológicas de su posterior degeneración reformista. Un momento del aprendizaje es

180. *Ibid.*, pág. 74 y 75.

181. *Ibid.*, pág. 33.

182. *Ibid.*, pág. 35.

183. Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, ed. cit., pág. 55.

la acción cotidiana, el combate por las reivindicaciones, a través del cual el obrero visualiza a su enemigo —el sistema capitalista— y se prepara para destruirlo. El otro momento es el de la mencionada capacitación técnica para cuando tomara a su cargo la dirección de la producción. Señala Bilsky que “a lo largo de su evolución, los sindicalistas revolucionarios concebirán de distinta manera estos dos momentos del «aprendizaje»”.¹⁸⁴ Inicialmente acentuaron el primer momento y formularon la línea de la huelga general con carácter insurreccional. Pero, posteriormente, al alcanzar la unificación sindical con sectores anarquistas y fortalecer sus posiciones, le dieron a la huelga general un carácter defensivo que demandaba se la ejerciese con “inteligencia y energía para rechazar las agresiones del capitalismo y del Estado”; y exigieron a los sindicatos adheridos a la central sindical, consultar al Consejo Federal antes de lanzarse a cualquier lucha que pudiese comprometer a otros sindicatos, prohibiendo toda acción solidaria con organizaciones no adheridas a la central. Esta idea se fue asociando “a la idea de fortalecimiento de las «instituciones obreras», esto es de los sindicatos, como opuestas a las instituciones del Estado y de la clase capitalista en general”.¹⁸⁵ Es decir: defensa del sindicato como institución en sí y adhesión a una concepción evolucionista del proceso social, rechazando la visión de la revolución social a través de la huelga general revolucionaria. Esto y su rechazo a la política los llevó a irse adaptando a la vida en “democracia” bajo el yrigoyenismo, que trabajó hábilmente para separarlos de los sectores revolucionarizados del anarquismo. Su neutralismo político terminó justificando la mesa de negociaciones radical siempre que se salvaguardase “la independencia de la clase obrera”.

Plantearon entonces, una línea evolucionista, de lucha por la transformación gradual de la correlación de fuerzas, ya que “el problema social resulta así de una lucha de instituciones donde una, la patronal, retrocede en su poder autoritario y despótico, mientras que al mismo tiempo la clase obrera se refuerza”.¹⁸⁶ Desde esta concepción, defendieron el “control obrero” de la producción y experimentaron “consejos de fábrica” en la industria del calzado.

184. *Ibíd.*

185. *Ibíd.*

186. Opinión de Julio Arraga, mencionada por Bilsky en la obra citada, pág. 56.

VI

EL PARTIDO COMUNISTA

“La corriente marxista no había muerto en el seno del Partido Socialista...”
(José Ratzler, *El movimiento socialista en Argentina*,
Buenos Aires, Ágora, 1981, pág. 93).

A comienzos de siglo la dirección reformista del Partido Socialista fue impugnada por la corriente sindicalista revolucionaria (cap. V).

Posteriormente, una corriente nacionalista criticó las posiciones justistas de conciliación con el imperialismo. Sus principales líderes fueron Alfredo L. Palacios (defensor de un nacionalismo latinoamericanista de raíz liberal y reformista) y Manuel Ugarte. Fuera del Partido Socialista, esta corriente tuvo el apoyo de José Ingenieros.

Palacios y Ugarte, sobre todo este último, enfrentaron las posiciones cosmopolitas de la dirección del Partido Socialista que llegaban a ser proyanquis y proinglesas, y propiciaron el combate antiimperialista y la unidad de los pueblos latinoamericanos. José Ratzler hizo en su libro *El movimiento socialista en Argentina*, en apretada síntesis, el balance de los grandes aportes de José Ingenieros al movimiento socialista en la Argentina, así como del peso y las consecuencias que sus errores tuvieron en el mismo.

La dirección del Partido Socialista reivindicaba como justas las guerras coloniales, la penetración colonialista en África, el desmembramiento de Colombia y la edificación del estado de Panamá para que el imperialismo hiciese pasar por allí su canal, apoyaba la intervención yanqui en Cuba, etc. Ugarte, que levantó

las banderas del combate antiimperialista, fue entonces acusado por la dirección del Partido Socialista de exhibir “el espantajo del imperialismo yanqui” en vez de tratar de “aprender del gran pueblo norteamericano”.¹⁸⁷

La polémica entre marxistas y reformistas no cesó nunca en el seno del Partido Socialista; aunque desaparecidos Lallemand y los marxistas del 90 esta corriente parecía haberse esfumado. En la segunda década del siglo XX la corriente marxista reapareció y volvió a expresarse en el Partido Socialista.

En 1911 los jóvenes socialistas constituyeron el grupo La Acción, anexo al Centro Socialista de la sección segunda, y el Círculo Juvenil Socialista del Norte, en Buenos Aires. Allí colaboraron: Amadeo Zeme, Juan Ferlini, Luis Sous, Pecochea, Juan Clerc, los hermanos Barthalon, Biagi, Seco, López y otros.¹⁸⁸ Los jóvenes socialistas comenzaban a organizarse. En 1912 solicitaron la formación de la juventud socialista a escala nacional. En julio de ese año editaron un periódico al que llamaron *Palabra Socialista* y fundaron el Centro de Estudios Carlos Marx. En su mayoría estos jóvenes eran obreros manuales. El comité redactor del periódico lo formaron José Penelón, Martín Casaretto, José F. Grosso, Pablo Chanussot, Emilio González Mellen y Renato Cozzi. El 24 y 25 de mayo de 1916 las Juventudes Socialistas realizaron un Congreso y constituyeron la Federación de las Juventudes Socialistas.

1912 fue el año en que una prolongada huelga ferroviaria conmovió al país. El año de la revuelta campesina llamada “el Grito de Alcorta”. El año en que el gobierno de Sáenz Peña otorgó la ley de sufragio universal y el radicalismo triunfó en las elecciones en la provincia de Santa Fe. La fiebre electoralista ganó al Partido Radical.¹⁸⁹

Con el voto universal y los resultados electorales de 1912¹⁹⁰ los líderes del Partido Socialista, ebrios de reformismo, creyeron tocar el cielo con las manos. No fue por esa ley que “perdieron la cabeza”, y que “empezaron a creer que mediante las elecciones

187. Rodolfo Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*, ed. cit.

188. Emilio J. Corbière, *Orígenes del comunismo argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1984, pág. 16.

189. Eugenio Gastiazoro, ob. cit., tomo III, pág. 164.

190. *Esbozo de historia del Partido Comunista*, ed. cit., pág. 15.

y a través del parlamento podían ser alcanzados todos sus objetivos”, como plantea un autor soviético.¹⁹¹ Hacía ya muchos años que “habían perdido la cabeza”. Con el revisionismo sucede lo mismo que con la ignominia, como le dice Valentín a Margarita en el Fausto: “al principio, cuando nace... sale a la luz secretamente, cubriéndose con el velo de la noche. Pero va creciendo y formándose, y entonces, sin que por ello haya llegado a ser más hermosa, ya se presenta desnuda. Cuanto más repugnante se hace su rostro, tanto más ávidamente busca la luz del sol”.¹⁹² Con la Ley Sáenz Peña se produjo un fuerte crecimiento del Partido Socialista. Carlos Pascali (uno de los principales fundadores en 1918 del Partido Socialista Internacional) dice que en 1912 había en la provincia de Buenos Aires 15 centros del PS y que, un par de años después, eran más de 100.¹⁹³

Palabra Socialista reivindicó la defensa de la doctrina marxista y su oposición al pensamiento reformista del teórico alemán Bernstein. En su primer número (julio de 1912) se definió así los propósitos de la publicación: “En desacuerdo con el pensamiento reformista del teórico socialista alemán Bernstein de que en la lucha por la emancipación obrera «el movimiento es todo, y nada lo que se llama habitualmente la aspiración final del socialismo», nosotros entendemos que este movimiento, para responder real y fecundamente a los trascendentales fines de la doctrina marxista, debe cultivar con firmeza las concepciones fundamentales del socialismo, o de otro modo el ideal de la completa transformación social”; y agregaba más adelante: “en el movimiento obrero y socialista de esta república ya se ha dejado sentir la influencia de un extremo y no confesado «revisionismo práctico», y que, ante ella, es necesario sostener y propagar los conceptos íntegros, netos, lógicos de la grandiosa concepción socialista de Carlos Marx, no como apriorismos y formulismos doctrinarios estrechos, sino como juicios consolidados en la honda observación de la experiencia histórica, de imprescindible utilidad para la acción de la clase trabajadora”.¹⁹⁴

191. V. Goncharov, *El camarada Victorio*, Bs. Aires, Fundamentos, 1981, pág. 20.

192. Wolfgang Goethe, *Fausto*, Madrid, Ediciones Ibéricas, pág.123.

193. Emilio J. Corbière, ob. cit., pág. 61.

194. *Esbozo de historia del P. Comunista*, ed. cit., pág. 16. La cita es reproducida íntegramente por José Ratzer en *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit., pág. 99.

En 1914 la corriente marxista organizó el Comité de Propaganda Gremial. Su objetivo fue luchar contra las corrientes apolíticas en el movimiento obrero (anarquistas, anarco-sindicalistas, sindicalistas, etc.), organizar a los obreros desorganizados y ligar las luchas económicas con las políticas. Expresaron el renacimiento de la corriente marxista revolucionaria en el movimiento obrero argentino.

En 1914, la CORA (Confederación Obrera Regional Argentina) dirigida por los sindicalistas, se integró con la FORA luego de acordar con una fracción anarquista (cap. IV) y, en abril de 1915, se realizó el IX Congreso de la FORA. El Comité de Propaganda Gremial se opuso a la integración de la CORA en la FORA: como marxistas defendieron la independencia y la acción política de la clase obrera y se opusieron al neutralismo sindical en materia política que sostenían los sindicalistas. Producida la unificación, sus organizaciones se mantuvieron al margen, constituyendo un agrupamiento independiente que reunía a la Federación Gráfica Bonaerense y algunos sindicatos pequeños (fundidores y modelistas, confiteros, peluqueros, calzado, municipales, correos, textiles, tranviarios, etc.). Corbière plantea que el Comité organizó entre 1914 y 1917 a 16.671 trabajadores.¹⁹⁵ Bilsky considera exagerada esta cifra¹⁹⁶ porque la misma indicaría que el Comité organizó a más obreros que la FORA, que tenía entonces un número menor que ése de cotizantes. Puiggrós,¹⁹⁷ con argumentos banales, ridiculiza la afirmación del *Esbozo de historia del Partido Comunista* según la cual el Comité de Propaganda Gremial “organizó a miles de trabajadores”,¹⁹⁸ Sin embargo, la cifra dada por Corbière es extraída de la edición del 28 de junio de 1926 de *La Vanguardia* y ésta no tenía, como es obvio, opinión favorable a los organizadores del Comité. Fue precisamente la dirección del Partido Socialista la que enfrentó, frontalmente, al Comité de Propaganda Gremial, al que acusó de sectario y divisionista y abrió las páginas de *La Vanguardia* a los dirigentes de la FORA del IX Congreso para que polemizaran con los dirigentes del Comité.

195. Emilio J. Corbière, ob. cit., pág. 21.

196. Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, ed. cit., pág. 39.

197. Rodolfo Puiggrós, ob. cit., tomo III, pág. 84.

198. *Esbozo de historia del Partido Comunista*, ed. cit., pág. 17.

En 1917 la dirección del PS disolvió el Comité de Propaganda Gremial con el pretexto de que el movimiento sindical “es un movimiento autónomo que tiene sus fines y su táctica propias y que por eso el Partido, que lucha por fines exclusivamente políticos, no debe tener relaciones íntimas y directas con él”.¹⁹⁹ Se ordenó a los militantes del frente sindical integrarse a la FORA del IX Congreso.

José Ratzer cita la opinión de un integrante del grupo fundador del Partido Comunista —cuyo nombre no da—, que considera que la disolución del Comité de Propaganda Gremial procuraba empujar a Penelón y a Ferlini, dirigentes principales del mismo y miembros, a la vez, del Comité Ejecutivo del Partido Socialista, a dar un paso en falso que facilitase su expulsión del partido.

La polémica en torno a la guerra mundial y la participación argentina

Fue la cuestión de la posición del Partido Socialista y de la Argentina ante la guerra mundial y posteriormente ante el triunfo de la Revolución Rusa, lo que hizo manifestar, en toda su dimensión, las divergencias entre reformistas y revolucionarios.

“Se vivía en el Partido Socialista un clima de agitación y discusión. En los Centros se realizaban asambleas para discutir la cuestión de la guerra mundial y la posición que habían adoptado los bloques de diputados y senadores del Partido, como así también la actitud de la dirección de *La Vanguardia*.”²⁰⁰

Al contrario de lo que opinó Puiggrós,²⁰¹ ése era un debate que hacía a la sustancia del problema nacional; hacía a la dependencia y a las posibilidades de romper con ella. No era un calco del debate del proletariado europeo, aunque, como señala Ratzer,²⁰² tuviese formas polémicas exteriores semejantes. Era una discusión que se entretecía a partir de las tareas del proletariado en la

199. *Ibíd.*

200. Emilio Corbière, ob. cit., pág. 83. Opiniones dadas al autor por Rodolfo Ghioldi.
201. Para Puiggrós, “las divergencias internas se acentuaron hasta la irreconciliación *no en el terreno nacional*, sino con motivo de la guerra europea” (el subrayado es mío). Rodolfo Puiggrós, ob. cit., pág. 84.

202. José Ratzer, *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit., pág. 109.

cuestión nacional. Simplificando al máximo las posiciones pudo decir el *Esbozo de historia del Partido Comunista*:

“La mayoría de la dirección del Partido Socialista negaba el carácter colonial imperialista y reaccionario de esa guerra y abogaba porque nuestro país participara en la misma al lado de Inglaterra y Francia —sirviendo así los intereses de la oligarquía agropecuaria exportadora—; mientras que la minoría sostenía el principio de que se trataba de una guerra interimperialista para redistribuirse el mundo entre sí y que debido a ello el Partido debía sostener las resoluciones de la izquierda internacionalista de la socialdemocracia adoptadas en las conferencias de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916), que postulaban la lucha activa contra la guerra imperialista y por una paz socialista”.²⁰³

El debate en el movimiento obrero internacional

La Segunda Internacional se había pronunciado en varias oportunidades contra la guerra y había decidido votar en los parlamentos nacionales contra los créditos de guerra y realizar en contra de ésta, si estallaba, la huelga general internacional. Cuando se produjo la guerra fue incapaz de todo acto de protesta. Era una organización para tiempos de paz, minada por el reformismo y se embriagó, apenas comenzado el conflicto bélico, con el néctar envenenado del nacionalismo imperialista. Sus representantes en los parlamentos votaron a favor de la guerra imperialista y de los créditos de guerra. So pretexto de la defensa nacional sus líderes apoyaron a las burguesías imperialistas de sus países. Ligados por innumerables lazos a la burguesía, pasaron del revisionismo antimarxista a la traición abierta. Los elementos centristas, como Kautski, de palabra se declaraban contra la guerra, pero, en vez de votar contra los créditos de guerra, se abstendían en la votación y renunciaban a la lucha de clases mientras durase el conflicto.

Con el inicio de la Primera Guerra Mundial se derrumbó la Segunda Internacional.

Escribió Lenin: “El carácter relativamente «pacífico» del período comprendido entre 1871 y 1914 alimentó el oportunismo, pri-

203. *Esbozo de historia del Partido Comunista*, ed. cit., pág. 18.

mero como *estado de ánimo*, luego como *tendencia* y por último como *grupo* o *sector* de burocracia obrera y compañeros de ruta pequeñoburgueses. Tales elementos sólo podían subordinar al movimiento obrero reconociendo de palabra los objetivos revolucionarios y la táctica revolucionaria. Sólo podían conquistar la confianza de las masas jurando que todo el trabajo «pacífico» no era sino una *preparación* para la revolución proletaria. Esa contradicción era un absceso que alguna vez tenía que reventar y ha reventado”.²⁰⁴

Unos pocos hombres se mantuvieron fieles al marxismo en los partidos socialistas. Entre ellos los bolcheviques rusos que, en su lucha despiadada contra el zarismo, habían aprendido durante la revolución de 1905 a diferenciar a los marxistas revolucionarios de los reformistas.

Frente a la guerra interimperialista los bolcheviques levantaron la bandera de la lucha revolucionaria activa por la paz, de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil; de la derrota, en la guerra, del gobierno imperialista del propio país y de la organización de la Tercera Internacional.

Intentando reconstituir la Internacional revolucionaria, los internacionalistas se reunieron en Zimmerwald, Suiza, en setiembre de 1915. Lenin definió a esa reunión como el “primer paso” en el desarrollo del movimiento internacional contra la guerra. Allí estuvieron representadas todas las tendencias opuestas a la guerra: desde las reformistas pacifistas hasta las marxistas revolucionarias. La mayoría de los participantes en la reunión eran kautskianos, centristas, vacilantes entre la revolución y la traición a ésta, como mostrarían los años posteriores cuando volvieron, en su mayoría, a fusionarse con los socialchovinistas. La reunión aprobó un manifiesto contra la guerra imperialista.²⁰⁵ Lenin or-

204. V. I. Lenin, *Obras completas*, ed., cit., tomo 22, pág. 118.

205. La proclama de Zimmerwald dirigida a los proletarios de Europa decía que “sea cual sea la verdad sobre las responsabilidades inmediatas de la guerra, ésta ha sido un producto del imperialismo, o dicho de otro modo, un resultado de los esfuerzos de las clases capitalistas de todas las naciones para satisfacer sus avidedeces de lucro con la acaparación del trabajo humano y de las riquezas naturales del mundo entero. Esto conduce a que las naciones económicamente atrasadas y políticamente débiles, caigan bajo el yugo de las grandes potencias, cuya mira no es otra que cambiar a sangre y fuego la carta geográfica del mundo entero, para sus intereses de explotación”. El llamamiento que denunciaba duramente a los jefes

ganizó, en Zimmerwald, al grupo que se llamó “izquierda de Zimmerwald”, que aprobó una resolución internacionalista, rechazada por la Conferencia. Esta resolución señalaba no sólo la necesidad de desenmascarar el carácter imperialista de la guerra sino también el de trabajar en las trincheras por la solidaridad internacional, transformar las huelgas económicas en políticas y luchar contra la paz social, por la guerra civil.

La Conferencia de Zimmerwald constituyó una Comisión Socialista Internacional que fue, en la práctica, punto de reunión de la oposición y el núcleo organizador de una nueva Internacional.

En 1916 se reunió en Kienthal la Segunda Conferencia Internacionalista. Los grupos internacionalistas se habían multiplicado y habían crecido. En esta II Conferencia fue mayor el peso de la “izquierda zimmerwaldiana”, aunque tampoco se adoptaron las tesis bolcheviques.²⁰⁶

La ruptura

El gobierno argentino de Victorino de la Plaza, con una “celebridad notable”, como señala Gastiazoro²⁰⁷ decretó la neutralidad en la guerra.

Al inicio de la guerra “casi todo el mundo era «neutralista» en nuestro país”.²⁰⁸ Algunos lo eran por nacionalistas. La izquierda marxista en el Partido Socialista, por su oposición a la guerra. Otros por proalemanes (éstos tenían un gran peso en la economía y el Estado argentino). Sectores oligárquicos y proingleses, en función de sus intereses agroexportadoras y por negocios co-

socialistas, muchos de los cuales se sentaban al lado de los ministros burgueses “como rehenes para el mantenimiento de la Unión Sagrada”, llamaba al proletariado europeo a luchar por una paz “sin anexiones ni indemnizaciones de guerra” y a volver “al terreno de la irreductible lucha de clases” (Carlos Pereira, *La Tercera Internacional*, Montevideo, Editor Claudio García, 1920).

206. El manifiesto de Kienthal planteó que: “El fin de esta guerra es una nueva subdivisión de las actuales posesiones coloniales y la sumisión de los países económicamente retardados a la dominación del capital financiero”. Señaló que la lucha por la paz consistía en luchar por la realización del socialismo. “La paz duradera será el fruto del socialismo triunfante” (Carlos Pereira, ob. cit.).

207. Eugenio Gastiazoro, Ob. Cit., tomo III, pág. 166.

208. José Ratzel, *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit., pág. 107.

munes con los alemanes aquí —como dice Gastiazoro en la obra citada—, también fueron “neutralistas”. Los sectores profranceses y probelgas, y luego de 1917 los sectores proyanquis, fueron abiertamente partidarios de la guerra. Una gran parte de la intelectualidad era aliadófila y exigía la ruptura de relaciones con Alemania,

La posición ante la guerra mundial se constituyó en el punto principal que dividía a las clases dominantes y a la opinión pública nacional. El gobierno de Yrigoyen mantuvo la neutralidad.

Hasta comienzos de 1917 el Partido Socialista se había pronunciado contra la guerra y por la no intervención de la Argentina en la misma. Incluso la denunciaba como obedeciendo a intereses de clase. Pero cuando el hundimiento del barco “Monte Protegido” por un submarino alemán desató una oleada belicista, la dirección del PS haciendo coro a los sectores oligárquicos que exigían defender el comercio exterior (Alemania había declarado “la guerra submarina sin restricciones” y advirtió que hundiría a toda nave que entrase a las zonas de bloqueo) reclamó la ruptura de relaciones con Alemania y el imperio austrohúngaro. La dirección del Partido Socialista aprobó también la entrada de los Estados Unidos en la guerra pese a que el Partido Socialista norteamericano la repudió.

La posición belicista del grupo parlamentario socialista ante el hundimiento del “Monte Protegido”, desencadenó la crisis en el Partido Socialista. En su Comité Ejecutivo un sector representado por Penelón, Muzio y Ferlini levantó las banderas internacionalistas. Fue respaldado por la oposición izquierdista que dirigía el grueso de las juventudes socialistas, por las fuerzas gremiales y por Luis Emilio Recabarren, el obrero tipógrafo, socialista chileno, que tendría un rol destacadísimo en la organización de los núcleos internacionalistas en nuestro país, Chile y Uruguay.

La controversia, como está detalladamente narrado por José Rätzer,²⁰⁹ obligó a la dirección del PS a convocar el 28 y 29 de abril de 1917 el Tercer Congreso Extraordinario que se realizó en el salón “La Verdi”. Los internacionalistas (fundamentando su posición neutralista y pacifista en la defensa de los principios in-

209. *Ibid.*, pág. 112.

ternacionalistas del socialismo y en la lucha de clases) ganaron el Congreso, derrotando a la corriente de Justo, Repetto y De Tomaso. Pero, pese a esto, la representación socialista en el Parlamento votó —junto a los antiyrigoyenistas— la ruptura de relaciones con Alemania. La violación de la resolución del Tercer Congreso Extraordinario empujó a los internacionalistas a la lucha abierta contra la traición de la dirección del PS a los principios socialistas, y constituyeron el Comité Prodefensa de la Resolución del Tercer Congreso Extraordinario. Esto fue tomado como pretexto por Juan B. Justo y el grupo reformista para dividir al partido, expulsando a los internacionalistas, e incluso al grupo centrista —Palcos, Pascali, Cartey, entre otros— que se había unido a los internacionalistas en el Congreso de “La Verdi”, pero oscilaban entre los dos grupos contrapuestos.

Los expulsados del Partido Socialista convocaron a un congreso para constituir otro partido. Cuando se preparaba este congreso triunfó la Revolución Socialista en Rusia: el acontecimiento más grande de la historia contemporánea.

El triunfo de la Revolución Rusa definió aún más las posiciones de los revolucionarios y los reformistas. Iluminó con luz enceguedora el rostro lleno de lacras del reformismo revisionista, exponiéndolas a la contemplación pública de todos los obreros revolucionarios del mundo. Permitted trazar una línea demarcatoria, aun más clara, en la polémica que había dividido al Partido Socialista; y tornó embarazosa la posición de los elementos centristas que oscilaban entre uno y otro sector socialista.

Los internacionalistas editaron desde agosto de 1917 *La Internacional*, que se pronunció, desde el primer número, por el socialismo revolucionario y contra Bernstein. Su director fue José Penelón. Se propuso difundir el socialismo sobre la base de la lucha de clases, el internacionalismo y la crítica marxista a la sociedad burguesa. Los internacionalistas empalmaron con los bolcheviques, el ala aún minoritaria del socialismo ruso, y ya el 14 de setiembre de 1917 plantearon en *La Internacional*:

“Lenin y Kerenski aprecian muy distintamente el problema a cuya solución concurren. Se comprende que los métodos utilizados por ellos sean también distintos. ¿Cuál método será más proficuo en resultados de valor fundamental y permanen-

te? En nuestro concepto no puede ser más que uno: el de Lenin (...). Hay que destruir la causa para evitar los efectos. Y como ella reside en la estructura económica de la sociedad burguesa es necesario que aquélla se modifique fundamentalmente, lo cual, como es natural, no ha de efectuarse con la aquiescencia de aquellos a quienes la modificación perjudica, sino a pesar y en contra de ellos. He aquí por qué estamos con Lenin y no con Kerenski”.²¹⁰

La mayoría de la dirección del Partido Socialista, por el contrario, apoyaba a Kerenski y condenaba a Lenin y a los bolcheviques. Para De Tomaso los bolcheviques eran sólo “un pequeño grupo de refugiados políticos socialistas formado en Suiza que obedecían al agitador Lenin”.²¹¹

Al producirse la Revolución Rusa, el 7 de noviembre de 1917, los internacionalistas la defendieron acaloradamente. Empalmaron en esta posición con gran parte de los sindicalistas revolucionarios (Julio Arraga, Emilio Troise, Bartolomé Bossio, Aquiles Lorenzo, entre otros) que apoyaron desde su inicio a la Revolución Rusa, y con un sector anarquista.²¹²

Todos los testimonios de la época subrayan el profundo impacto que la Revolución Rusa produjo en las masas explotadas de la Argentina. Esos acontecimientos marcaron para siempre a los militantes que en los años posteriores organizaron el Partido Comunista. Según Victorio Codovilla, estaba trabajando en la casa de comercio de la que era empleado, cuando el estallido de bombas de estruendo —medio que utilizaba el diario *La Nación* para anunciar noticias sensacionales— lo llevó a abandonar el trabajo.

210. *Esbozo de historia...*, ed., cit., pág. 19. Según Goncharov ese artículo fue “escrito por Codovilla” (V. Goncharov, ob. cit., pág. 26). La afirmación de Goncharov (sugerida seguramente por el propio Codovilla) llama la atención, dado que, si bien Codovilla era tesorero de la cooperativa que editaba *La Internacional*, jugaba aún un rol secundario en el grupo dirigente de los internacionalistas.

211. *Esbozo de historia...*, ed. cit., pág. 19.

212. En la FORA del IX Congreso, donde militaban los sindicalistas revolucionarios, hubo una corriente fuerte de simpatía a la Revolución Rusa, que se expresó en la declaración de solidaridad y adhesión aprobada por su Décimo Congreso, en diciembre de 1918, antes de entrar a considerar el orden del día. En cuanto a la FORA del Quinto Congreso, se proclamó en 1920 “comunista”, para diferenciarse de la del Décimo Congreso y como símbolo de su simpatía por la Revolución Rusa.

La multitud se agolpaba ante las pizarras del diario que anunciaban: “*Los bolcheviques tomaron el poder*”. Dice Codovilla: “No retorné ese día a mi ocupación. Me mezclé entre los grupos e intervine apasionadamente en las discusiones. ¡Había triunfado el socialismo! ¡La Revolución Rusa era la primera revolución socialista triunfante en el mundo!”.²¹³

“Sí, sí, se acrecentó en la clase obrera la impresión de que la revolución de los «maximalistas» se iba a extender a todo el mundo.

“Mucha gente despertó políticamente. Lo primero que se planteó fue la solidaridad con la Revolución de Octubre. Había una disputa en las corrientes que actuaban en el movimiento obrero para ver a quién correspondía el patrocinio de esa solidaridad (...) en Casilda hubo un paro de veinticuatro horas en solidaridad con la Revolución de Octubre (...) Personalmente, decidí mi suerte política con la Revolución de Octubre”.²¹⁴

“Un sol en la noche oscura, un relámpago que ilumina el camino. Eso fue para nosotros, además de muchas otras cosas, la revolución de los obreros, campesinos y soldados que derrocó definitivamente a la burguesía de un país que casi no conocíamos llamado Rusia (...) nos pareció la realización de un sueño, de esos que uno cree que jamás se harán realidad”.²¹⁵

La fundación

El 5 y 6 de enero de 1918, en el salón “20 de Setiembre” de la ciudad de Buenos Aires, se realizó el Congreso constitutivo del que primero se llamó Partido Socialista Internacional y luego Partido Comunista, “La «gran prensa» los ignora, no les dedica ni una línea”,²¹⁶ “En el Congreso estuvieron representados veintidós centros que contaban 750 afiliados”.²¹⁷

213. Citado por V. Goncharov, ob. cit., pág. 29.

214. Opiniones de Florindo Moretti citadas por Arturo Lozza en *Tiempo de huelgas*, ed. cit., pág. 174.

215. Pedro Chiarante, *Memorias*, ed. cit., pág. 31.

216. Emilio J. Corbière, ob. cit., pág. 41.

217. Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983, pág. 14. Según el *Esbozo de historia del Partido Comunista* (ed. cit., pág. 25), estuvieron representados 766 afiliados.

La mesa del Congreso fue integrada por José Penelón (presidente); Juan J. Pereyra (vicepresidente 1°); Aldo Cantoni (vicepresidente 2°); Rodolfo Schmidt y Atilio Medaglia (secretarios).

Las deliberaciones del Congreso han sido detalladas por José Ratzler.²¹⁸ Se analizó la situación nacional e internacional, se aprobó una declaración de principios y los estatutos, y se dirigió un manifiesto a la clase obrera y el pueblo. Se decidió la participación en las elecciones de 1918.²¹⁹ El Congreso eligió el Comité Ejecutivo del PSI, integrado por Juan Ferlini (668 votos); José F. Grosso (664); Aldo Cantoni (629); Guido A. Cartey (604); Pedro Zibecchi (593); Luis E. Recabarren (562); Carlos Pascali (311); José Alonso (304); Emilio González Mellén (287) y Arturo Blanco (265). Como suplentes fueron electos Nicolás Palma (278); Atilio Medaglia (270); Rodolfo Schmidt (265); Francisco Docal (257); Victorio Codovilla (224) y Lorenzo Rano (215). La dirección de *La Internacional* recayó en José F. Penelón.²²⁰

El Congreso aprobó un Manifiesto fundacional del Partido. En sus últimos párrafos decía:

“Un ardiente e impetuoso soplo revolucionario parece cruzar triunfante por el planeta. Ha comenzado en Rusia y se extiende hacia todos los rincones del mundo. Su móvil: la instauración del socialismo. Con la mirada elevada en tan alto ideal, queremos ser en esta sección de América, los agentes eficientes, activos, de esta hondísima transformación revolucionaria.

218. José Ratzler, *El movimiento socialista en Argentina*, ed. cit., pág. 138 y siguientes.

219. Sobre este tema se votaron dos mociones: una de Recabarren—que obtuvo 603 votos a favor— que proponía utilizar las elecciones para afirmar sus principios internacionalistas, y otra de Codovilla —quien participó en el Congreso representando a la minoría de su centro que había aceptado la representación proporcional— que se oponía a la participación para que el naciente partido se dedicase a tareas de organización, propaganda y en el campo gremial. Y porque habiendo afirmado los internacionalistas que, en cuanto a la guerra “la clase obrera está de nuestro lado”, se preguntaba Codovilla: “¿ratificarán esta afirmación los próximos comicios si el PSI concurre a ellos? (...) desgraciadamente la inconsciencia es muy grande aún entre las filas proletarias...”. La moción de Codovilla obtuvo 84 votos, y una intermedia (concurrir sin candidatos), 48. Ésta crónica corresponde al periódico *Juventud* (Buenos Aires, enero de 1968) primer ejemplar como órgano del Comité Central del futuro Partido Comunista Revolucionario.

220. José Ratzler, *El movimiento socialista...*, ed. cit., pág. 140.

“Proletarios: si deseáis estar a la altura del momento histórico y si no queréis traicionar vuestros propios intereses, ¡alistasos en nuestras filas!

“¡Hombres y mujeres, enérgicos y esclarecidos, que visionáis fervientemente una sociedad más justa sin explotados ni explotadores, sin guerras ni tiranos, aportad vuestros esfuerzos a la emancipación proletaria que importa la emancipación y reconciliación de toda la humanidad!

“¡Viva el socialismo internacional!”²²¹

Rodolfo Puiggrós²²² cita el *Informe dirigido a la internacional Socialista* por el recién formado Partido Socialista Internacional —que lo editó con el título de *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*— en el que se reproduce la Declaración de Principios “idéntica a la del Partido Socialista” y el Programa Mínimo “semejante al de todos los Partidos Socialistas del mundo”. El programa mínimo subrayaba que la lucha por él “será a condición de aborarlo, de empapararlo, por decirlo así, de la levadura revolucionaria del programa máximo...”.

Puiggrós destaca, en esos documentos, los puntos que demuestran la incomprensión de los dirigentes del partido recién constituido respecto de la cuestión nacional. Entre otros: “Repudio enérgico y condena global de toda manifestación de nacionalismo. Los verdaderos intereses de la clase trabajadora son siempre netamente internacionales. Los llamados «intereses nacionales» coinciden siempre con los intereses de la burguesía, pero nunca con los del proletariado de cada nación”. “Repudio del himno nacional, de la bandera, del escudo y demás símbolos patrios”. Nada tiene esto de extraño, ya que debieron pasar diez años antes de que, con la ayuda de la Internacional Comunista, los fundadores del que sería el Partido Comunista de la Argentina tuviesen claridad, no sólo sobre el carácter dependiente de la Argentina y del problema nacional, sino también sobre el rol del proletariado en la lucha por la liberación nacional, y las cuestiones de unidad y lucha con la burguesía nacional en este terreno.

221. *Esbozo de historia...*, ed. cit., pág. 26.

222. Rodolfo Puiggrós, ob. cit., tomo II, pág. 89.

Los afluentes

Tiene mucha importancia considerar cuáles fueron los afluentes que confluyeron en la fundación del Partido Socialista Internacional (que en diciembre de 1920 cambió su nombre por el de Partido Comunista), para poder investigar los basamentos fundamentales de su política. Es cierto que al adherir en 1919 a la Internacional Comunista el nuevo partido sería moldeado por las orientaciones generales de aquélla. Pero la Internacional estaba obligada a amasar el pan con la harina que tenía, como se dice vulgarmente; obligada a trabajar con el material humano que integró el partido. Esto tiene relación con lo que Gramsci llamó —metafóricamente— el empleo del teorema de las proporciones definidas en la ciencia de la organización:²²³ lo que hace a cómo se combinan determinados elementos humanos, determinados cuadros con determinadas experiencias concretas; cómo “un «movimiento» o tendencia de opiniones se transforma en partido”;²²⁴ o cómo el partido prepara su equipo dirigente para la lucha y la toma del poder. Esto último exige, como afirma Gramsci, que sus dirigentes “hayan adquirido una determinada preparación”, ya que la existencia de condiciones objetivas para la revolución debe ser acompañada por partidos y hombres capaces de realizarla, a riesgo de tornar estériles esas mismas condiciones objetivas.

Las Juventudes Socialistas ingresaron en bloque en el nuevo partido. La Federación de Juventudes Socialistas realizó el 19 y 20 de enero de 1918 un Congreso Extraordinario y reconoció como único partido socialista al Partido Socialista Internacional. En esas Juventudes Socialistas tenía un rol destacado Rodolfo Ghioldi, dirigente del gremio docente, orador brillante y hombre de vasta cultura general y marxista. También actuaba en ellas Victorio Codovilla. Las Juventudes Socialistas defendieron desde

223. El teorema se resumiría así: “...los cuerpos se combinan químicamente sólo en proporciones definidas y toda cantidad de un elemento que supere la cantidad requerida por una combinación con otros elementos, presentes en cantidades definidas, queda libre; si la cantidad de un elemento es deficiente con relación a la cantidad de otros elementos presentes, la combinación sólo ocurre en la medida en que es suficiente la cantidad del elemento que está presente en menor cantidad que los otros”.

224. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, *Obras Escogidas*, Buenos Aires, Lautaro, 1962, tomo IV, pág. 106.

inicios de la segunda década del siglo el marxismo contra el revisionismo bernsteiniano. Fueron internacionalistas y partidarias de la lucha de clases. Combatieron el reformismo justista.

Simpatizaron con Lenin contra Kerenski. Sus dirigentes máximos, que integraron el Comité Ejecutivo del partido, fueron José Penelón y Juan Ferlini.

A esta corriente se sumó Luis Emilio Recabarren, dirigente — durante su breve tránsito por el país— de la Federación Gráfica Bonaerense.²²⁵

Otro afluente importante es el que José Ratzer denomina los “grandes viejos” del 90.²²⁶ Al parecer, casi todos ellos adhieren al

225. Luis Emilio Recabarren fue uno de los más notables dirigentes del movimiento obrero del Cono Sur de América Latina. Realizó una gigantesca labor de organización, educación y propaganda en el movimiento obrero chileno, argentino y uruguayo. Fue un incansable organizador de sindicatos y agrupaciones socialistas, primero, y comunistas después; fundador de periódicos, teatros y locales obreros. Perseguido por la justicia chilena —que lo había sentenciado a prisión por su labor gremial— emigró a la Argentina en 1906 y militó en el Partido Socialista colaborando en su prensa y en su frente sindical. En 1907 fue el encargado de polemizar con los anarquistas en el Congreso de Unificación de las Organizaciones Obreras, organizado por la FORA y la UGT; Recabarren representó en ese Congreso a la Federación Gráfica. En 1908 salió de la Argentina rumbo a Europa donde se vinculó al movimiento socialista europeo. Estuvo en Francia, Bélgica y España. A su regreso a Chile fue encarcelado y, posteriormente, en libertad, continuó su trabajo revolucionario. En 1915 presidió, en Valparaíso, el Primer Congreso del Partido Obrero Socialista que él había fundado en 1912 en Iquique. En 1916 Recabarren volvió a pasar por la Argentina y se reincorporó al Partido Socialista. En 1917 integró el ala internacionalista del socialismo argentino y se contactó con igual tendencia en el socialismo uruguayo. El 6 de enero de 1918 participó en el Congreso Constitutivo del Partido Socialista Internacional de la Argentina, del que fue su primer secretario general. Este año regresó a Chile. En 1919 impulsó su línea clasista y revolucionaria en la Tercera Convención Nacional de la Federación Obrera de Chile (FOCH), en Concepción. En 1920 participó en el III Congreso del Partido Obrero Socialista, en Valparaíso, que resolvió iniciar gestiones para incorporarse a la Tercera Internacional y cambiar su nombre por el de Partido Comunista de Chile. En 1921 fue electo diputado por Antofagasta. En 1922 participó en el IV Congreso del POS, en Rancagua, que adhirió a las 21 condiciones de la Internacional Comunista y ratificó su nuevo nombre de Partido Comunista de Chile. En octubre de 1922 viajó a la URSS. Volvió de allí reafirmado en sus posiciones de apoyo a la Revolución Rusa y convencido de que el proletariado había impuesto su dictadura en la sexta parte de la tierra. El 19 de diciembre de 1924, a la edad de 48 años se suicidó en Santiago. Una verdadera multitud concurrió a su entierro, en una de las manifestaciones populares más impresionantes que ha visto Santiago de Chile.

226. José Ratzer, *El movimiento socialista...*, ed. cit., pág. 144.

nuevo partido entre 1917 y 1920, salvo Carlos Mauli, que se incorporó junto a los llamados “terceristas” luego del congreso realizado por éstos en febrero de 1921.

También confluyeron los activistas sindicales, quienes habían integrado el Comité de Propaganda Gremial y militaban, al momento de la ruptura del Partido Socialista, en la FORA del IX Congreso, junto a los sindicalistas revolucionarios y un sector anarquista. El principal sindicato que dirigían era la Federación Gráfica Bonaerense (de la cual eran dirigentes José Penelón y Luis Recabarren); también dos o tres sindicatos chicos, y tenían influencia en el gremio municipal, empleados de correo, empleados de comercio y entre los docentes.²²⁷

En el Congreso del 5 y 6 de enero, que fundó el PSI, participaron y tuvieron un papel importante, los llamados “centristas” (Palcos, Pascali, Cartey, entre otros). Era un grupo que, como dice el *Esbozo de historia del PC*,²²⁸ “todavía abrigaba ilusiones respecto a la posibilidad de un acuerdo con la dirección del Partido Socialista —y que, por eso, no se sumó de inmediato a la lucha de los marxistas revolucionarios, sino que formó un grupo independiente—, en la esperanza de que su actitud conciliadora no le acarrearía medidas disciplinarias”. Al ser excluido del PS se plegó al grupo internacionalista.²²⁹

A partir de 1920 creció en el Partido Socialista una corriente que reclamó la adhesión del Partido Socialista a la Tercera In-

227. Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica*, ed. cit., pág. 23.

228. *Esbozo de historia...*, ed. cit., pág. 23.

229. Lenin mantuvo una posición intransigente en la cuestión del trato a los centristas. El documento que convocó al Primer Congreso de la Tercera Internacional Revolucionaria planteó que: “Los socialistas minoritarios, convertidos en centristas, y actualmente sometidos a la jefatura de Kautski, forman un órgano compuesto de elementos siempre vacilantes, incapaces de una dirección fija y que han acabado por cometer actos de verdadera traición”; y que “la táctica debe consistir en separarlos de los elementos revolucionarios, criticar despiadadamente a sus jefes quitándoles las máscaras con que se ocultan, y dividir sistemáticamente este grupo en dos fracciones” (Carlos Pereira: *La Tercera Internacional*, ed. cit., pág. 98). Se trataba de deslindar aguas, claramente, con los oportunistas. Esta fue una cuestión central en la ruptura de varios partidos socialistas, la constitución de los futuros partidos comunistas y su entrada a la Internacional. Véase, por ejemplo, la discusión en el Congreso de Tours del que surgió el Partido Comunista de Francia en el libro de Phillippe Robrieux: *Histoire intérieure du Parti Communiste*, París, Fayard, 1980, tomo I, pág. 22.

ternacional por lo que fue llamada “tercerista”. Organizaron el grupo Claridad y editaron un órgano propio.²³⁰ Fueron parte de un fenómeno mundial posterior a la creación de la Tercera Internacional. Llegaron a tener mucha fuerza, como señala Ratzer. Su líder principal era Enrique del Valle Iberlucea, un dirigente que combatió a los internacionalistas en la cuestión de la guerra mundial, luego defendió a la Revolución Rusa y los bolcheviques y, posteriormente, al ganar la dirección del Partido Socialista el Congreso de Bahía Blanca que discutió la adhesión a la Tercera Internacional (por 5.013 votos contra 3.653), acató esta decisión y se volvió a unir a la dirección reformista. Constituyeron un grupo heterogéneo, con elementos consecuentes y muchos vacilantes y oportunistas “arrastrados a la izquierda por el movimiento de masas”.²³¹

Entre los “terceristas” se destacaron: Carlos Mauli, Silvano Santander (posteriormente expulsado del PC aunque mantuvo siempre una relación estrecha con algunos de sus dirigentes, como Victorio Codovilla), José Semino, Orestes Ghioldi, José P. Barreiro, Simón Scheimberg, Verde Tello, F. Nájera, José García, entre otros. Realizaron un congreso, ya expulsados del Partido Socialista, el 26 y 27 de febrero de 1921 y resolvieron la adhesión incondicional al PC.

Entre los adherentes iniciales al PC, hubo numerosos inmigrantes socialistas, marxistas y anarquistas²³² y muy especialmente el grupo de socialistas rusos que integraron la doctora Ida Bondareff de Kantor y el ingeniero Moisés Kantor. Ida Bondareff era oriunda de Ucrania, llegó al país luego de la revolución rusa de 1905, perseguida por el zarismo, y fundó el Centro y la Biblioteca marxistas de los exiliados rusos. Fue corresponsal en la Argentina del periódico *El Proletario*, dirigido por Lenin. Adhirió al PC de la Argentina cuando éste aceptó los 21 puntos de la Internacional y, durante su permanencia en Buenos Aires, continuó siendo co-

230. José Ratzer, *El movimiento socialista...*, ed. cit., pág. 161.

231. *Esbozo de historia...*, ed. cit., pág. 46.

232. Es muy interesante el relato que hizo Florindo Moretti sobre la adhesión en Casilda al naciente Partido Comunista de Arturo Dupont, anarquista que participó en la Comuna de París, gran organizador del movimiento obrero y campesino santafecino (Arturo Lozza, *Tiempo de huelgas*, ed. cit., pág. 190).

responsal de *El Proletario* a pedido de Lenin.²³³ Destacamos este hecho porque demuestra la existencia de relaciones entre socialistas argentinos y los bolcheviques rusos desde antes del triunfo de la Revolución de Octubre.

En la Argentina vivieron y militaron en las filas socialistas y anarquistas muchos militantes rusos de la revolución de 1905. A mediados de 1906 llegaron al país participantes de la histórica sublevación del acorazado Potemkin.²³⁴ Unos 30 tripulantes llegaron ese año. En 1907 viajaron desde Rumania varios más. En 1908 unos 60 de ellos —también refugiados en Rumania— emigraron a la Argentina. Algunos se establecieron en Tucumán y otros en Buenos Aires y Carlos Casares. La vida aquí les fue muy difícil; les asombraba el grado de explotación de las masas populares, según señalaba uno de ellos (Samoilenko), y la inoperancia ante eso de los partidos políticos. Entre los que se instalaron en Carlos Casares estaba el bolchevique A. Makárov. Continuaron vinculados al movimiento revolucionario ruso y luego de la derrota del zarismo muchos de ellos regresaron a Rusia.

En 1910, en Buenos Aires, se creó la organización socialdemócrata Avangard, de emigrados rusos. Entre ellos actuaron varios bolcheviques que en 1911 organizaron el grupo argentino de asistencia al Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. El grupo estaba dirigido por M. Komin-Alexandrovski, que había participado en la revolución de 1905, siendo condenado a destierro perpetuo en Siberia. Llegó al país en 1909. Era metalúrgico y tuvo activa intervención en el movimiento obrero argentino. Fundó luego la Federación de Obreros Rusos en América del Sur que adhirió a la Tercera Internacional y cuyo órgano de prensa *La voz del trabajo* defendió la Revolución Rusa. Con mandato de Lenin, Alexandrovski —que hablaba a la perfección el español— regresó luego del II Congreso de la IC (1920) y realizó un gran trabajo propagandístico en Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Brasil y otros países.

233. Emilio J. Corbière, ob. cit., pág. 88.

234. “Participantes de la primera revolución rusa en la Argentina”, en revista *América Latina*, N° 1-2 de 1981, Moscú, pág. 276.

Los principales dirigentes

Los principales dirigentes del núcleo fundador del Partido Socialista Internacional fueron: José Penelón, Juan Ferlini, Luis Recabarren (que en 1918 regresó a Chile) y Alberto Palcos. Se destacaron, también, Juan Greco, José Grosso, Pedro Zibecchi, Aldo Cantoni, Amadeo Zeme —militante juvenil—, Emilio González Mellén (que fue anteriormente secretario general del Comité de Propaganda Gremial) y Luis Koiffman.²³⁵ En el núcleo fundador jugaron un gran papel los cordobeses Miguel Contreras y Pablo López y los santafesinos Ramiro Blanco y Francisco Muñoz Diez.

Al poco tiempo de organizado el nuevo partido se destacaron dos de los dirigentes de las Juventudes Socialistas: Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla, Este último fue un hombre que descolló, en el grupo inicial que fundó el Partido Socialista Internacional, por su nivel político y sus dotes de organizador. Fue el tesorero del Partido y uno de los principales organizadores de la solidaridad con la Rusia soviética, que había sido invadida por 14 naciones capitalistas y estaba acosada por el hambre. Ghioldi y Codovilla se vincularon a tareas de la Internacional Comunista a mediados de la década del veinte y jugaron un papel clave en la organización de los jóvenes partidos comunistas sudamericanos.

José Penelón fue el dirigente más destacado del núcleo inicial del Partido Comunista.²³⁶ Militó en el movimiento juvenil socialista desde los 15 años. Fue miembro del Comité Ejecutivo del Partido Socialista antes de la expulsión de los internacionalistas en 1917 y encabezó esta corriente en la fundación del Partido Socialista Internacional, teniendo a su cargo la dirección de su órgano *La Internacional*. Fue uno de los dirigentes de la huelga gráfica de 1918-1919 e integró el Consejo General de la FORA; concejal por el Partido Comunista en 1920, en la Capital Federal; miembro del Secretariado de la Internacional Comunista para Sudamérica y miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En 1927, junto a

235. Emilio J. Corbière cita (véase *Los orígenes...*, pág. 68) las opiniones de Ruggiero Rúgilo, uno de los primeros dirigentes del PC. Estas opiniones son concordantes con los hechos públicos referidos a la fundación del PC y con los testimonios orales recogidos por José Ratzler para su obra *El movimiento socialista en Argentina*.

236. Emilio J. Corbière, ob. cit., pág. 81.

una gran cantidad de militantes y dirigentes, se separó del Partido Comunista fundando el Partido Comunista de la Región Argentina que luego se llamaría Partido Concentración Obrera. La ruptura con el sector que encabezaban Codovilla y Ghioldi en 1927, ruptura en la que tuvo mucho que ver la intensa lucha de tendencias en la Internacional Comunista, abrió un foso profundo entre Penelón y los dirigentes del otro sector.²³⁷ Pero Penelón mantuvo durante toda su vida una línea de amistad hacia la Unión Soviética.

Concepciones predominantes

¿Cuáles eran las concepciones predominantes en el núcleo fundacional? Esta es una cuestión importantísima para entender el rumbo principal que siguió el Partido Comunista en los años posteriores.

Rodolfo Ghioldi, en el reportaje que le hace Corbière dice: “Nosotros éramos internacionalistas. Algunos diarios nos presentaban como neutralistas. Ciertamente había neutralistas, pero nuestro sector, que fue enseguida el núcleo del nuevo Partido, era internacionalista. La idea «neutralista» supone de algún modo equidistancia o indiferencia frente a los dos bloques en guerra, en tanto que nuestro sector denunciaba las raíces capitalistas de la misma, asumiendo una posición internacionalista. Considero esto como un mérito de nuestro sector, victorioso en el «Congreso de La Verdi», pero aun así, claro está que por entonces no habíamos accedido al leninismo. V. I. Lenin y el Partido Bolchevique con él, se opusieron a la guerra imperialista (imperialista por ambos lados) y llamaron a las masas a transformar la guerra imperialista en guerra civil del proletariado contra la burguesía”.²³⁸

Ratzer opinó que el núcleo fundacional era “algo más que eso (que internacionalista), tenía un conjunto de opiniones que lo acer-

237. José Ratzer hace mención (*El movimiento socialista...*, pág. 153) al planteo de Codovilla en 1942 sobre la necesidad de terminar con “grupos políticos sin principios como el de Penelón”, atrayendo “a los partidos democráticos... los elementos sanos que haya en ellos”. Pero anteriormente, a su regreso al país, en 1941, Codovilla había intentado un acercamiento a Penelón, acercamiento que éste rechazó rotundamente (información recogida por el autor).

238. Emilio J. Corbière, Ob., cit., pág. 84.

caban más al marxismo revolucionario que a un simple internacionalismo”.²³⁹ Según el *Esbozo de historia del Partido Comunista* la posición de los internacionalistas estaba inspirada “en la actuación de la izquierda socialista internacional” y, pese a enfrentar al justismo, no puede ser considerada “una posición marxista-revolucionaria consecuente”.²⁴⁰ Por la fuente, esta última es la opinión de algunos de los principales protagonistas de la fundación del PC treinta años después de la misma, cuando se autoconsideraban leninistas. Detengámonos entonces en este último juicio.²⁴¹ La adhesión del sector que según Rodolfo Ghioldi sería “el núcleo del nuevo Partido” a las posiciones de Lenin, contra las de Kerenski, antes del triunfo de la Revolución Rusa, demuestra que estaban más allá de un simple internacionalismo, como dice Ratzer.

La corriente mundial de los internacionalistas, que encontraron su punto de referencia en Zimmerwald, concentró un amplio espectro ideológico. Zimmerwald tuvo componentes leninistas y componentes pacifistas y kautskianos.

Los internacionalistas argentinos al incorporarse, posteriormente, a la Internacional Comunista, adhirieron formalmente al leninismo; pero la esencia de la mayoría de sus componentes (entre otras cosas por el peso que tuvieron los elementos centristas en la integración del nuevo partido) fue *kautskista*. Esta fue la razón principal para que el nuevo partido, como lo reconoce el *Esbozo de historia del PC*, tuviese grandes dificultades para adquirir el dominio de las principales tesis leninistas. Especialmente las referidas al Estado y a la teoría leninista de Partido.

239. José Ratzer, *El movimiento socialista...*, ed. cit., pág. 143.

240. *Esbozo de historia...*, ed. cit., pág. 20.

241. Para José Stalin el leninismo es “el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. O más exactamente: el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular” (José Stalin, *Cuestiones del leninismo*, ed. cit., pág. 14). Compárese esta definición con la melosa y original que da Oscar Arévalo sobre el leninismo: “que no es otra cosa que el marxismo de la época de las revoluciones y la transición del capitalismo al socialismo, desarrollo lógico y enriquecimiento necesario del marxismo en las condiciones del imperialismo” (Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, ed. cit., pág. 16). Definición en la que se reemplaza el concepto de revolución proletaria por el de “revoluciones” en general, y el concepto de la dictadura del proletariado por la palabrita mágica que han usado y usarán todos los reformistas habidos y por haber: “transición”...

Como es conocido, Lenin consideró que la traición kautskiana a la revolución se expresaba principalmente en el olvido de lo que es básico en toda la doctrina de Marx y de Engels: “La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en ésta, precisamente en esta idea de la revolución violenta”. Esto porque la “sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta”.²⁴²

Desde su fundación hasta hoy la dirección del PC no se desprendió de este estigma natal. Arévalo²⁴³ menciona una resolución del congreso fundacional del PSI en la que se dice: “Mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal el uso de esos derechos y la organización de resistencia de la clase trabajadora serán los medios de la agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza”. Como había sucedido en el congreso fundacional del PS, también en el congreso inicial del Partido Socialista Internacional el problema estaba en si se consideraba inevitable la lucha violenta para el triunfo de la revolución, o no. Predominaron en los fundadores de 1918 concepciones kautskianas, aunque algunos de los nuevos dirigentes adhiriesen, borrosamente, a otras tesis.

El párrafo de la Resolución del Partido Socialista Internacional que cita Arévalo *reproduce* el que redactó Juan B. Justo para el Congreso del Partido Socialista en 1896; párrafo impugnado —como vimos— por la corriente entonces revolucionaria de José Ingenieros y Lugones. El párrafo en cuestión mereció un cálido elogio de Rodolfo Ghioldi, en un artículo sobre Juan B. Justo para la revista *Nueva Era*, en 1965, porque en el mismo, escribió: “va implícita la noción de que si los tales derechos políticos no se respetan ni amplían, el partido puede recurrir a otros métodos de lucha” (sic).²⁴⁴

No es casual que Rodolfo Ghioldi alabe ese párrafo de Justo. Como hemos visto, Juan B. Justo lo acompañó de otro párrafo, de su redacción, en el que precisaba que “éste es el camino por el cual

242. V. I. Lenin, *Obras completas*, ed. cit., tomo 25, pág. 393 (el subrayado es de Lenin).

243. Oscar Arévalo, ob. cit., pág. 14.

244. Rodolfo Ghioldi, *Escritos*, Buenos Aires, Anteo, 1975, tomo I, pág.129.

la clase obrera puede llegar al poder político y el único que la puede preparar para practicar con resultado otro método de acción si las circunstancias se lo imponen” (cap. III, pág. 108). Es decir; Ghioldi alabó el párrafo en cuestión porque, al igual que Juan B. Justo, pensaba que la necesidad de recurrir a “otro medio” era y es sólo *una posibilidad* y no algo ineluctable.

Por lo que se ve que Rodolfo Ghioldi, casi cincuenta años después de la fundación del PC, no adhería a la tesis básica que diferencia al leninismo del kautskismo, y apoyaba, al igual que Victorio Codovilla y la dirección del PC de esos años, la famosa tesis de: “Por una u otra vía...” (Pacífica o armada) como caminos posibles para la lucha por el poder. Esta tesis codovillista para la revolución argentina recibió la bendición de la dirección revisionista del Partido Comunista de la URSS, posterior al XX Congreso. Lo mismo que la famosa tesis de Codovilla, a la que vuelve a adherir entusiastamente la actual dirección del PC, encabezada por Athos Fava, de: “*por la acción de masas a la conquista del poder*”, tesis de la que dijo Lenin: “¿¿«acciones de masa»?? Hay que decirlo de otro modo y sin emplear esa palabra, cuyo defecto es haber sido usada (como sinónimo de *revolución*) principalmente a causa de la censura ALEMANA y que oscurece el concepto de *revolución* (...) Un ejemplo: en Suiza no existe censura alemana, y aquí la expresión «acciones de masas» YA crea malentendidos, útiles para los reformistas”.²⁴⁵

Lenin planteó reiteradamente en la Internacional Comunista, resumiendo la experiencia principal del Partido Bolchevique, que el método *principal* de lucha debía ser la acción de las masas revolucionarias hasta llegar a la insurrección armada contra el Estado burgués. En el llamamiento de convocatoria al Primer Congreso de la Internacional Comunista, el Partido Bolchevique escribió como uno de sus doce puntos: “*El método fundamental de la lucha es la acción de masas del proletariado, incluida la lucha abierta a mano armada contra el poder de Estado del capital.*”²⁴⁶ Como se ve: ninguna concesión al reformismo pacifista

245. V. I. Lenin, *Obras completas*, ed. cit., tomo 43, pág. 386.

246. Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, Córdoba, Pasado y Presente, 1973, tomo I, pág. 27.

socialdemócrata. De allí la indignación de Lenin contra esa fórmula “por la acción de masas...” como sustitutiva de la palabra revolución o insurrección armada.

Las lagunas o errores que el núcleo fundador del futuro Partido Comunista tuvo respecto de la cuestión nacional, o la cuestión agraria, y consiguientemente, sobre el carácter de la revolución argentina, fueron en gran parte superadas a partir de 1928; aunque determinadas tesis leninistas sobre las clases en el campo y sobre el problema nacional tardaron en ser asimiladas o lo fueron sólo parcialmente. Pero la teoría leninista del Estado y sobre la inevitabilidad de la violencia para destruir el Estado de las clases explotadoras, no fueron nunca asimiladas a fondo por la dirección del Partido Comunista. Consecuentemente, tampoco se fue a fondo en la construcción del tipo de partido que requiere el proletariado para dirigir la revolución en un país como la Argentina.

Los fundadores del Partido Socialista Internacional adherían verdaderamente a la posición justista en la polémica de 1896 en el Partido Socialista. Posición según la cual el empleo del camino violento, armado, para la conquista del poder es sólo *una posibilidad* a utilizar si se cierran los caminos legales y no algo *inevitable*, algo para lo que hay *que preparar a las masas y al partido revolucionario*.²⁴⁷

Como demostraremos en la segunda parte de este libro, la dirección del PC de la Argentina, encabezada por Victorio Codovilla, no rompió nunca verdaderamente con esa tesis justista y se mantuvo en un terreno formalmente leninista, pero realmente kautskiano. Para Kautski el proletariado podría: “a través del sufragio universal, del respeto a la legalidad democrática, y de un largo proceso de reformas sociales y políticas, tomar el poder”.²⁴⁸ También al igual que el “austromarxismo” que orientó Kautski,

247. Recabarren, por ejemplo, defendió incluso después del triunfo de la Revolución Rusa y siendo diputado, esa concepción de “por una u otra vía”, señalando que si “se nos cierra el camino de la legalidad, iremos si es preciso, y no lo dudéis, a la revolución”; subrayando: “yo siempre he predicado doctrinas contrarias a la revolución sangrienta”. Véase Alejandro Witker, *Los trabajos y los días de Recabarren*, México, Nuestro Tiempo, 1977, pág. 129.

248. Otto Vargas, “Una polémica actual”, en revista *Política y Teoría*, N° 1, Buenos Aires, 1983, pág. 13.

la dirección codovillista eligió siempre el camino de la menor resistencia, nunca “el difícil camino de las necesidades históricas” (como dijo el dirigente del Partido Comunista de Austria Ernst Fischer, sobre la táctica de los austromarxistas).

Muchos años después de la fundación del Partido Socialista Internacional declararía Victorio Codovilla, en su discurso ante el XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética que: “El lema de nuestro partido es: «Por la acción de masas, hacia la conquista del poder». El camino a seguir para alcanzar ese objetivo puede ser el pacífico o el no pacífico”.²⁴⁹ Y pocos días después, en su discurso ante el XIII Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia, realizado semanas antes del golpe de Estado del 28 de junio de 1966 en la Argentina, Codovilla precisó: “Nos proponemos marchar hacia ese objetivo (la toma del poder) *por la vía pacífica. Esto es posible* porque hoy las fuerzas reaccionarias argentinas y sus amos imperialistas yanquis tienen que enfrentarse, para poder realizar sus fines siniestros, con un proletariado concentrado y combativo y con masas populares que están abandonando la ideología nacionalista burguesa que le inculcara el peronismo y que las llevaba en muchas oportunidades a la pasividad”.²⁵⁰

Ernesto Giúdice, miembro entonces (1967) del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, escribió en la *Revista Internacional*, que se edita en Praga, un artículo sobre las posibilidades de un tránsito pacífico y gradual al socialismo en la Argentina, desde un gobierno que conceda ciertas libertades democráticas hasta un gobierno que realice cambios sustanciales en la estructura económica nacional y en la superestructura política, hasta llegar al socialismo, para concluir: hay “un hecho dominante en el conjunto y es la posibilidad histórica de la vía pacífica. En este hecho general dominante, la vía violenta es lo particular”.²⁵¹

Se dirá que las citas de Codovilla y Giúdice se refieren a otro momento histórico, muy diferente al de 1917, y se argumentará

249. Revista *Nueva Era*, N° 4 de 1966, Buenos Aires, pág. 11.

250. Discurso de Victorio Codovilla ante el XIII Congreso del PC de Checoslovaquia (el subrayado es mío).

251. Revista *Nueva Era*, N° 8 de 1967, Buenos Aires.

sobre las diferencias del caso. Bien. Nosotros simplemente queremos remarcar que los dirigentes del PC de la Argentina adhirieron, en 1956, con rapidez y entusiasmo a las tesis del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS porque no debieron abandonar concepciones contrapuestas; siempre pensaron lo mismo sobre este problema cardinal del camino de la revolución.

El pacifismo parlamentarista del viejo Partido Socialista, unido a las tendencias sindicalistas de gran parte de los fundadores del nuevo partido, tiñeron la actividad inicial del Partido Socialista Internacional y, luego del cambio de nombre, del Partido Comunista. Se citaban las reuniones de célula por el diario *La Internacional* y se publicaban extensas listas con nombres de afiliados en ese mismo diario. Cuando en 1930 el Estado oligárquico argentino (luego del golpe), desencadenó una represión feroz contra el joven partido, ésta fue tremendamente facilitada por esos errores. El PC, aún inexperto en las tormentas de la lucha de clases, debió revolucionarizarse y reorganizarse sobre bases leninistas (“bolchevizarse”, como se llamó mundialmente a este proceso) en medio del terror fascista de la dictadura de Uriburu y de la represión del período presidencial del general Justo. Pero los acontecimientos se suelen adelantar a las previsiones, y los cambios en la situación internacional y nacional, que plantearon la necesidad de un frente antifascista con los sectores liberales de la burguesía, operaron como reactivadores de esas viejas tendencias justistas y kautskianas que no habían sido extirpadas y simplemente estaban adormecidas.